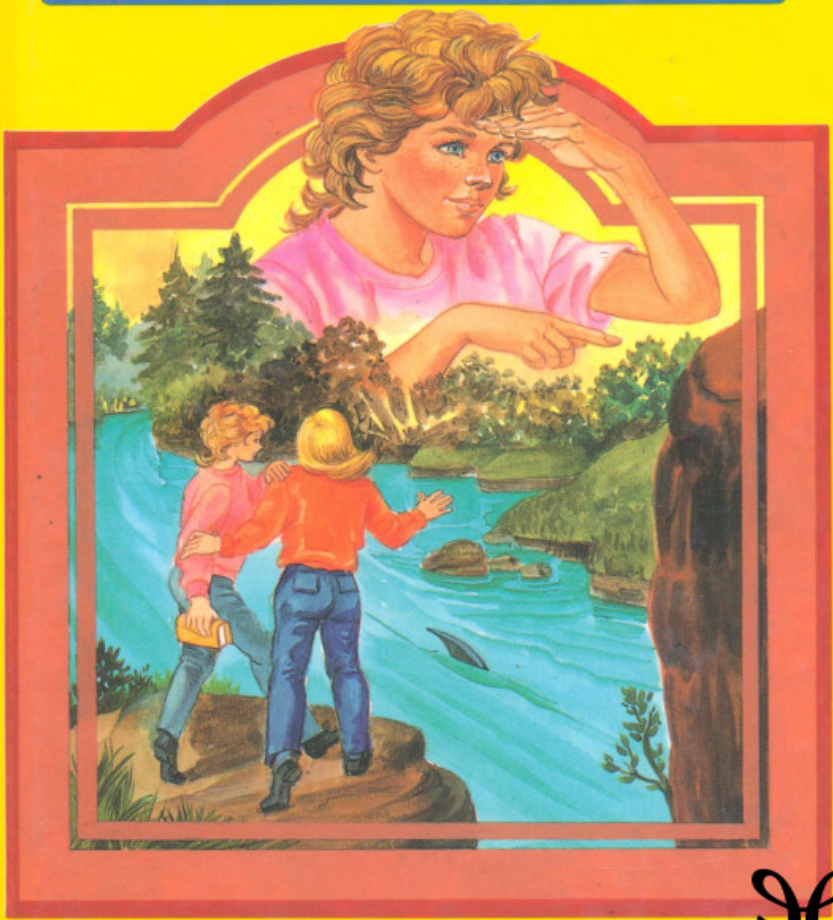
TRIXIE BELDEN

4

EL MISTERIO DEL RIO HUDSON



Cuando Trixie ve una aleta de tiburón en el río Hudson, nadie la cree. El compañero de laboratorio de Brian, Loyola Kevins, sugiere que Trixie converse con un amigo que sabe mucho sobre el Hudson y ésta le dice a Trixie y Honey que los tiburones son muy comunes en el Hudson. Pero Trixie tiene otros misterios que resolver cuando Brian enferma por intoxicación de cianuro y hace acusaciones impulsivas cuando se da cuenta de la fuente del envenenamiento de Brian, sólo para descubrir que ha sacado conclusiones precipitadas. Trixie está ansioso por resolver el misterio de los tiburones y terminar con las dudas de sus amigos hacia ella. Pero cuando ella y Honey descubren la verdad, se encuentran atrapadas en un coche, hundiéndose en el río Hudson.

Kathryn Kenny

El Misterio del Río Hudson

Trixie Belden 4

ePub r1.0
Titivillus 14.03.15

Título original: *The Hudson River Mystery*
Kathryn Kenny, 1979

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Extraña presencia • 1

TRIXIE BELDEN lanzó un gemido y arrojó al suelo la azada.

Desde las tres, aquel domingo iba teniendo para ella la misma emoción e idéntico misterio que un balón desinflado. Ya estaba bien. Junto con su mejor amiga, Honey Wheeler, ocupaba el día ayudando a su madre, la señora Belden, en una infinidad de tareas en el jardín y en la casa. Recogían hojas y residuos de plantas para dejar limpio el suelo.

Pero lo que se le hacía más insoportable era el mal tiempo. Conforme iban trabajando, empeoraba, lo que quería decir que Honey y ella se verían privadas del placer de montar después en los caballos de los Wheeler, tal como habían planeado de antemano.

—Entre el «riñor de olores» y esos «tormerrones nubantosos» —dijo Trixie—, creo que ya es hora de tomarnos un descanso.

Honey se enderezó y se puso las manos en las caderas.

—Descansar un rato… Es la mejor idea que has tenido en todo el día —afirmó—. Pero ¿qué más has dicho?

—Me parece que últimamente me he contagiado de Bobby y Mart —rió Trixie, pasándose la única parte limpia de las manos por sus desordenados cabellos.

Mart era uno de los hermanos mayores de Trixie, casi su gemelo, empedernido aficionado a divertir y confundir a los demás usando palabras altisonantes, abreviaturas o incluso cualquier juego de palabras que en ese instante creyese adecuado. Bobby era el hermano pequeño de Trixie, de sólo seis años, siempre atento a lo que los mayores le contaban. Incluso a veces resultaba un niño demasiado atento.

—Desde que Mart estuvo un día divirtiendo a Bobby con esas cosas a las que es tan aficionado, ya sabes, a mezclar las sílabas iniciales de las palabras, trabucándolas…, bueno, desde entonces Bobby se pasa el día partiéndolas y revolviéndolas a troche y moche —Trixie se sentó y se rió pensativa—. Nos está volviendo locos a todos. Hasta ha conseguido que Brian pierda los nervios, que ya es…

Brian, el hermano mayor de Trixie, era el más sensato y

equilibrado de los cuatro Belden. Toda la familia estaba de acuerdo en que llegaría a ser un excelente médico. Serio y de gran aplomo, sus objetivos se orientaron al estudio de la medicina desde su infancia. Sus padres lo animaban en sus planes, lo mismo que apoyaban al resto de sus hijos en sus respectivas aficiones. La vida hogareña de la familia Belden solía ser muy feliz. Disfrutaban de una existencia tranquila y cómoda en Crabapple Farm, junto a la orilla oriental del hermoso río Hudson, en el Estado de Nueva York.

Honey vivía cerca, en Manor House, que era una casa más lujosa y espaciosa que la de Trixie. Pero se sentía tan a gusto en Crabapple Farm como Trixie, hasta el punto de que pasaba mucho tiempo allí y no le importaba en absoluto ocupar parte del domingo ayudando a Trixie en sus obligaciones caseras. También ella se sentía muy orgullosa de Brian.

—Nadie tiene unos nervios tan templados como los de Brian —asintió Honey—, y de estar aquí, estoy segura de que encontraría el remedio a tu «riñor de olores» que, según creo, debe ser un dolor de riñones, ¿no?

Asintió Trixie y Honey añadió:

—Si quieres puedo darte unos masajes. Mamá siempre me dice que eso es muy relajante.

Trixie fue incapaz de imaginarse a la peripuesta madre de Honey dando un masaje, pero le pareció de perlas el ofrecimiento de su amiga.

—Honey, pareces un melocotón —dijo, mientras ésta se colocaba tras ella.

—Más bien un tomate —repuso Honey, frotándole a Trixie los músculos del cuello, a la vez que señalaba con la otra mano hacia un cesto de tomates—. Y, a propósito, ¿no deberíamos llevarlos adentro, para que tu madre pueda terminar de preparar las conservas de este año?

—Otro ratito más en el balneario de la señorita Wheeler para quinceañeras agotadas —suplicó Trixie—. Te entretendré mientras con algunas trabucaciones más de mi cosecha. Veamos. Creo que ya te habrás figurado que los «tormerrones nubantosos» son en realidad los nubarrones tormentosos, lo mismo que «tequillaman» es la mantequilla y la «posa» es la sopa. Y el «trascón de los rintos» es el rincón de los trastos. Pero mi favorito es el «adorante desoxilar»,

o sea el desodorante…

—Empiezas a parecerte a Mart —le advirtió Honey riendo a su pesar. Interrumpió el masaje y recogió la azada—. Escucha, Trix, vamos a terminar de una vez. La tormenta descargará dentro de unos minutos, y, por lo que parece, no va a ser pequeña. Si crees que esto es un trabajo duro, espera a tener que hacerlo con barro, y ya verás lo que es bueno.

Trixie observó los negros nubarrones que iban cubriendo el cielo y sintió el frescor del aire de octubre.

—¡Uf! —dijo levantándose—. ¿Por qué seré tan blanda con mi mejor amiga?

Se dedicó con renovado esfuerzo a una planta seca de judías y comentó:

—¡Ahora sé cómo debe sentirse un sepulturero! Tienes razón, Honey; esta tormenta será de las que hacen época. Por la mañana oí en la radio que la cola del huracán «Bob» puede afectar a Nueva York. Me parece que podemos despedirnos de Lady y Susie por esta tarde.

Lady y Susie eran las dos yeguas de la cuadra de los Wheeler que montaban siempre las dos jovencitas.

—¿«Bob»? —preguntó asombrada Honey—. ¿De qué hablas? Los huracanes tienen nombres femeninos, por poco acertado que resulte. Estarías pensando en los Bob-Whites, Trix.

Porque Trixie y Honey pertenecían a los Bob-Whites de Glen, club semisecreto, en unión de otros cinco miembros: Brian, Mart, Jim Frayne, hermano adoptivo de Honey, Diana Lynch, que vivía en una magnífica finca allí cerca, y Dan Mangan, sobrino de Regan, el guarda de los Wheeler. Los siete vivían más lejos de la escuela de Sleepyside-on-the-Hudson que la mayoría de sus compañeros. Y en lugar de apuntarse a algunas actividades extraescolares, pasaban muchas horas juntos, buscando aventuras y trabajando en pro de causas que valiesen la pena. Muchas de sus más felices horas de convivencia las habían pasado intentando arreglar la vieja casa del guarda de la finca de los Wheeler, en la que habían instalado la sede de su club.

—Bueno, en realidad siempre estoy pensando en los Bob-Whites —repuso Trixie—, pero eso no tiene nada que ver con el huracán. ¿No te has enterado de que ya tienen nombres femeninos y

masculinos? Hubo uno que se llamó «David», y otro «Juan», lo mismo que «Amelia» y «Greta». ¡Ya era hora! ¡Está comprobado que los hombres pueden resultar tan explosivos y tempestuosos o tormentosos como las mujeres! ¡Para que luego digan!

—¿Estás segura de eso? —preguntó una voz.

Al volverse las dos amigas se encontraron frente a Dan Mangan, que se les acercaba atravesando el jardín. Dan era delgado y tranquilo, de pelo negro y largo, con patillas. Hubo un tiempo en el que, con sólo ver que se acercaba a ellas, se les habrían puesto a Trixie y a Honey los pelos de punta. Pero eso fue antes de que comprobasen que su relación con una banda callejera de Nueva York había quedado sepultada para siempre en el olvido. Ahora lo conocían bien. La ambición actual de Dan era ser policía. Trixie y Honey estaban de acuerdo en que haría una buena labor.

Dan sonrió.

—Quiero decir que no sé cuánta gente me recordará como un huracán más que a la tempestuosa Trixie Belden —dijo con retintín.

Trixie arrugó la nariz.

—Eso será porque estás intentando convertirte en un buen detective —dijo—. ¿No es cierto, Honey?

Aquélla era la verdadera ambición de Trixie, y también la de Honey: fundar y regentar la Agencia de Detectives Belden-Wheeler, tras haberse graduado en el colegio. Mientras llegaba su hora, siempre había algún misterio en el que podían inmiscuirse… y a veces resolverlo. Trixie era más rápida e impetuosa que Honey, que tendía a inhibirse hasta que estaba completamente segura del terreno que pisaba. La precaución de Honey poma un contrapunto a la decisión de Trixie, lo mismo que su figura alta y delgada, y su larga melena rubia, contrastaba con la de Trixie, fuerte, menuda y de cabello crespo y corto.

—De acuerdo, THx —asintió Honey riendo—. Y si alguna vez tenemos que resolver algún misterio, podremos llevar un par de huracanes junto a nosotras.

—No tenemos que ir en busca de misterios —dijo Trixie en tono confidencial—. Tenemos uno aquí mismo, ahora. Puedo oír una música de radionovela, y sobre ella una pregunta: ¿Qué estaba haciendo Dan Mangan en Crabapple Farm, en la tarde del huracán «Bob», cuando todos pensaban que seguía ayudando a Regan a

guardar los caballos de Manor House…?

—Eso es fácil —contestó Dan sin darle importancia—. Los caballos habían desaparecido con el huracán.

—¿Qué? —exclamaron atónitas las dos chicas.

—Es broma. Tan sólo seguía la corriente a Trixie —aclaró Dan inocentemente—. Lo que pasa es que Regan me ha enviado para deciros que el paseo que teníais previsto para esta tarde queda anulado, por el mal tiempo.

—Es lógico —afirmó Trixie—. Pero, ya que estás aquí, Dan, ¿no te apetece ayudarnos un poco a dejar decente el jardín? Honey y yo llevamos mucho tiempo y no podemos más.

Dan miró el reloj.

—Creo que puedo quedarme un rato. Pero tendré que volver pronto con Regan. Hay mucho que hacer antes de que empiece la tormenta —miró el jardín—. Estupendo, podré llevarme la furgoneta, y así llegaré a tiempo. ¿Qué queréis que haga?

Dan se encargó de cavar, mientras Honey recogía estacas y alambres y Trixie se dedicaba a recolectar las últimas manzanas silvestres.

Apenas habían transcurrido unos minutos, cuando Dan se paró de repente y preguntó:

—¿Por qué no nos ayudan Brian o Mart? ¿Dónde están?

—No te preocupes por ellos —aseguró Trixie—. Mart está ayudando a mamá en la cocina. De ese modo, tal vez tenga la oportunidad de poder comer más. Y Brian ha salido por ahí, con Loyola.

—¿Qué? —preguntó Dan.

Trixie detuvo su labor, sin hacer caso alguno del cielo, cada vez más oscuro, y feliz de haber encontrado una excusa para hablar en lugar de trabajar.

—Loyola Kevins —aclaró—. Tienes que conocerla. Está en la misma clase de química que Brian y tú. Es esa chica morena bajita, de gafas de montura de acero. Muy agradable. Brian dice que es una suerte tenerla de compañera en el laboratorio. Desde hace un par de semanas, en cuanto pueden se van juntos al río.

—Ya sé quién es —recordó Dan—. Brian me dijo que estaban recogiendo muestras de agua para algún informe ecológico, dentro de su proyecto semestral. Parece ser que Loyola está muy interesada

en el Hudson.

—Bueno, entre su cerebro y el de Brian es probable que ganen algún premio Pulitzer y sean admitidos en la escuela médica el próximo semestre —terminó Trixie.

—Yo también la conozco —intervino Honey, apareciendo desde el fondo del jardín—. Me dejó un libro para una clase el año pasado.

Trixie asintió con la cabeza.

—Brian dice que es muy servicial. Me ha contado que, por lo general, suele llevar merienda cuando van al río los fines de semana y que pone algo extra para él. Hace una ensalada Waldorf exquisita; aunque a ella no le gusta, sabe que a Brian sí, y mucho, y por eso la lleva para él.

—Parece muy agradable —dijo Honey. Después se ensombreció su rostro—. No estarán en la orilla del río, justo donde acaba la reserva de caza, ¿verdad? Los ingenieros de montes tuvieron allí un trabajo enorme intentando detener la erosión. Hay un impresionante precipicio desde la orilla hasta el río. Trixie, no olvidaré nunca el día aquel que bajaste el talud para rescatar a Juliana, la prima de Jim. Aquel día, creía que me salían canas.

—Trixie era la única insensata con arresto suficiente para emprender aquella acción, Honey —intervino Dan—, sobre todo después de que tu padre colocara la cerca protectora, rodeando la parte peligrosa, y sembrara el terreno de avisos. Brian no es tan loco como para saltarse esas señales.

Dan vivía y trabajaba con el señor Maypenny, guarda de la reserva de caza de los Wheeler, y conocía al dedillo los trescientos acres de bosque.

—La última vez que Brian se acercó a aquellos parajes tan peligrosos —aseguró Trixie a Honey— fue cuando tuvo que conducirnos a Juliana y a mí a la parte superior del talud. Y no creo que pueda olvidar aquel día, como no lo olvido yo… No. Esta mañana dijo que se encontraría con Loyola en Killifish Point.

—Eso no está en la reserva de caza, ¿verdad? —preguntó Dan.

Trixie negó con la cabeza.

—Forma parte de Sleepyside, creo. Está en la zona norte de la ciudad. Brian dijo que allí las orillas son más suaves y hay muchas sendas que bajan al río. Supongo que será un lugar tranquilo,

solitario —y muy bonito—, por lo que podrán llevar a cabo una buena labor.

—Me suena que es terreno privado —afirmó Honey—. No creo que hayamos estado allí nunca. De todos modos, parece un buen sitio para trabajar.

Mientras hablaban, los tres amigos acabaron por sentarse en el suelo. Honey se situó con las piernas dobladas y Dan se encogió, con las manos en la barbilla. De repente, ahogando el silbido del viento, se hizo oír la voz de la señora Belden, y todos, incluso Dan, se levantaron con la sensación de que les habían sorprendido en un renuncio.

—Estoy preocupada por Brian —dijo a medida que se iba acercando a ellos. Helen Belden tenía todo el aspecto de haber estado muy ocupada en la cocina. Se echó atrás con la mano los rizos rubios de su pelo, en un gesto nervioso.

—¡Vaya! —confesó Trixie—. Temía que vinieses a preguntarnos por qué estábamos de tertulia mientras el resto de la familia sigue trabajando.

Su madre echó una mirada rápida al jardín y pareció complacida.

—Ya veo que habéis hecho un buen trabajo, Trixie. Til capacidad de liar a la gente es enorme —añadió, sonriendo a Honey y a Dan—. No. Lo que me trae de cabeza es qué puede haberle sucedido a Brian. Dijo que estaría de regreso hace ya más de media hora y me da la impresión de que esta mañana se fue sin escuchar el informe meteorológico y, por tanto, sin saber nada del huracán —miró al cielo inquieta—. Me imagino que Loyola y él tendrán el sentido común suficiente para no quedarse en el campo ante la amenaza de la tormenta que se avecina, pero…

—No te apures, mamá —dijo Trixie—. Honey y yo estamos dispuestas a ir a buscarlos, ¿verdad?

—Naturalmente —afirmó Honey sin dudarlo un momento—. Pero, de todos modos, es mejor que nos demos prisa.

—Como pronto empezará a llover, lo mejor será que os lleve en la furgoneta —se ofreció Dan.

—Eso está muy bien —aceptó Trixie—. Así tardaremos menos.

—Muchas gracias, Dan —dijo la señora Belden, volviéndose para entrar de nuevo en la casa—. Me gustaría ir con vosotros, pero

alguien tiene que vigilar que el padre y los hermanos de Trixie no se coman la fruta antes de que pueda meterla en los botes de conserva. Procurad estar de vuelta lo antes posible: han dicho que será la peor tormenta del año.

Mientras las chicas y él se afanaban por recoger las herramientas, Dan bromeó:

—Espero que pueda conservar algo de conserva, Trixie, y no tenga que conservar a la familia.

—No me extrañaría que acabase conservándonos a todos —agregó riendo Trixie—, porque octubre es el mes más agotador del año: no hacemos más que trabajar y trabajar, sin que quede tiempo para jugar…, ya sabes lo que pasa.

—No te quejes —dijo Honey empujando suavemente a Trixie hacia la furgoneta, que en los costados llevaba el letrero «BOB-WHITES DE GLEN»—. Has jugado todo lo que has querido, y lo sabes.

—Sin contar la investigación de misterios —añadió Dan, acomodándose en el asiento del conductor.

—Pero eso no siempre es jugar —protestó Trixie—. Sea como sea, ¿quién es el que tiene tiempo en octubre para misterios? Yo no, desde luego.

Y así siguieron, charlando amistosamente de cosas sin importancia, mientras Dan conducía desde la casa de los Belden, por Glen Road a Killifish Road. Aparentemente, Trixie estaba tan alegre como los otros dos, pero en realidad se sentía preocupada. Brian siempre hacía lo que había que hacer: no era propio de él retrasarse. Esperaba que por lo menos hubiese podido encontrar un refugio. La visión de los árboles doblados por el viento a lo largo de la carretera no era nada tranquilizadora. Incluso ella misma se sentía nerviosa a cubierto, sólo resguardada por el techo del coche. Aquí y allí, gotas de lluvia chocaban violentamente contra el parabrisas.

Killifish Road terminaba a unos cientos de metros del río. Dan paró el coche, pero dejó el motor en marcha.

—Sé el sitio al que últimamente han venido Brian y Loyola —dijo Trixie—. ¿Bajo y veo si están allí? Si no es así, volveré al coche y podremos seguir buscándolos.

Trixie observó el viento, casi deseando que Dan o Honey

hubiesen bajado al río en su lugar. El aire allí era más fresco, por la proximidad del agua, y lamentaba no haberse puesto alguna ropa de abrigo. Pegados los brazos al cuerpo, sorteaba piedras y ramas, pensando que, por lo menos, llevaba las zapatillas.

Llegó al borde del talud y se paró, fascinada por la visión del poderoso Hudson, presto a tomar parte en el huracán que se avecinaba. Pronto tomó un camino que parecía más utilizado que los demás. Más atenta al agua que a la senda, casi tropieza en unos hierbajos y en una piedra que sobresalía. Por último, llegó a una curva del camino y se encontró con Loyola y Brian.

—¡Trixie! ¿Qué haces por aquí? —preguntó Brian.

—Mamá estaba preocupada… Hola, Loyola… y Honey estaba conmigo, y Dan dijo que podría traernos… —las palabras le salían a Trixie atropelladamente—. ¿Y qué es lo que hacéis vosotros aquí? —preguntó a su vez.

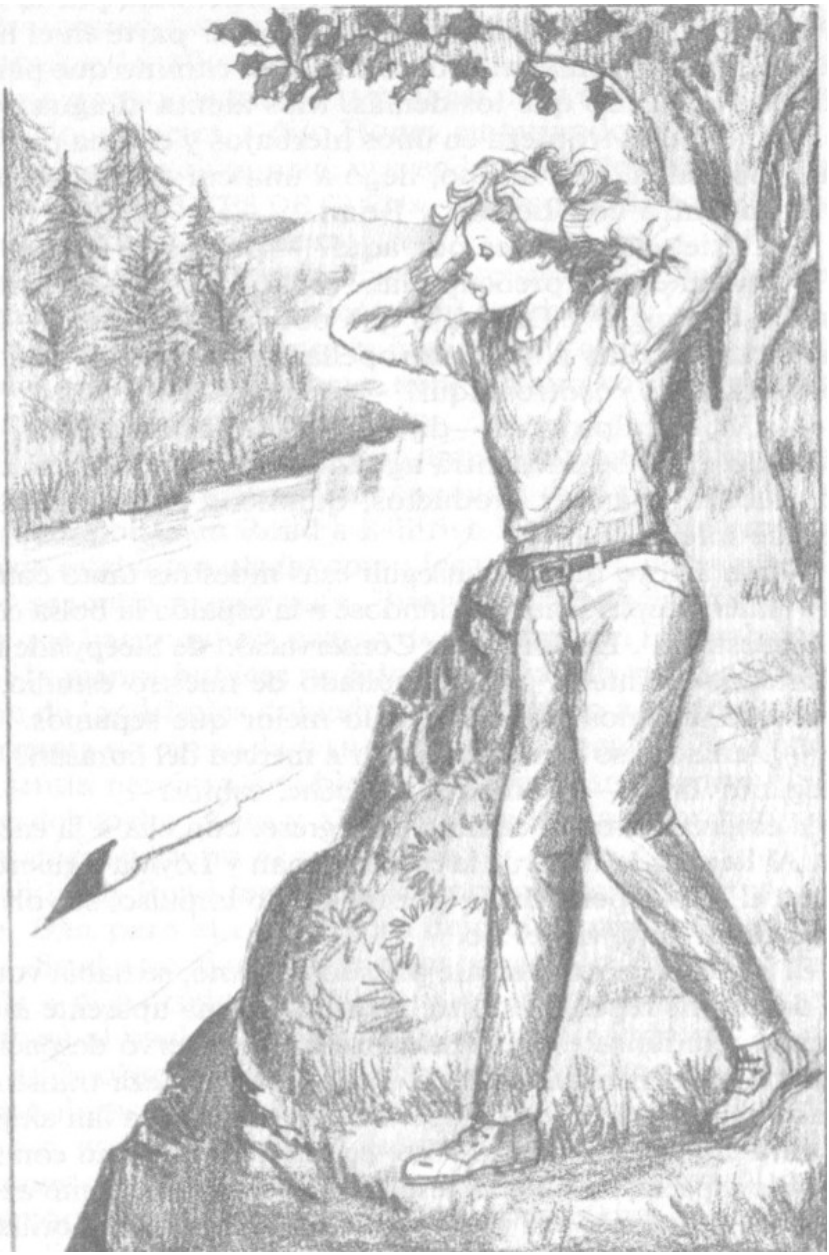
—¡Oh, es culpa mía! —dijo Loyola mirando a Brian—. Cuando el río se encuentra agitado, como es ahora el caso, pueden aparecer productos, químicos y contaminantes, de interés y…

—También yo quería conseguir esas muestras tanto como tú —interrumpió Brian, echándose a la espalda la bolsa con las muestras —. El Comité de Conservación de Sleepyside ha expresado su interés por el resultado de nuestro estudio, y creo que tenemos que trabajar lo mejor que sepamos.

—¿Aunque eso suponga quedar a merced del huracán? —preguntó Trixie—. Vámonos al coche, sabios.

Y emprendieron el camino de regreso, con ella a la cabeza. Al llegar a la cima de la cuesta, Brian y Loyola siguieron hacia el coche, pero Trixie, por un súbito impulso, se volvió para mirar otra vez el rio.

El Hudson, normalmente plácido y sereno, se había vuelto de un gris repelente. Entre zonas de calma aparente asomaban remolinos espumeantes. Trixie lo observó despacio, sumida en el pensamiento de cómo la naturaleza transformaba en un espacio de tiempo tan breve una cosa tan alegre en otra tan amenazadora. Pero, en cierto modo, aun con su terrible aspecto, el Hudson resultaba hermoso. El viento azotándola en la cara y el ruido de las aguas contra las orillas, resultaba inquietante.



Algo apareció en la escena que contemplaba, que dejó perpleja a Trixie. Aquello estaba completamente fuera de lugar. Casi todo había adquirido un matiz grisáceo: el dejo, las orillas, el agua. Hasta los árboles que bordeaban el río mostraban tonalidades grises, en lugar de verdes. Lo gris era precisamente lo que hacía que se destacase más aquel triángulo negro, que atravesaba lentamente las aguas. ¿Qué era…? No; no podía ser… tenía que ser… ¿qué?

Trixie entornó los ojos y con las dos manos apartó los rizos rebeldes que no le dejaban mirar a gusto. Manteniéndose inmóvil, concentró la mirada y comprobó que su primera impresión había sido cierta.

—¡Atiza! —murmuró—. ¡Es una aleta de tiburón! ¿Qué hace un tiburón en el Hudson?

Incredulidad • 2

TRIXIE estaba demasiado asombrada para poder hacer algo que no fuese mostrarse incrédula, en principio. Los tiburones eran totalmente desconocidos en el Hudson, según sus recuerdos.

¡Espera a que se lo cuente a los Bob-Whites! —pensaba, a la vez que daba unos pasos más hacia el río para poder ver aquello más de cerca.

Detrás de ella sonaba impaciente el claxon del coche. Trixie recordó la advertencia de su madre, de no tardar mucho, y de muy mala gana dio la vuelta.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó Honey en cuanto Trixie se sentó junto a ella—. ¿No te acuerdas de lo que dijo tu madre?

Trixie asintió con la cabeza. En ocasiones, cuando estaba excitada, las palabras no le salían con facilidad. Y ahora lo estaba tanto que no le salía nada en absoluto. Sin hablar, señaló hada el río. Pero en lugar de mirar allá, en la dirección que les indicaba, los otros se quedaron mirándola.

—¡Un tiburón! —estalló por fin—. ¡He visto un tiburón en el Hudson! Bueno, en realidad, sólo la aleta, pero las aletas no andan por ahí sin tener un tiburón unido a ellas. Eso es… ¿no es asombroso?

Los demás seguían mirándola. Loyola, con amabilidad, pero los demás con un poco, o un mucho, de retintín. Dan volvió la vista a la carretera y, según le pareció a Trixie, apretó un poco más el acelerador.

—¿No me creéis? —preguntó.

—¿Tenemos que hacerlo? —contestó Brian—. Eso es increíble. Hemos vivido junto al Hudson toda la vida y nunca hemos oído hablar de ningún tiburón.

—¡Eso es precisamente lo que me extraña! —dijo Trixie—. Y me aterra. ¿Os dais cuenta lo que supone, con la cantidad de gente que se baña y lo recorre en bote? Bueno, de todos modos, si no me creéis no hay más que dar la vuelta, Dan, y os lo mostraré a todos.

—De ninguna manera —repuso Dan, tenso—. Lo siento, Trixie, pero creo que volver a casa sanos y salvos es más importante que…,

bueno…, las ficciones de tu imaginación.

—¿Las… qué? —saltó Trixie.

Antes que se inflamasen más los soliviantados ánimos de Trixie, intervino Honey:

—Tal vez lo que viste fue una ola. El viento levantaba el agua. Desde el coche se veía.

—Entonces tenéis que haber visto el tiburón también —repuso Trixie.

—Deja de inventar conclusiones —dijo Brian tajante—. Está claro que la única que ha visto algo has sido tú.

Trixie empezaba a acomodarse en el asiento, pero se incorporó.

—Loyola, Dan nos dijo que eres especialista y te interesas mucho por el Hudson. Entonces tienes que saber mucho más que yo acerca de él. ¿Pudo ser un tiburón de verdad lo que vi?

—Por una vez has dicho algo sensato —apuntó Brian—. Hasta la señora Cowles, nuestra profesora de química, está sorprendida de lo mucho que Loyola sabe del río.

—Bueno, en realidad, estoy empezando a aprender cosas de él —afirmó Loyola—. Si la escuela pudiese conseguir más dinero del Comité de Conservación de Sleepyside, para establecer un laboratorio flotante, eso me permitiría llevar a cabo algunas investigaciones.

—Bueno, pero ¿qué piensas tú de esto? —insistió Trixie—. Me refiero al tiburón.

Pareció que Loyola se sentía un poco incómoda.

—Todo lo que puedo decir es que los tiburones son animales marinos, que por lo general se encuentran en agua salada. Y el Hudson es un río de agua dulce.

Trixie volvió a dejarse caer en el asiento, a solas con sus pensamientos.

Dan exhaló un exagerado suspiro de satisfacción al tomar la curva tras la cual se veía la casa de los Belden.

—¡Esto es llegar a tiempo! Si conseguimos entrar en casa antes de que estalle lo peor de la tormenta, tendremos muchísima suerte.

—Gracias a que no hemos hecho el viaje en mi cacharro —dijo Brian—. Estaríamos aún en Killifish Road. Y me encuentro demasiado cansado para enfrascarme en problemas mecánicos esta tarde.

Dan condujo el coche lo más cerca que pudo del porche y paró el motor. En ese preciso instante, sobre el parabrisas llovieron incontables y enormes gotas.

—¡A correr se ha dicho! —gritó Trixie. Tiró del picaporte y comprobó que era tal la fuerza del viento que apenas podía mantener abierta la puerta. Empujó con decisión, y fue la primera en atravesar el umbral.

En la cocina de los Belden le esperaba una cálida y agradable escena: su madre seguía atareada, friendo pollo, mientras su padre se lavaba, terminadas sus actividades conserveras. Mart y Bobby estaban sentados a la mesa, riendo ruidosamente.

—Vamos a empezar otra vez —decía Mart—. Eso es «poto frillo», ¿te enteras?: «poto frillo». Dilo ahora.

—Eso no tiene sentido —insistía Bobby, que todavía pensaba muy literalmente en cuestiones de idioma—. Me gusta más «pollo grito», porque eso es lo que hacen los pollos en la sartén: ¡gritan!

—Pero, Bobby —volvía a empezar Mart, poniendo las manos en la mesa con gesto de desesperación—. ¡No importa! Estoy seguro que un buen frito bien vale todo mi sistema.

—Eso parece prometedor —intervino Trixie—. ¿Puedo ayudaros?

—¡Oh, Trixie! Me alegro de que ya estéis de vuelta —exclamó la señora Belden—. ¿Encontrasteis…? ¡Ah! Ya veo que también viene Brian.

—¡Viva, viva! ¡Ya está aquí todo el clan! —dijo alegre el señor Belden—. Quitaos la ropa mojada y sentaos todos. Loyola y Dan, estáis invitados a cenar, si queréis. No echaría a la calle ni a un perro, con esta tarde. Honey, supongo que la cena era parte del acuerdo que Trixie hizo contigo hoy.

Honey asintió, mientras rascaba detrás de la oreja a Reddy, el setter irlandés de los Belden.

—Me imagino lo que pensaría Reddy si le ordenase que saliese ahora. ¡Con lo que le gusta hacer lo contrario de lo que se le ordena!

—¿Puedo llamar a mi abuelo? —preguntó Loyola. Trixie recordó que Brian le había contado que Loyola vivía con su abuelo en un apartamento de Sleepyside; sus padres habían muerto y desde entonces vivía con él.

Una vez obtenido el permiso de su abuelo, Loyola se quedó a cenar. Dan llamó también al señor Maypenny, para decirle dónde estaba. Y a continuación, los muchachos se pusieron a preparar la mesa. Entre los aromas de la comida y los olores de las conservas, el apetito de todos iba adquiriendo una magnitud considerable.

—¡Tengo tanta hambre que me voy a desmayar! —exclamó Brian, poniendo en la mesa el último de los platos de la vajilla.

—¿No te llevaste nada para almorzar? —preguntó su madre.

—Tomamos algo hacia las doce —puntualizó Loyola.

—Pero eso es muy poco —dijo Brian con un gesto—. No sé por qué, pero me siento como mi cacharro cuando el depósito está casi vacío.

—Bueno, pues vamos a llenarlo —anunció el señor Belden, sentándose y poniendo en la mesa la primera bandeja repleta de trozos de pollo frito.

—¡Mira! Los pollos han dejado de gritar —exclamó Bobby.

Mart le echó una mirada despiadada.

—Y hablando de humedad —dijo la señora Belden, sacando una bandeja del horno—, casi me había olvidado de deciros que han cambiado las previsiones meteorológicas hace un rato. El huracán, parece ser, no va a avanzar hacia el interior. De todos modos, hay advertencias serias para que se esté prevenido el resto de la tarde.

Trixie miró la lluvia a través de la ventana y tembló ligeramente. Todavía se sentía helada de su breve carrera bajo la lluvia, pero, sobre todo, se notaba un poco más alterada que de costumbre.

¿Por qué estoy tan nerviosa? —se preguntaba para sí.

En la mesa se iban distribuyendo el pollo, las patatas, los buñuelos de mantequilla, la jalea de manzanas silvestres, las judías verdes con almendras y la ensalada de tomates y pepinos. Durante unos minutos, la única conversación audible en la cocina fue un murmullo compuesto de retazos como: «por favor…», «gracias…», «un poco más…»

De repente, a Trixie se le cayó el tenedor, y el estrépito sobresaltó a los demás.

—Estoy muy nerviosa —empezó a hablar muy excitada—. No os lo he contado a todos.

—¿Tienes que hacer alguna manifestación? —preguntó Mart—.

Déjame adivinarlo. Acabas de cambiar la elección de tu carrera. Quieres ser meteoróloga cuando seas mayor, en el caso de que alguna vez llegue ese día afortunado. ¿O tal vez ornitóloga, o laringóloga, o anestesista?

Trixie ahogó una respuesta brusca.

—Sí, tengo que hacer una manifestación, pero no es nada de lo que has supuesto. Es simplemente que hoy he visto un tiburón en el Hudson.

Tras esta declaración, se produjo una amplia muestra de expresiones de desconcierto a su alrededor.

Como de costumbre, Mart fue el primero en explicar su sentimiento.

—Podías haber dicho que estabas sin blanca —dijo—. Podría…

—¿De qué hablas? —le interrumpió Trixie.

—Has dicho tiburón —repuso Mart—. Supongo que necesitas un préstamo o algo por el estilo. Ya sabes, se les llama tiburones a los que prestan con interés exageradamente alto. O, como dices que lo has visto en el Hudson, tal vez debería pensar que has tropezado con alguien que solía prestar dinero con usura.

—¡Un tiburón! —gritó Trixie impaciente—. ¡Ese pez que se llama tiburón!

—Entonces, lo que quieres es hacerte ictióloga —terminó Mart, convencido.

—¿Qué? —preguntó su padre, levantando una ceja.

—Ictióloga —repitió Mart sin dudar—. Especialista en una rama de la zoología que trata de los peces.

Peter Belden movió la cabeza.

—Nunca lo había oído. Ni tampoco había oído que hubiese tiburones en el Hudson. ¿Quieres contárnoslo, Trixie?

Y Trixie describió lo que había visto en el río.

Su padre volvió a mover la cabeza.

—Te aseguro que nunca he oído hablar de tiburones en esta región.

—No sabemos si es cierto —aclaró Brian—. Ninguno de nosotros lo vimos.

—Podría haber sido una ola —se le ocurrió decir al señor Belden.

—Eso es lo que yo pensé —se apresuró a puntualizar Honey.

—No lo era —negó Trixie con terquedad.

—O algún manojo de desechos —dijo su madre.

—El río está sucio… —añadió Dan.

—Tampoco era eso —aseguró Trixie. De repente notó algo frío en el costado. Era Reddy, que la empujaba pidiendo que lo rascase un poco.

Mart rió entre dientes.

—En lugar de fantasear con mandíbulas y dientes, tal vez debieras concentrarte en garras —dijo, alargándole a Reddy un hueso de muslo de pollo.

—O en roer —añadió Brian, metiéndole el diente a un ala de pollo.

—Es tan divertido que se me ha olvidado reír —gruñó Trixie—. Las burlas eran previsibles tratándose de Mart, pero esperaba un poco más de consideración del resto de la familia; suponía que lo tomaríais más en serio.

Loyola había estado observando a Trixie atentamente. Esperó hasta que casi todos terminaron de comer antes de empezar a hablar, cosa que hizo de modo tranquilo y ponderado.

—Ha sido una comida deliciosa, señores Belden. ¿Sabes, Trixie? Deberías ir a hablar con una amiga mía, Thea van Loon. Es escritora de libros para niños y parece ser que sabe mucho del río Hudson.

—¿De veras? —preguntó Trixie inclinándose hacia delante.

—En realidad, por eso ha venido a Sleepyside este mes —prosiguió Loyola—. Vive en Nueva York, en la ciudad, pero está documentándose para un libro cuyo título es algo así como «El salvaje y maravilloso Hudson».

—Parece fascinante —comentó la señora Belden.

—No me acuerdo con exactitud —dijo Loyola—, pero la biblioteca pública organizó una vez una conferencia sobre los peces del Hudson, y allí fue donde la conocí. Thea sabía casi más que el propio conferenciante, y le planteó varias preguntas embarazosas. Ha pasado mucho tiempo en el río. Estoy casi segura de que la veré esta noche. Es muy posible que te pueda decir qué es lo que viste.

Trixie sentía aquella sensación tan familiar que le anunciaba siempre el inicio de un misterio. *No te apures* —se decía—. *Un tiburón no es exactamente un misterio. Aunque lo haya visto…*

Preguntó en voz alta:

—¿Vive Thea contigo, Loyola?

—No, se aloja en casa de unos amigos que viven unas manzanas más allá de la escuela.

—Trixie, mañana no tengo nada que hacer después de clase —le dijo Honey—. ¿Quieres que vayamos a ver a Thea?

Trixie lanzó a Honey una mirada de agradecimiento. Aunque Honey no estuviese completamente convencida de las ideas u opiniones de Trixie, solía encontrar alguna forma de demostrarle su lealtad.

—Mamá, te prometo que esta semana recogeré miles de tomates… —empezó a decir Trixie.

—Sí, puedes salir mañana —le permitió su madre—. En principio, de acuerdo, Trixie. Pero ¿por qué no me llamas a la hora de la comida, por si estoy desbordada? —se levantó de la silla y empezó a aclarar los platos—. Mientras tanto…

—¡Oh!, déjame a mí los platos —interrumpió Mart—. Me toca lavarlos, aunque es natural que los que cuentan cuentos durante la comida colaboren.

—Teniendo en cuenta que comes mucho más que el resto —añadió su madre como sin darle importancia—, parece justo que seas tú el que se encargue de ellos. De todos modos, como iba diciendo, Loyola, ¿quieres quedarte esta noche en casa y tomar mañana el autobús con los demás para ir al colegio? Me da pena que vuelvas a la ciudad con la noche que hace.

Loyola vaciló, mirando a Brian.

—Precisamente, yo pensaba llevarla a casa —dijo Brian—, pero, a decir verdad, estoy agotado; quería irme a la cama enseguida. Mañana tendré un examen de química un poco complicado y tengo que estudiarlo por la mañana temprano.

—Yo ya me lo sé —dijo Loyola, un poco presuntuosamente. Y añadió, dirigiéndose a la señora Belden—: Es muy amable su ofrecimiento. Después de ayudar con los platos, ¿puedo volver a telefonear?

La señora Belden corrió a preparar la habitación de los huéspedes, mientras Loyola, Mart y el señor Belden dejaban en orden la cocina. Dan y Honey decidieron irse a casa, a pesar de la tormenta. Dan, porque Brian le había recordado el examen de química. Honey, porque sus padres la estaban esperando. Brian se

despidió y subió a su habitación. Bobby siguió a Mart, balbuceando otra retahila de trabalenguas.

Trixie se sentó en el salón, junto a la chimenea, intentando poner en orden sus pensamientos. Se sentía aún intranquila y con los nervios de punta, y frustrada, porque nadie se había creído ni poco ni mucho lo del tiburón. Al mismo tiempo, estaba ilusionada ante la idea de conocer a la autora infantil. *He vivido toda mi vida junto al Hudson* —razonaba Trixie—. *Tal vez pueda ayudar a Thea van Loon en su libro…*

Seguía sumida en sus pensamientos referentes a la coautoría de libros, cuando entró su padre a reavivar el fuego. La señora Belden llegó con un gran cuenco de palomitas de maíz y Mart se lanzó a unas elucubraciones lingüísticas que consiguieron sacar a Trixie de sus ensueños. Tomando una de las frases de Mart como arranque, los Belden empezaron a contar cuentos de Washington Irving y viejas baladas que teman en cierto modo relación con el río. Loyola volvió a contar la leyenda del Barco de la Tormenta, la misteriosa visión que mucha gente afirmaba que había contemplado después de los temporales. Resultaba más fácil olvidar la tempestad que rugía en el exterior concentrándose en las canciones y narraciones del interior.

—Tengo algo que te gustará —dijo Mart—, Bobby, me parece que en la escuela no te han enseñado ésta:

«West Point y Middletown,
Konnosook y Doodletown,
Kakiak y Mamapaw,
Stony Point y Haverstraw».

Era una rima que la gente solía utilizar para aprender nombres relacionados con el río.

Bobby bostezó.

—Tal vez esta otra te impresione —dijo Loyola riendo—. Es una vieja canción de maderero que solía cantarme mi abuelo:

«Casi siempre me transportan
de los albergues del hombre
a las orillas del Hudson

donde lobos y búhos
con sus terribles gemidos
alteran nuestros sueños».

La sonora voz de Loyola se fue apagando en un susurro profundo, apenas audible, al llegar al último verso.

—Da miedo —exclamó Bobby.

Trixie asintió con una sonrisa y un estremecimiento. *Los lobos y los búhos… y los tiburones* —se dijo para sus adentros.

Brian en apuros • 3

—¡ESO ES TREMENDO! —Di Lynch abrió sus ojos violeta, llena de terror—. Hemos estado bañándonos en ese río hasta el mes pasado sin ir más lejos. E incluso he llevado a los gemelos a la playa de Croton Point… Ahora no puedo apartar de mi pensamiento la idea de que acaso haya tiburones en aquellas aguas —ella tenía en la familia dos pares de gemelos—. Casi no puedo creerlo.

—Parece demasiado increíble para ser verdad, Trixie —añadió Jim Frayne. Jugueteó con un cajón y la miró.

Trixie evitó su mirada y recogió un cuaderno de notas de su cajón. Podía haber hecho algo mejor que iniciar esa conversación. Aquella mañana se había mantenido deliberadamente silenciosa durante el trayecto del autobús de la escuela, sin querer suscitar más observaciones sarcásticas por parte de sus hermanos. Escuchó pacientemente todo cuanto Di tuvo que decir acerca de los dos dedos de agua que habían entrado en el sótano de los Lynch, y Jim contó lo que Regan había luchado para mantener tranquilos a los caballos durante la tormenta. Esperó a que los demás entrasen en el edificio de la escuela para abordar a Di y Jim, los dos únicos Bob-Whites que aún no sabían nada de su descubrimiento. Tampoco esta vez la reacción de sus amigos le proporcionó satisfacción alguna.

El cuaderno que Trixie sacó dejó caer en el pasillo un sinfín de papeles, por lo que transcurrieron unos segundos antes de que pudiese contestar a su amiga.

—Ése es el caso, Di —repuso mientras volvía a colocar una hoja de ecuaciones en el cajón—. Que todos hemos nadado en el río. Y navegado, pescado y patinado sobre el hielo. Pero siempre hemos considerado al Hudson como algo hermoso, y —no me tomes el pelo por mi vena poética— nunca como un enemigo.

—El profesor de lengua habría quedado impresionado —aseguró Jim escuetamente—. Pero creo que necesitaré más pruebas antes de dejarme convencer por esa historia tuya de tiburones.

—No creo que esperes pruebas reales —se revolvió Trixie recriminándole.

La cara de Di dejó transparentar su aprensión.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si tenemos que esperar hasta que alguien resulte muerto, para creer que existe un asesino.

—No digas eso —se quejó Di.

—No seas tan blanda, Di —dijo Jim—. Conoces la febril imaginación de Trixie tan bien como yo —se agachó para recoger un papel que Trixie había dejado en el suelo—. De todos modos, ¿qué propones que hagamos con el presunto asesino?

Trixie cerró el armario en el mismo instante en que sonaba el primer aviso para ir a clase, y en pocas palabras les dijo a Jim y a Di que procurasen conseguir más información de Thea van Loon; después el trío se encaminó hacia sus clases respectivas.

Según se vio después, Jim se había equivocado en una cosa: ninguno de los profesores de Trixie quedó impresionado por sus intervenciones de aquella gris mañana de lunes. Al contrario, había cogido un cuaderno equivocado y estuvo totalmente desorientada cuando llegó su turno en la clase de matemáticas. En la de lengua su mente volvió a llenarse de tiburones, y cuando el profesor le preguntó algo relacionado con la lección, contestó de modo ausente:

—Lo hizo el tiburón.

Sólo entonces se dio cuenta de que la clase había estado dedicada a hablar de Moby Dick.

Para acabar de arreglar las cosas, el profesor de historia eligió aquel día para hacer una prueba sorpresa, o, por lo menos, fue

sorpresa para Trixie. *Espero que Dan y Brian se lo estén pasando mejor con la química que yo con la historia* —pensaba, conforme iba contestando a ciegas una pregunta tras otra; incluso una de ellas se refería a los viajes, en busca de pesca, de los vikingos—. *No puedo evadirme del tema* —terminó murmurando con una mueca de desaliento.

Pero hubo una hora en la que los tiburones no aparecieron: la de la comida. Trixie entró en la cafetería dispuesta a olvidar el asunto y lo consiguió. Como si se tratase de un acuerdo tácito, ninguno de los demás Bob-Whites lo sacó a relucir. En lugar de eso, los temas de conversación casi se limitaron a la tormenta de la noche anterior, la fiesta que los Bob-Whites estaban preparando para la noche de Todos los Santos y la costumbre que Mart tenía de confundirlo todo con sus juegos de palabras.

—¡Oh, Mart! —bromeó Di—. Tú, que eres tan delicado para todo, ¿cómo puedes resultar tan basto en la cocina?

—Mi especialidad, Diana, es «gurmandizar» las conservas y degustar los artículos deliciosos —repuso él—. La confección real de tales delicias es mejor dejárselo a alguien realmente entendido y que posea una mente más vulgar. TU amiga Beatrix, por ejemplo, cuya mente es eminentemente apropiada para las verduras.

—¿Qué es lo primero que has dicho? —preguntó Di—. ¿Es que tú eres un especialista? Yo creía que Brian…

—Lo que ha tratado de decir —intervino suavemente Trixie— es que come como los cerdos y tiene un cerebro exactamente igual al de ellos. Y ahora perdonadme, pero he de hacer una llamada a su pocilga.

Y antes de que Mart reaccionase, tragó el último bocado de su sandwich de atún y salió corriendo hacia el teléfono del vestíbulo.

Cuando regresó a la mesa de los Bob-Whites unos instantes después, lo hizo con paso lento y cara larga. Se sentó junto a Honey y empezó a pelar un plátano con gran parsimonia.

—¿Pasa algo? —preguntó Honey de aquel modo tan simpático, tan suyo.

—No, creo que no será el fin del mundo —contestó Trixie—. Es que mamá tiene ochenta kilos de tomates que, según asegura, se echarán a perder de aquí a mañana si Mart y yo no la ayudamos después de clase. Por consiguiente, no podremos ir a ver a Thea

hoy, Honey.

—Bueno, ya iremos mañana —la consoló Honey.

—Tal vez Thea se haya enterado de que vais a ir y os haya preparado unos cuantos cestos de tomates en la puerta de casa —dijo Brian.

Trixie le hizo una mueca y repuso:

—Estás celoso porque te vas a perder la diversión. ¿Adónde vas a ir al salir de la escuela?

—Te lo diré. Por eso he traído mi cacharro esta mañana, en lugar de tomar el autobús. Loyola y yo vamos a White Plains a comprar algunos objetos que necesitamos para nuestro proyecto —Brian miró el reloj y se levantó tan deprisa que casi pierde el equilibrio—. En realidad, debo irme. Loyola y yo tenemos que hacer algo antes de la próxima clase.

Trixie también se puso en pie.

—Yo sólo tengo que ir a mi armario, a recoger los libros de las clases de hoy. También podría tomar el autobús y marcharme a casa ahora mismo. Tal como se me está dando el día, no es mala idea.

La tarde en la escuela tampoco fue más productiva para Trixie que la mañana. Afortunadamente, el trabajo en cadena para la conservación de tomates que Helen Belden había organizado dejaba poco tiempo para aburrimientos adicionales en casa.

Bobby estaba muy orgulloso de que se le hubiese encomendado la tarea de lavar los tomates que la señora Belden iba eligiendo. Mart se ocupaba de escaldarlos y sumergirlos en agua fría. Trixie los troceaba, mientras su madre llenaba los tarros y los hervía durante los cuarenta y cinco minutos necesarios para completar el proceso.

Mart echó varios tomates a la vez en el agua hirviendo, y salpicó a Trixie.

—Mart, ten cuidado —se quejó—. Caramba, eres más peligroso que un tiburón.

—Bobby, me parece que Reddy quiere entrar —dijo la señora Belden—. ¿Quieres abrirle?

Bobby salió al vestíbulo y la señora Belden dijo en voz baja:

—Trixie, quiero que olvides ese asunto de los tiburones. Tienes a Bobby muy alterado.

—¡Oh, no lo había pensado…!

—Ya sé que no te has dado cuenta. Ni siquiera yo misma me

había preocupado, hasta que anoche, cuando fui a darle las buenas noches, me encontré con que, entre la canción de Loyola y la historia que contaste en la mesa, Bobby estaba asediado por fantasías de todo tipo. No creo que haya dormido bien.

—Ya entiendo —admitió Trixie—. Desde ahora tendré cerrada la boca.

—¡Ya era hora! —se burló Mart. Después, al entrar Bobby y Reddy, dijo—: Vamos, más deprisa, que me quedo sin municiones. ¿Qué tal si me dais más «mumates»?

—«Mumates, mumates» —repitió Bobby.

Trixie y su madre lanzaron miradas de reproche hacia Mart, que se había escudado tras una beatífica sonrisa mientras introducía cuidadosamente un tomate en la olla.

Unos minutos más tarde sonaron pasos en la entrada.

—Debe ser papá —dijo la señora Belden—. Está invitado esta noche a un banquete de despedida.

Pero era Brian, que entró en la cocina y sin decir una palabra se sentó a la mesa, con la cabeza entre las manos.

Trixie miró la pálida tara de su hermano y dijo:

—Brian, ¿sucede algo?

Brian la miró y dijo lentamente, como si él mismo aún no pudiese creerlo:

—He… he tenido un accidente con el coche…

Al instante le rodeó toda la familia, llena de temor y preocupación.

—¿Estás bien? ¿Hubo algún herido? Brian, ¿cómo ha sucedido? ¿Cómo has llegado a casa?

Brian movió las manos.

—No quería asustaros —dijo, haciendo un gesto tranquilizador —. Estoy bien. Lo que pasa es que nunca me había ocurrido.

—Pero, por favor, ¿cómo fue? —insistió Trixie.

Todos se acomodaron alrededor de la mesa, excepto su madre, que le preguntó:

—¿Quieres que te haga un poco de té?

—Sí, muchas gracias —contestó Brian—. Estoy un poco decaído.

Parecía como si mentalmente tratase de desechar alguna escena molesta, y empezó su narración.

—Loyola y yo habíamos adquirido cierto equipo especial en una

tienda de White Plains. Era en los suburbios y estuve buscando durante un buen rato un lugar donde aparcar.

—¿Quién llevaba el coche? —preguntó Mart, acudiendo al rescate de los tomates de la olla.

—Yo. Loyola no tiene aún permiso de conducir. Pero fue ella la que observó el único hueco libre que quedaba en la manzana…

—Ya te advertí que ibas a tener problemas con el coche —interrumpió Trixie—. Anoche mismo dijiste que últimamente no funciona bien. ¿Qué sucedió? ¿Te ha dejado tirado?

—Siempre con tu costumbre de sacar a destiempo absurdas conclusiones —repuso Brian enfadado.

—Simplemente, una ocurrencia, entre tantas, de nuestra hermana —añadió Mart sin darle importancia, volviendo a sentarse junto a Brian.

—En fin —siguió Brian—, lo que ocurrió no tiene nada que ver con mi cacharro. Quiero decir que fue culpa mía exclusivamente. Vi el hueco que me señaló Loyola y me dirigí hacia allí. En lugar de entrar en él marcha atrás, como debía haber hecho, decidí entrar de frente. Y… creo que no presté mucha atención, pues choqué con el coche de al lado.

—¡Oh, Brian! —se quejó Trixie.

—En realidad fue sólo una rozadura —se apresuró a aclarar Brian—. No fue mucho el daño que le hice y no había ni una señal en mi coche. Naturalmente, me bajé para ver qué había hecho. El dueño del coche estaba en una tienda y vino corriendo.

Bobby atendía al relato con la gravedad que le daban sus seis años; estaba dándole vueltas a las palabras de Brian.

—Tienda de equipo especial… Humm… «Dienta de pico escepial»… ¿Está bien así, Mart? —preguntó.

—Podrás seguir con tus juegos de palabras cuando acabe yo de hablar —saltó Brian—. Bueno, al principio se alteró mucho, pero después de examinar el coche se fue calmando. De todos modos, ella —pues era una mujer— propuso que llamáramos inmediatamente a la policía y no quiso saber nada, pese a que yo insistía en abonar los daños.

La señora Belden puso una taza de té humeante junto a Brian y se sentó.

—Pero, de todos modos, se los pagarás, ¿verdad?

Brian asintió.

—Eso es precisamente lo que hace que me sienta tan aturdido. Da la casualidad de que el coche era nuevo, un modelo deportivo plateado, muy caro. ¡No me extraña que estuviese tan histérica al principio! Sólo le he hecho un raspón en una pieza del guardabarros trasero. Me sentía tan culpable por haberle sacudido a un coche nuevecito que le prometí pagar la pieza de repuesto y ponérsela yo mismo mañana, después de la escuela —hizo una pausa para sorber un poco de té—. No quería escucharme, pero al final, probablemente para que me callase, aceptó. Entonces se marchó, y Loyola y yo terminamos nuestra gestión. Después me vine a casa. Por eso creo que no es para tanto. No sé por qué me siento aún tan alterado.

Su madre se inclinó y puso su mano sobre la de Brian.

—Pareces aturdido —admitió—, y como ya estás en casa, tal vez se te ha pasado la impresión… Brian, ¿hay algo más que te preocupe…? ¿Te sientes bien?

—Perfectamente —contestó Brian—. Y os pido disculpas por haber sido tan aparatoso. Parece que lo único que consigo últimamente es dar dolores de cabeza.

—Hablaré de esto con tu padre cuando vuelva —dijo la señora Belden—. Creo que, además de pagar la pieza y colocarla, sería bueno que no condujeses durante una semana, por lo menos. Aunque tu historial como conductor hasta ahora era perfecto…

—No —dijo Brian—. Debo llevar el coche a la escuela mañana, pues, de lo contrario, ¿cómo voy a poder reparar el deportivo?

—Como quieras —asintió la señora Belden, levantándose de la mesa—. Ahora, si mis ayudantes de «mumate» me conceden otros minutos más de su tiempo, podremos hacer la cena. Prometo que, sea lo que sea, no tendrá tomate.

Mart lanzó un grito de alegría al oírlo.

Brian se frotó los ojos, terminó el té y se levantó. De repente se volvió a Trixie.

—Casi lo había olvidado —le dijo—. La dueña del coche era la persona de la que Honey y tú hablabais esta mañana: la amiga de Loyola, es decir, Thea van Loon.

Confesión asombrosa • 4

AL DÍA SIGUIENTE, después de la escuela, Trixie y Honey se encontraron embutidas en el asiento delantero del cacharro de Brian, con éste al volante. Para Trixie, Brian seguía siendo voluble y desconcertante. Se quedó sorprendida cuando él aceptó que las dos amigas le acompañasen a casa de Thea.

Brian se dirigió a una tienda cercana de repuestos de coche, para comprar la pieza que necesitaba. Trixie y Honey esperaron en el coche, charlando de la entrevista que iban a mantener con la autora de libros infantiles.

—Tal vez sea una maestra retirada, o quizá una vieja solterona —especulaba Trixie.

—Y que conduce coches deportivos —añadió Honey.

—Bueno. Todos tenemos caprichos —dijo Trixie algo desorientada—. Piensa en ti misma, por ejemplo. Eres de una de las familias más ricas del contorno y, sin embargo, llevas vaqueros y una sencilla camisa casi siempre, lo mismo que yo.

—Ni somos tan ricos, ni yo voy desastrada, sino cómoda —repuso Honey—. De todos modos, me gusta el nombre: Thea van Loon. Suena a bailarina de ballet: alta, delgada, con aspecto de artista…

—Que anda recitando «Un jardín de versos para los niños» y «Alicia en el país de las maravillas» —terminó Trixie con ojos soñadores—. Honey, me parece que después de hablar con ella, Thea van Loon quedará asombrada de lo mucho que sabemos del Hudson…

—Trixie, no seas ingenua. Aunque, ahora que lo dices, tal vez se refiera a nosotras en una o dos notas a pie de página.

—¿Nota a pie de página? ¿Una de esas cosas que hay escritas con una letra tan pequeña que no hay quien las lea? Nada de eso. Quiero salir en la portada, después del título: «Dedicado amistosamente a las dos maravillosas detectives del río Hudson, Trixie y Honey…» —las dos amigas rieron a más no poder.

Estaban aún en pleno ataque de risa cuando volvió Brian con la pieza. Sin decir una palabra, arrancó el coche y se dirigió a

Wentworth Avenue, una calle cercana llena de apartamentos.

Por alguna oculta razón, Trixie no quiso compartir sus bromas con Brian. *Me parece que no está de humor estos días* —pensó.

La mujer que abrió la puerta del viejo edificio de apartamentos no se parecía en nada a la imaginada por Trixie y Honey: Thea van Loon rondaría los treinta años, según la opinión de Trixie. Sus vaqueros descoloridos y la chaquetilla indescriptible que llevaba no constituían precisamente modelos de alta costura. Era apenas más alta que Trixie. Pero la sonrisa que cruzó su rostro al reconocer a Brian le hizo parecer agradable y abierta.

—¡Hola, Brian! —dijo—. Te dije cien veces que no te molestases en venir, pero, por lo que se ve, eres muy cabezota.

Brian empezó a disculparse otra vez por el accidente.

—El coche está bien —le interrumpió Thea—. Lo tengo ahí delante. Creo que la reparación no te ocupará más de un minuto — miró inquisitivamente a las dos chicas.

—Ah, ésta es mi hermana, Trixie, y ésta, nuestra amiga Honey Wheeler —las presentó Brian—. Querían… —se calló ante la falta, a todas luces, de palabras adecuadas.

Trixie también estaba azorada y muda, pero Honey dio un paso adelante y dijo con agilidad:

—Le dimos tanto la lata a Brian, señorita Van Loon, que al final accedió a que le acompañásemos. Nunca hemos tenido la oportunidad de estar con una escritora de libros infantiles, y no queríamos desperdiciar la oportunidad.

—Habríamos hecho cualquier cosa por verla —añadió Trixie casi sin aliento.

Thea parecía muy agradecida por aquellas palabras.

—¿Por qué no entráis? —preguntó—. Brian, avisa cuando todo esté listo —y, avanzando a través del vestíbulo, añadió—: y llamadme Thea.

Las chicas la siguieron y se acomodaron en los asientos que Thea les indicó:

—Vaya, se ve que Brian es un joven muy responsable —comentó Thea.

—Ésa es una de las razones por las que será un buen médico — aseguró Trixie con orgullo.

—Doctor, ¿eh? —Thea se arrellanó en una butaca—. Lo siento,

chicas, pero no puedo ofreceros un refrigerio. Éste no es mi apartamento y no me aclaro.

—Bueno, de todos modos, no hemos venido a comer —aseguró Trixie, confusa.

—Lo que Trixie quiere decir —intervino Honey— es que nos encantaría que nos contases algo de tu trabajo. ¿Es bonito escribir libros para niños?

Thea bostezó de modo poco elegante.

—No tan maravilloso como imagináis —dijo—, porque, ante todo, es un trabajo muy mal pagado.

—¿Sí? —se extrañó Honey, sacudiendo la cabeza, decepcionada.

Trixie miró las raídas ropas de Thea y dijo:

—Vaya, es una pena que las personas responsables de animar a los niños a que lean no sean millonarias.

—Estoy completamente de acuerdo con eso —rió Thea—; pero, lógicamente, si lo que de veras me interesase fuera hacerme millonaria no me habría puesto a escribir libros para niños, ¿no creéis? No. Y has sido tú, Trixie, quien ha señalado la razón verdadera de lo que hago: infundir el placer de leer en la vida de los niños.

—Qué ideal tan hermoso —dijo Honey en voz baja.

—Es una noble ambición —asintió Thea, levantándose de la butaca para pasear por el salón—. Y los niños son los mejores de todos los lectores posibles. Como dijo una vez un escritor llamado Isaac Bashevis Singer, los niños aún creen en cosas tales como ángeles, demonios, brujas, hadas, lógica, claridad, limpieza de corazón y otras muchas que, al parecer, ya están pasadas de moda. Eso es lo que hace que resulte tan estimulante escribir para ellos: que ésas son las cosas en las que yo creo —Thea miró a las chicas y volvió a reír—. Me parece que he vuelto a dejarme llevar por mis originales ideas, ¿no?

—Nada de eso —dijo Honey—. Es realmente interesante. —Háblanos de tu próximo libro —musitó Trixie—. El que va a llevar por título: «El salvaje y maravilloso Hudson». Así, en principio, parece tan excitante…

—¿Por qué no me habláis vosotras de él? —repuso Thea un poco arisca—. Parece como si supieseis de él más que yo misma.

—Bueno, yo no…, es Loyola Kevins…

—¡Ah!, Loyola —dijo Thea—. ¿Cómo es que la conocéis?

—Por Brian —contestó Trixie, notando que Thea prefería no hablar de su último proyecto—. Bueno, el domingo vi una cosa que no había visto nunca antes, y Loyola me dijo que tal vez tú me dirías de qué se trataba.

—Lo dudo —dijo Thea—. ¿A qué te refieres?

—A un tiburón. Vi uno en el río precisamente antes de la tormenta.

—¡No puede ser! —exclamó Thea, volviendo a sentarse lentamente en la butaca. Hubo un corto silencio y después añadió —: No se ha visto un tiburón en esas aguas por lo menos desde hace un año.

—¿Lo ves? Sabía que Loyola tenía razón: eres una experta en el Hudson —exclamó alegre Trixie.

Honey se inclinó hacia delante, ansiosa.

—¿Quieres decir que hay tiburones en esta región?

Thea miró de Trixie a Honey, y viceversa.

—Hace tiempo, este río estaba infestado de tiburones —dijo.

—¡Atiza! —casi gritó Trixie. Esto es más de lo que había esperado.

Thea parecía interesada, pero algo le impedía seguir; había cambiado de parecer.

—Por eso es posible que hayas visto uno —terminó de manera un tanto brusca—. Pero, no obstante, yo en tu lugar no me tomaría la molestia de contárselo a nadie. No tiene sentido provocar un pánico generalizado. Dejadme que haga algunas averiguaciones primero por mi cuenta.

—Loyola nos dijo que pasa mucho tiempo investigando a lo largo del río —recordó Trixie—. Me pregunto si Honey y yo… —se detuvo, no muy segura del modo tan poco elegante de invitarse a las expediciones de Thea.

En ese momento sonó el timbre de la puerta, y Thea se levantó para abrir. Poco después volvió con Brian, que indicó a las chicas que se levantasen.

—Me parece que ya habéis molestado bastante a Thea —dijo.

—No, no, nada de eso —aclaró Thea con voz agradable—. Muchas gracias por la reparación.

Trixie vacilaba.

—Brian, ¿podemos quedarnos unos momentos más? Precisamente estábamos hablando de…

—Vámonos, Trixie. Le prometí a mamá que estaríamos pronto de regreso —contestó Brian muy irritado.

De muy mala gana, Trixie y Honey se despidieron de Thea y lo siguieron hasta el coche. *La próxima vez vendré a visitar a Thea sin Brian* —se prometió Trixie.

Honey, emparedada entre los dos Belden, mantuvo una expresión de perplejidad todo el camino. De vez en cuando miraba a Brian, hasta que al fin se decidió a hablar:

—¿Cómo estás, Brian? —preguntó—. Trixie me contó lo de tu accidente y supongo que fue muy molesto. Pero…, bueno, pareces muy deprimido por algo. ¿Podemos ayudarte?

—Lamento haber sido tan poco galante en casa de Thea —repuso Brian—. Lo que pasa es que hoy me siento de muy mal humor. Eso es todo.

—¿Estás seguro? —insistió Honey—. Nunca te he visto así antes. Siempre tienes un humor estupendo.

—Tal vez te ayude contar lo que te preocupa —intervino Trixie.

—Ya veo que no puedo ocultar nada a las dos sabuesas, ¿verdad? —preguntó Brian secamente.

—¡No! —contestaron a coro las dos chicas.

—Bueno, es que…, francamente, no hice todo lo bien que debiera el ejercicio de química de ayer.

Las luces de un coche que circulaba en sentido opuesto iluminaron la cara de Brian, pálida y preocupada.

—¿Eso es todo? —preguntó Trixie—. ¡Vaya cosa, Brian! ¡Siempre has bordado los exámenes! Si yo me preocupase cada vez que me parece que he fallado en un examen, me pasaría la vida entera lamentándome.

—No…, no es eso solo —dijo Brian, soltando Una mano del

volante y frotándose los ojos—. Es que últimamente no me siento bien.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ansiosa Honey.

—Nada. Estoy seguro de que no es nada.

—Cuéntanoslo —pidió Trixie.

—Bien. Muchas veces me siento débil. En ocasiones me duele el estómago y otras es como si me oprimieran el pecho.

Trixie estaba en ascuas.

—Pero, Brian, eso parece serio. ¿Por qué no lo has dicho antes?

Brian se encogió de hombros.

—Pensé que no valía la pena contarlo. No se puede uno pasar la vida quejándose cada vez que tiene un dolorcillo, y no quiero que nadie se preocupe. Lo que pasa es que no me aclaro a la hora de distinguir si estoy realmente enfermo o si es producto de los nervios.

—¿Y por qué ibas a estar nervioso? —preguntó Trixie.

—Pues, para empezar, por esa prueba de química. Ya os he contado otras veces la competencia tan enorme que hay en clase, y no puedo permitirme el lujo de tener una puntuación baja en nada, y mucho menos en una de las asignaturas más importantes.

—¿Y qué más? —insistió Honey.

—Está también el proyecto ecológico en el que trabajamos Loyola y yo. Ella realiza una cantidad increíble de trabajo y me da la sensación de que yo no hago todo lo que debiera.

—¡Oh, Brian! —empezó a disentir Trixie.

Éste sacudió la cabeza.

—¡Es tan importante ese proyecto…! —siguió con la voz ligeramente temblona—. Si el Comité de Conservación lo aprueba, donará a la escuela el dinero para montar un laboratorio en el río: un laboratorio flotante con una cámara de televisión subacuática. Esto abriría muchas posibilidades para todos los alumnos, sin contar los beneficios que supondría la limpieza a fondo del Hudson.

—¿Por eso estás sometido últimamente a tanta tensión? —preguntó Honey.

—Sí. Y para colmo, lo del accidente. ¡No quiero ni acordarme de cómo tenía la cabeza la noche pasada! ¡Creía que me iba a dar algo!

Enfiló por el paseo que llevaba a casa de Honey.

—Afortunadamente, ya ha pasado todo —siguió—. Papá y

mamá me han ayudado mucho dejándome conducir, y aconsejándome que tenga cuidado en lo sucesivo. Pero sigo sintiéndome culpable, como si hubiese hecho daño a alguien.

—¿A ti mismo, tal vez? —preguntó Honey.

—Puede ser —repuso él—. Me siento tan apático…

Aparcó el cacharro junto a la entrada de Manor House.

Trixie no hizo movimiento alguno para dejar salir a Honey.

—Brian, han pasado tantas cosas y es tanto lo que tienes entre manos que no puedes permitirte el lujo de caer enfermo —le dijo con gran sentido práctico—. ¿No crees que sería mejor que te viese un médico?

Brian sonrió forzadamente.

—Eso es lo peor de todo: lo del doctor.

—¿De qué hablas? —preguntó Trixie alarmada.

—Estoy muy confuso… —confesó él—. Yo…, bueno…, no tengo ganas de ser médico, de veras.

Parecía completamente abatido.

—¿Cómo?

Trixie y Honey se miraron, atónitas por lo que acababan de oír.

En la fiesta de Brian • 5

UNAS HORAS DESPUÉS, Trixie intentaba en vano conciliar el sueño. En vez de ovejas, le estaba pareciendo más apropiado contar problemas, a ver si de ese modo conseguía dormir plácidamente.

Su preocupación más acuciante era Brian. Cada vez que pensaba en su negativa absoluta a seguir discutiendo sus dudas acerca de la carrera que habría de elegir, sentía que estaba acostada en una plancha de clavos, en lugar de en un colchón. Y, además, les había hecho prometer, a ella y a Honey, no decir nada a sus padres ni a los demás Bob-Whites…

—Ya soy mayorcito, Trixie —le había advertido—. Cuando necesite que alguien me organice la vida, avisaré.

No parecía que Trixie le hubiese hecho mucho caso. *Admito que no debo entrometerme* —pensaba—, *pero Brian es mi hermano, lo quiero y no me agrada verle torturándose. Y tiene que haber algo que yo pueda hacer para acabar con todo esto…*

Se incorporó y puso la almohada de otro modo. Recordaba que al día siguiente era el cumpleaños de Brian. Algo que volvía la situación más patética aún. *Antes que acabe el día de mañana* —se prometió— *haré algo para que Brian vuelva a creer en sí mismo, o contaré el problema a mamá y papá. Eso será parte de mi regalo de cumpleaños. Sé que algún día me lo agradecerá…*

Sus pensamientos acerca de Brian se mezclaban con reflexiones relacionadas con Thea van Loon. Su mente volvía tan a menudo hacia Thea, que Trixie acabó dejando de lado mentalmente a Brian durante un tiempo. Fue cuando se le ocurrió que había algo extraño en Thea, algo que no encajaba del todo. Pero ¿qué era?

—¡Claro, el coche! —exclamó Trixie en voz baja.

Brian había comentado la otra noche durante la cena que estaba seguro de que el coche de Thea costaba un montón de dinero. Trixie le había echado un vistazo aquella tarde y, sin duda, se trataba de un coche pequeño pero muy lujoso.

Thea nos dijo que no ganaba mucho dinero. Y ese coche es un modelo nuevo. ¿Cómo se lo ha podido comprar?

Trixie se echó sobre el estómago y ocultó la cabeza bajo la

almohada, con un hondo suspiro. Tal vez hubiese una respuesta verosímil al asunto del coche de Thea; siguió pensando. Pero un problema para el que estaba segura de que no había solución sencilla era el del tiburón. Thea les había pedido que le dejasen hacer antes algunas averiguaciones. Mientras tanto, no obstante, acaso había algo que Trixie podría hacer.

Me pregunto…

Pero su mente, agobiada por tantos acontecimientos, decidió que había llegado la hora de descansar, y Trixie cayó en un sueño profundo y agitado.

Cuando la despertó el reloj a la mañana siguiente, Trixie no estaba más cerca de solucionar lo de Thea o el tiburón, pero, de algún modo, en su sueño había llegado a la decisión de archivar aquellas preocupaciones en el fondo de su cerebro y concentrarse únicamente en ayudar a su hermano.

En el autobús de la escuela iba pensando qué debía hacer, cuando un grito a su oído le hizo sobresaltarse.

—¡He dicho «buenos días»! ¿Estás dormida aún?

—¿Eh? ¡Ah, eres tú, Di! —murmuró Trixie.

Di la miró divertida, levantando las cejas y empujándola con el codo.

—¿Qué os pasa a los Belden esta mañana? Primero saludo a Brian, deseándole un feliz cumpleaños, y todo lo que obtengo como respuesta es que me dé la espalda. Después, tengo que decirte tres veces «buenos días» para conseguir llamar tu atención.

—No nos pasa nada —repuso Trixie—. Es difícil a estas horas entablar conversación —dijo, y miró ansiosa a Brian, sentado varios lugares delante de ella y Di.

—Sólo era una broma —se excusó Di.

—Lo siento, Di. No quiero molestarte. Es que no tengo muchas ganas de hablar, ¿sabes?

Di asintió con la cabeza. Después se inclinó un poco hacia Trixie, con sus cabellos negros cayéndole por la cara.

—¿Has notado que Brian se porta últimamente de un modo muy raro?

El corazón de Trixie dio un vuelco. *No me digas que hasta Di ha observado el extraño comportamiento de Brian* —pensó—. *Bueno, Brian nos pidió a Honey y a mí que guardásemos el secreto por ahora*

ante los demás Bob~Whites, pero no dijo que ellos no nos lo pudieran contar.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó a Di.

—Pues que yo siempre había tenido a Brian por un chico muy serio, incluso más serio que Mart. Bueno, quiero decir que Mart es muy agradable, y también serio. Pero Brian es más listo, hasta el punto de que no hace que se sienta mal el que no es tan agudo como Mart, si es que sabes a lo que me refiero…

—Bueno, bueno; al grano —suplicó Trixie.

—Ya voy, ya voy. El caso es que últimamente Brian parece un poco…, cómo diría…, como si no estuviese interesado por nada. Ayer, aunque yo llevaba un traje nuevo, apenas se fijó en mí, y hoy, creo que no hace más que mirarme. No sé…, tal vez me equivoque, pero ¿no crees que estudia demasiado? Bueno, yo no lo veo después de las clases, y sobre todo ahora que se pasa los ratos allá abajo, en el río, trabajando en ese proyecto de química. Apostaría a que Loyola Kevins lo ha visto estos días más que todos los Bob-Whites juntos…

El autobús había llegado a la parada.

—Me alegro de haber hablado contigo —dijo Trixie con prisa, recogiendo los libros—. Ya te veré en la comida.

Trixie tenía la esperanza de no haber herido los sentimientos de Di, pero las palabras de ésta le habían dado una idea, y sabía que tenía que darse prisa si quería llevarla a cabo.

Trixie entró en el edificio de la escuela delante de los demás de su autobús y se dirigió derecha a su armario. Con toda seguridad, Loyola ya había recogido sus libros y bajaba por el pasillo hacia su clase. Se volvió al oír su nombre en el vestíbulo.

—¡Hola! —dijo Trixie sin aliento, buscando la forma más directa de atacar el tema. De repente notó que no conocía apenas a Loyola —. ¿Qué, cómo te salió la prueba de química del lunes?

La morena esbozó una sonrisa.

—Me dieron la mayor puntuación de la clase. ¿Por qué?

—Felicidades. Es que me preguntaba…, bueno, ya sabes que a Brian no le fue del todo bien.

—Ya, ya lo sé —repuso Loyola en tono amistoso.

—Lo que pasa es que él está muy preocupado por eso y…

—No me extraña, porque unas cuantas pruebas más con esa

puntuación, y adiós a sus esperanzas de acceso a la Universidad. Pero si me vas a pedir que sea su tutora, siento decirte que tengo el horario ya muy comprometido por el momento. Tal vez…

—No, no se trata de eso —dijo Trixie—. Estoy segura de que Brian no necesita profesor particular. Es que me parece que hay algo que le hace daño y pensé que tal vez tendrías tú la clave.

Loyola sacudió la cabeza.

—¿Nada? —de alguna manera, Trixie había esperado que Loyola le diera la solución o, por lo menos, alguna pista.

—A mí me parece que está bien. Claro que no lo conozco tan bien como tú…

El sonido del timbre excusó a Trixie de tener que proseguir la conversación.

—De todos modos, muchas gracias —dijo con viveza—. ¡Y buena suerte en los exámenes!

Durante todas las clases de la mañana, los pensamientos de Trixie giraron en torno a Brian. Intentó de todas las maneras posibles prestar atención para no estar en la inopia, aunque el profesor de historia le dedicó una seria mirada al devolverle los resultados de la prueba sorpresa del lunes.

—Trixie —le había dicho el profesor—. Si te pusieras a estudiar en serio, serías una de mis alumnas más aventajadas.

Durante un segundo, Trixie se sintió culpable, pero enseguida su mente volvió a Brian. *Mis profesores me conocen bien* —pensaba con pena—, *pero… tal vez los de Brian no estén en ese caso. Dijo que no iba a hablar con sus profesores. El de química… podría resultar bien para empezar…*

Un minuto después de terminar el sandwich de mantequilla de cacahuete a media mañana, Trixie se disculpó ante los Bob-Whites, se levantó de la mesa y fue a ver a la señora Cowles, a la que localizó en el laboratorio, preparando la clase siguiente.

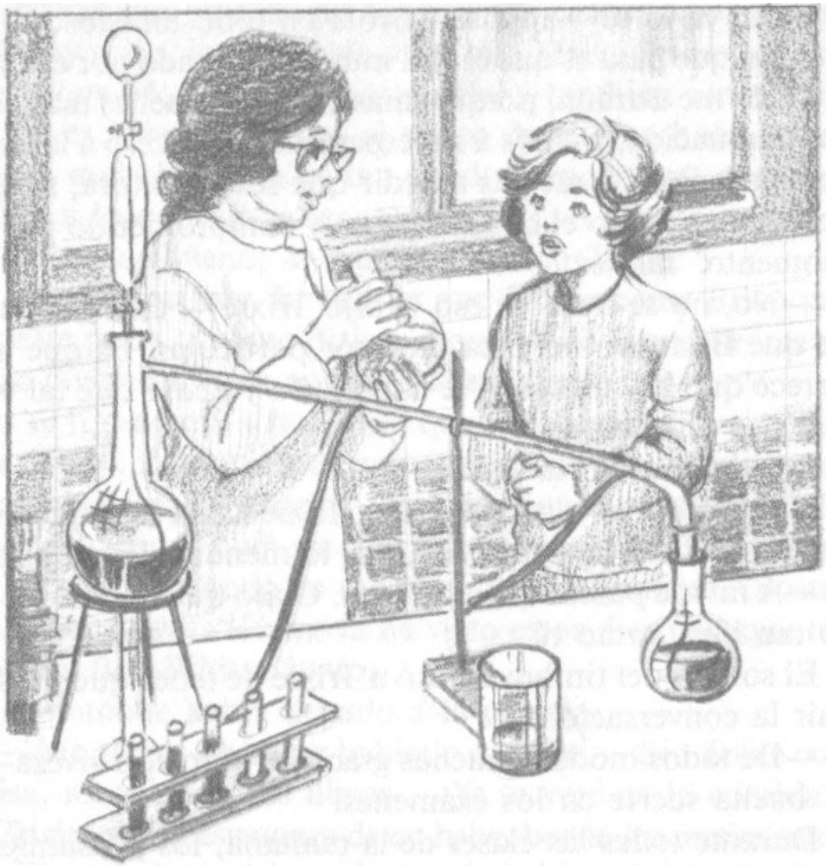
Trixie llamó a la puerta y entró.

—Buenos días. Soy Trixie Belden, hermano de Brian Belden y…

—¡Oh! ¿De veras?

—Quiero decir su hermana. Hoy no me aclaro. En fin, no sé si ha notado que últimamente Brian tiene problemas. Bueno, usted sin duda lo habrá notado, porque el bajón que ha tenido en química es uno de sus principales problemas —Trixie se detuvo para tomar

aliento—. Pero lo peor es que está empezando a decir que ya no quiere ser médico, y mi hermano siempre ha dicho que lo que quería era ser médico.



La señora Cowles la miró un instante y después le habló pon amabilidad, pero con firmeza.

—Siempre he hecho cuestión de gabinete el no tratar nada de los alumnos con otros alumnos, señorita Belden. Pero dado que es la hermana de Brian, llegaré hasta recomendarle que se ponga al habla con el tutor. Me agradaría hablarle a él mismo. Las dudas acerca de las carreras, y sobre todo en una que exige tanta dedicación y tanto sacrificio como la de medicina, son muy comunes en estas edades. Por lo que me ha contado, parece como si necesitara recuperar la confianza hablando con algún consejero.

—Yo no he dicho nada de eso, ni siquiera lo había pensado —dijo Trixie agradecida.

—¡Ah!, y no se preocupe demasiado por Brian ni por su bajón en química. A pesar de todo, sigue siendo el mejor estudiante que tengo. Estoy segura de que durante el resto del semestre superará con creces el bache.

—Así lo espero yo también. Ha sido muy amable al atenderme —dijo Trixie, saliendo para acudir presurosa a la clase siguiente.

—Otra cosa —sonó detrás de ella la voz de la señora Cowles—. Espero tenerla a usted en una de mis clases dentro de pocos años, señorita Belden.

—Dentro de veinte años, al paso que voy —repuso Trixie, ruborizándose su pecosa cara—. ¡Muchas gracias de nuevo!

Trixie no podía esperar a contarle a Brian la sugerencia de la profesora, pero hasta la hora de tomar el autobús para volver a casa aquella tarde, no encontró el momento. Se colocó en el asiento junto a él y empezó a hablarle en voz baja. Apenas había empezado su narración, él se volvió y le dijo, pálido a más no poder:

—¡Trixie, te dije que me dejaras en paz y era eso exactamente lo que quería decir! ¿Es que no ves todas las molestias que me causas?

—No —contestó Trixie con toda sinceridad.

—Sé que estás intentando ayudarme —continuó Brian—. Pero lo único que consigues es irritarme más. Mira, mamá está preparando para mí una cena especial, por ser mi cumpleaños. Todavía me siento nervioso por el dichoso accidente, y no quiero causarles más tensiones a papá y mamá, y menos hoy. ¿Quieres que tengamos una cena agradable y tranquila?

—Pero si ya ha pasado bastante tiempo desde el accidente —

empezó Trixie. Entonces observó que Brian se frotaba el estómago —. ¡Brian, estás enfermo! —se lamentó.

—No te preocupes —dijo él con voz frágil—. He… he quedado con el doctor Ferris para que me haga un reconocimiento completo, después de las clases de mañana. Por eso no es necesario que te apures ni hagas nada por tu cuenta.

Trixie se tranquilizó, al comprender que, por fin, había ido a buscar ayuda. Tanto le descansó saberlo, que dejó el tema e intentó mostrarse, durante toda la tarde, con la mayor despreocupación posible.

Fue relativamente fácil animar la cena de los Belden, compuesta de jamón de york, patatas fritas, zanahorias con mantequilla y ensalada de espinacas adornada con bacon caliente. Trixie se esforzó cuanto pudo en disimular su intranquilidad cuando la conversación recayó sobre la personalidad de Brian.

—Tu signo astrológico es Libra, ¿verdad, Brian? —preguntó el señor Belden al tiempo que le pasaba a su hijo las zanahorias.

—Pero, como está cerca de Escorpio, puede estar influido también por ese signo —dijo Mart, que siempre parecía conocer algunos detalles más que el resto, fuese cual fuese el tema de conversación.

—No creeréis en esas paparruchas —musitó Trixie.

—No negarás que encajan perfectamente en el caso de nuestro hermano mayor —replicó Mart—. Es suave, tranquilo, equilibrado, y simpático como los Libra, y, además, germinado e inteligente, que es lo que deben ser los Escorpio.

—No creo que haya diferencia alguna entre que lo creáis o no —intervino su madre, levantándose para quitar los platos—. Todo lo que necesitáis saber es que Brian hará todo lo que sea necesario para ser el mejor médico del mundo.

Brian sonrió, pero pareció más molesto que agradecido.

La señora Belden llevó una tarta a la mesa, y todos se pusieron a cantar el «Happy. Birthday» a Brian.

—¡Que hable, que hable! —pidieron Mart y Bobby.

Brian volvió a sonreír y después hizo ademán de levantarse, como para largar un discurso a la asamblea. A Trixie le pareció que estuvo a punto de perder el equilibrio, al echar la silla hacia atrás, pero se dijo que no eran más que figuraciones suyas.

Pero lo que ocurrió después, sin embargo, no fue en absoluto producto de su imaginación.

—¡Muchas gracias por todo! —empezó. Pero estaba pálido y mareado.

—¡Oh! No es para tanto —interrumpió Mart modestamente.

—Lamento que…

Los ojos de Brian se cerraron. Se separó unos pasos de la mesa y, sin añadir palabra, cayó al suelo.

Trixie se abalanzó a su lado. Brian aún respiraba, pero parecía hacerlo con mucha fatiga. Bobby rompió en sollozos.

Sobre el terrible alboroto que siguió, se levantó la voz del señor Belden:

—¡Llamad a una ambulancia!

Para angustia de todos, Brian seguía inconsciente cuando llegó la ambulancia y lo colocaron en la camilla.

Con las lágrimas corriéndole por las mejillas, Trixie miraba la ambulancia que se llevaba a su hermano, seguida del coche de los Belden, donde iban sus padres.

—Os llamaré en cuanto sepamos algo —les había prometido su madre, pero a Trixie aquello no le proporcionaba consuelo alguno.

¿Por qué no se lo dije? —se preguntaba—. *¿Por qué no se lo dije a alguien? Esto no debería haber ocurrido nunca. ¡Pude haberlo evitado!*

Tristes y en silencio, Mart y Trixie recogieron la cocina y después pasaron al salón, a ver la televisión con Bobby. Los dos se turnaban cogiendo en brazos a su asustado hermanito. Ninguno prestó gran atención a los programas; solamente esperaban que sonase el teléfono.

Pero pasó una hora, que a ellos les pareció el transcurso de varios años, antes de que se oyese el timbre. Mart lo cogió, escuchó un momento y después se volvió a los otros.

—Brian está envenenado —dijo con un hilo de voz.

Más sorpresas • 6

—¿SE… SE VA A MORIR? —preguntó Trixie con voz ronca.

Mart volvió del teléfono, que acababa de colgar, sorbió con la nariz y movió la cabeza.

—La desintoxicación del cianuro es muy rápida. Ha dicho mamá que ni siquiera deja efectos secundarios.

Bobby parecía tan aterrado como Trixie.

—¿Qué es el cian… eso que has dicho?

—Me parece que su nombre técnico es ácido cianhídrico —dijo Mart, dedicado principalmente a Trixie— y creo que se trata de una substancia extremadamente venenosa…, letal, instantánea en su forma pura.

Trixie volvió al sofá con gesto aterrorizado.

Mart se volvió a Bobby y le tradujo amablemente:

—Brian estaba muy malo; pero ya va mejor en el hospital y volverá pronto a casa.

Trixie saltó de repente:

—Pero ¿cómo sobrevive Brian, si es tan mortífero? ¿Qué le ha salvado?

—Todavía no lo saben —contestó Mart.

Hasta la mañana siguiente, a la hora del desayuno, Trixie no obtuvo más noticias. Pero lo que entonces supo le hizo formularse más preguntas aún.

Sus padres se habían quedado la mayor parte de la noche con Brian y, aunque teman cara de cansancio, sus ojos indicaban esperanza y tranquilidad.

—Sí, Brian quedará perfectamente bien —decía Helen Belden por vigésima vez—. Los médicos creen que podrá regresar mañana, y muy pronto volverá a hacer vida normal.

Por su cara cruzó cierta expresión de duda.

—Fue muy rápido el diagnóstico; los síntomas de Brian eran indudablemente debidos al cianuro —siguió Peter Belden—. Los principales eran el estado de las membranas mucosas y el olor de su aliento. El cianuro deja un olor característico de almendras amargas. Los médicos le administraron como antídoto nitrito de

amilo, y se recuperó en pocas horas.

—Y en los síntomas —preguntó ansiosa Trixie—, ¿incluyeron esa flojera y ese desinterés que tenía últimamente?

Su padre asintió.

—El veneno afecta a las personas de modo diferente. Puede causar dolor de estómago, confusión mental, dificultades respiratorias, convulsiones y en ocasiones la muerte. El médico ha dicho que ha sido una suerte que Brian haya tenido siempre tan buena salud, ya que, si no, podría haberse muerto. Su desvanecimiento de anoche fue una especie de alarma de que algo estaba mal, muy mal. Por lo visto, el veneno lo había atacado de tal modo que no pudo decir nada.

—Eso explica muchas cosas —dijo Trixie, pensando en su despego de los últimos días.

—Parece ser que el veneno lleva ya un cierto tiempo actuando sobre el cuerpo de Brian —dijo despacio su madre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Trixie.

—Los médicos no han podido decirnos mucho —contestó la señora Belden—. Afirmaron que no podía haber ingerido el veneno en su forma pura, porque en ese caso habría muerto instantáneamente. Por eso creen que el envenenamiento se ha producido gradualmente, en dosis pequeñas. Estaba ya a punto de alcanzar el nivel tóxico —buscó en el bolsillo del vestido y sacó un trozo de papel—. El doctor Ferris anotó aquí varias plantas de potencial cianogenético. Piensa que tal vez Brian puede tener algunas de ellas aquí, en casa. La mayoría son plantas que no pueden dañar a una persona si las come una vez…, sólo cuando se van introduciendo en el sistema…

—¿Puedo ver la lista? —preguntó Trixie con urgencia.

Mart acabó su desayuno y recogió los libros.

—Después, Trixie, vamos a perder el autobús.

—Ya voy, ya voy —dijo Trixie, que no se movió, examinando la lista que su madre le había alargado. No reconoció en ella nada que hubiese podido comer Brian.

Hortensia; tollon o fotinia; hierba de Johnson,
hierba de terciopelo, hierba del Sudán,
trigloquin; limas de países tropicales; los

huesos de frutos tales como las cerezas, los melocotones, los albaricoques y las ciruelas; las pepitas de las manzanas; las cáscaras de las almendras; las cerezas silvestres.

—¡Qué dieta tan terrible! —exclamó Trixie.

—No tan terrible como te vas a sentir si pierdes el autobús —repuso Mart—. Venga, vamos ya, antes que te dé una lección de sesquipedalias.

Trixie besó a sus padres a toda prisa y corrió a la puerta.

—Parece como si te doliese a ti más que a mí —le dijo a su hermano.

—En palabras de una sílaba —explicó Mart, cogiéndola del brazo para correr más—, sesquipedalias significa «palabra de más de una sílaba».

La respuesta de Trixie se perdió ante el ruido del motor del autobús que llegaba a la parada.

Los demás Bob-Whites quedaron atónitos, al enterarse del desfallecimiento de Brian y conocer la causa.

—¡Vaya un golpe! —silbó Jim.

—Iremos a verlo después de clase —dijo Di.

—Si va a regresar mañana a casa —repuso Honey—, tal vez sea mejor dejarlo descansar hoy y verlo mañana.

Esperó a que todos entraran en la escuela para separar a Trixie y preguntarle:

—¿Crees que la enfermedad de Brian puede ser la responsable de su decisión de no querer ser médico?

—No se lo he preguntado a mis padres —confesó Trixie—. Tendremos que esperar y preguntárselo a él cuando lo veamos, supongo.

—Trixie, ¿cómo te sientes? —le preguntó Honey de repente, con expresión alarmada.

—Honey Wheeler, ¿por qué me preguntas eso? ¡Es mi hermano el que está en el hospital!

Los labios de Honey temblaron.

—Pero tal vez seas tú la siguiente, si lo que ha dicho el doctor es cierto y hay algo en tu casa que ha puesto enfermo a Brian. ¿No coméis todos las mismas cosas?

Trixie reflexionó un momento, y después exclamó:

—¡Caramba! Eres un genio.

—Te pido disculpas.

—¿No lo ves? Brian es el único de la familia que se ha puesto malo. Por lo tanto, no puede ser nada de nuestra cocina. ¡Y mamá, que también estaba tan preocupada por eso! ¡Ya se lo diré!

—Pero, Trixie, si Brían no se ha envenenado en tu casa, ¿dónde puede haber sido?

—No lo sé, pero lo descubriré —dijo Trixie confiada—. Con todos los misterios que hemos resuelto, seguro que también podremos desvelar éste.

—¿Tienes que tratar todo como si fuese un misterio? —se quejó Honey—. Es tu propio hermano el que está en peligro, se trata de su vida o su muerte.

—¿Crees que no lo sé? Por eso lo digo… ¡Eh, Loyola, Loyola, espera un minuto! —gritó, y dejó a Honey para correr hacia Loyola, que estaba junto a su armario. Suponía que la compañera de laboratorio de Brian debería estar informada de su enfermedad.

La primera reacción de Loyola, al resumen que Trixie le hizo de la situación, fue decir:

—Lamento mucho lo que ha pasado —después sonrió ligeramente—. ¡Era el único que me hacía la competencia! Dile que se cuide y que no se preocupe por el proyecto. Podré ir tirando hasta que esté bien del todo y vuelva a clase.

—Lo haré —prometió Trixie, corriendo otra vez para llegar a clase a la hora.

A la tarde siguiente, cuando Trixie y Mart llegaron a casa desde el colegio, Brian ya estaba allí. Sus dos hermanos corrieron hasta su cuarto sin esperar siquiera a quitarse las chaquetas.

—¿Cómo estás, Brian? —preguntó Trixie sin aliento—. ¡Tienes un aspecto estupendo!

Brian estaba incorporado en la cama, con sus ojos oscuros brillantes.

—Personalmente, me siento capaz de escalar el Himalaya, aunque ya conocéis al doctor Ferris; me ha dicho que coma y duerma más durante unos días, antes de volver a la normalidad. Está seguro de que después me sentiré otro.

—Naturalmente —dijo Mart—. Y tú eres el más indicado para

seguir al pie de la letra lo que te diga el médico.

Sonó el teléfono y la señora Belden dijo que llamaban a Mart. Cuando salió éste, Trixie se acercó más a Brian y se inclinó a él con aire ansioso.

—¿Médico? —le preguntó suavemente.

Brian asintió alegre.

—¡Oh, Brian! ¿De veras que otra vez quieres ser médico? Quiero decir… ¡vaya! Parece que me siento como si hubiese sido yo la que te he sacado de allí. Lo que quiero decir es que ha sido el veneno el que te ha atontado, ¿no? No te ofendas, ya sabes lo que quiero decir…

—Tranquilízate, hermanita. Ahora que tengo la mente clara, me doy cuenta de lo mucho que te he preocupado.

—¡Eres estupendo! —exclamó Trixie—. De modo que te preocupas por mí, cuando eres tú el único que estás enfermo.

—Bueno, pero de todos modos ya no lo estoy. He estado reflexionando sobre un montón de cosas: he pensado mucho y está claro que todo lo que ha ido mal esta última temporada ha sido por culpa del veneno. El accidente de coche, mi debilidad, el mal resultado de mi examen, mis dudas… Todo. Y era porque mi cuerpo me ocasionaba tantas molestias. Sin que pudiese figurarme por qué, estaba cayendo en una crisis nerviosa. Pero creo que, en el fondo, no perdía de vista, ni lo he perdido nunca, el objetivo principal de mi vida. Sólo han sido unas nubes pasajeras. Eso es todo.

—¡No sabes qué tranquila me siento! —suspiró Trixie—. Ahora tendremos que averiguar qué es lo que te ha envenenado.

Brian se quedó pensativo.

—También he estado meditando sobre eso. Creo que hasta he llegado a hacer una relación de todo lo que he comido, lo cual me ha supuesto un verdadero esfuerzo. Y lo que más desorientado me tiene es que he sido yo solo, en toda la familia, el que ha caído.

Trixie se decidió por fin a quitarse la chaqueta.

—¡Ah! Antes que se me olvide, Loyola me dijo que te tomases las cosas con calma. Ella se encargará de seguir con el proyecto hasta que tú puedas volver otra vez a clase.

—Ya estoy bien —contestó Brian—. Y tengo pensado volver al rio el próximo domingo.

Trixie sólo lo escuchaba a medias.

—¿Sabes lo que te digo? Hay algo misterioso en Loyola.

—¡Me gustaría encontrar una persona a la que no calificases de misteriosa!

—Bueno, lo dejaré —repuso Trixie con un gesto—. ¿A quién le gusta encontrarse con gente aburrida? De todos modos, no pareció muy afectada cuando le conté lo que te había pasado. Lo único que le preocupa es el proyecto. ¡Como si eso fuese más importante que tú!

—Es muy importante, Trixie. Procura hacerte a la idea. Loyola quiere llegar a ser una científica de primera categoría, y la competencia en su campo es muy fuerte. Un proyecto como el que estamos haciendo significa mucho para su futuro. Y también para el mío.

—Competencia —repitió Trixie—. Loyola también dijo algo de eso, sí…, exactamente, que tú eras el único que le podías hacer la competencia. Sí, creo que fue eso, ¡pero es odioso! Quiero decir que es…, bueno, que hay que tener mucha sangre fría para pensar así de la gente: competencia si están buenos y carga si están enfermos.

—¿No estarás exagerando un poco? —preguntó Brian—. Loyola quiere entrar en una especialidad en la que las buenas notas y los trabajos serios no se consiguen con facilidad. Eso no quiere decir que sea un monstruo.

—Entonces, ¿a ti no te parece inhumana?

—No —contestó Brian un tanto bruscamente—. Tú eres la única que me pareces un poco así. Es tanta la obsesión que tienes de ver misterios por todos lados, que enseguida sacas conclusiones, vengan a cuento o no, que pueden herir a las personas. Loyola quedaría francamente molesta si supiese lo que has dicho de ella, y no quiero volverte a oír mencionar nada de eso, ni que le digas que hemos tenido esta conversación, ¿prometido?

Trixie asintió, sorprendida de la vehemencia de Brian, pero consciente de que tenía razón. *No es la primera vez que me acusan de hablar antes de pensar* —se dijo para sí.

—De veras te agradezco lo que te has preocupado por mí estos últimos días —siguió Brian—. Pero ahora es el momento de que exprese mi preocupación por ti, Trixie. Sé que te va a doler, pero…, bueno, honradamente, creo que tienes un buen futuro ante ti… si puedes controlar esa costumbre que tienes de sacar conclusiones apresuradas.

Trixie se puso colorada hasta la raíz del pelo. No era muy corriente que recibiese tales acusaciones directas ni reprimendas tan duras de su hermano mayor. Y ella, por su parte, apreciaba mucho su observación… contra lo que solía ser su inclinación natural.

Inmediatamente después de su conversación con Brian, Trixie decidió dejar que fuese el doctor quien determinase la causa del envenenamiento. No se trataba de renunciar a mantener abiertos ojos y oídos, pero había otros problemas que exigían su atención. El tiburón, por ejemplo.

Al día siguiente, tras sus obligaciones habituales del sábado por la mañana, Trixie telefoneó a Honey para saber qué planes tenía.

—Estoy tan cansada, que apenas puedo pensar lo que podré

hacer el resto del día —contestó Honey—. Regan nos obliga a Jim y a mí a entrenar a los caballos cada vez que tenemos un minuto libre, desde que tú y tus hermanos estáis estos días tan…, bueno, tan ocupados también.

—Lo comprendo —se excusó Trixie—, pero escucha: puesto que ya habéis sacado los caballos, ¿por qué no nos vamos a dar una vuelta en bici?

—Me parece que pretendes algo más de lo que me dices.

—Cierto —admitió Trixie—. Quiero volver a Killifish Point, para ver qué pasa con el tiburón —y para atajar las protestas de Honey, siguió—: ¡Déjame acabar! He decidido informar a alguien de lo que he visto, pero, para que la gente me crea, será conveniente que haya más de un testigo. De lo contrario, no me creerían, y me llamarían mentirosa.

—Bueno, te llamarían cosas mucho peores.

—No tenías que aceptar tan pronto —dijo Trixie con petulancia —. De todos modos, ¿quiere eso decir que vendrás conmigo?

—Supongo que sí. Pero debo volver pronto esta tarde. Mis padres tienen una cena y debo estar allí para recibir a los invitados.

—Seguro que llegarás a tiempo —prometió Trixie—. Te recogeré en Glen Road dentro de cinco minutos.

El fin de semana se mantenía sereno. Hacía un tiempo delicioso para montar en bici. Las dos amigas charlaban mientras pedaleaban, gozando de los asombrosos colores del otoño, y del aire, lleno de aromas campestres.

El río, como observaron después de bajar de las bicis, era un espejo en Killifish Point. Trixie escrutó ansiosa la superficie, buscando tiburones, que habrían sido claramente visibles sin ondas ni remolinos. Pero no vio nada llamativo. Otra vez volvió a sentirse dueña de aquel río, su río, presencia fuerte y constante en su vida.

Sólo después, cuando Trixie llevó a Honey a la mitad de la cuesta que llevaba al Hudson, las dos amigas se encontraron ante algo inesperado. Allí, medio oculta por ramas, vieron una figura inmóvil, de espaldas, con vaqueros azules, sentada con las piernas cruzadas en una gran roca que sobresalía sobre el agua.

Saludando con un grito, Trixie se dirigió hacia la roca. Pero se detuvo horrorizada al ver que la figura, al intentar volverse, casi se precipita al río; pudo agarrarse a duras penas al borde del

acantilado.

¡Atrapada! • 7

THEA VAN LOON recuperó el equilibrio casi inmediatamente. La cara de susto le duraba aún cuando volvió el rostro hacia las dos chicas.

—¡No sabes cuánto lo lamentamos! —dijo Honey—. No hemos querido asustarte.

—Deberías haber colocado señales para indicar tu presencia. De ese modo nos habríamos enterado antes —aclaró Trixie.

Thea volvió a cruzar las piernas y aspiró el aire profundamente.

—¡Ah! Pero, ya sabéis… Los escritores temperamentales somos así. No nos gusta que interrumpan nuestras investigaciones…

Trixie no captó la ironía de la respuesta. Se colocó junto a Thea y le preguntó ansiosa:

—Tu nuevo libro… ¿está ya a punto?

—Es indudable que hoy hace un día excelente para explorar —terció cortés Honey.

—Sí, ya lo he hecho —dijo Thea, con un vago movimiento de su mano derecha.

—Esta zona es fascinante, ¿verdad? —siguió Trixie entusiasmada—. Aquí se aprenden cosas sin fin. Precisamente el otro día me enteré de que nuestro viejo Hudson había inspirado una de las primeras narraciones de detectives del mundo.

—¡Estás bromeando! —exclamó Honey.

—Nada de eso. Una de Edgar Alian Poe, de las primeras, se llama «El misterio de Marie Roget» y se basa en la historia real del descubrimiento de una chica asesinada, Marie Rogers, en el Hudson.

Las cejas de Thea se arquearon.

—He oído que la policía del puerto de Nueva York recupera más de cien cuerpos cada año en el río Hudson —dijo.

—¡Qué horrible! —se estremeció Honey.

Para no quedar fuera de la conversación, intervino Trixie:

—Apostaría a que ahí hay toda clase de cosas que nadie imagina: coches, camiones, barcos y, como es natural, fabulosos tesoros hundidos.

—¿Tesoros hundidos? —repitió Thea.

—¡Seguro! Si has hecho alguna averiguación, por pequeña que sea, tienes que haber oído hablar de los barcos piratas que se han hundido por estos alrededores. Y, además, está el tesoro del Capitán Kidd, que también fue escondido por este lugar.

—¡Oh! En cuanto a eso —dijo Thea—, el único tesoro que Kidd escondió por aquí se supone que ya fue sacado hace siglos, incluso antes de que el bandido fuese colgado.

—También he oído eso —dijo Trixie un poco a la defensiva—, pero muchos de aquellos piratas naufragaron. Por eso no es extraño pensar que queden tesoros desconocidos.

Thea sonrió fríamente.

—Supongo que no.

—Trixie es una soñadora nata —explicó Honey—. Si estuviese aquí su hermano Mart, estoy segura de que tendría también algo que decir a propósito de las cosas de Kidd.

—Sí, probablemente diría «quisas de Kodd» o algo tan absurdo y estúpido como eso —repuso Trixie; dirigiéndose a Thea, prosiguió —: ¿Has visto Sunnyside?

—Bueno… —empezó Thea.

—Es siempre el primer lugar que visitan los turistas. Apuesto a que citas a Washington Irving en tu libro —siguió Trixie—, porque parte de su inspiración la tomó de este río. Y muy especialmente definía a Sunnyside como la más maravillosa vista del río. No es de extrañar que se enfadase tanto cuando se construyó el ferrocarril que pasaba por su propiedad; le estropeó el panorama.

—¿No es curioso —apuntó Honey— que haya tantas propiedades a lo largo del río, que pertenezcan a personas que hicieron su fortuna gracias al ferrocarril? Y las vías van rectas por sus propiedades, como por las de los demás.

—¡Es tan duro para los multimillonarios llegar hasta su ¸ yate…! —se quejó bromeando Trixie.

Thea permanecía en silencio, mirando las tranquilas aguas. —¿Te estamos poniendo nerviosa?— preguntó Trixie. Thea la miró.

—No, en absoluto. Pero tengo miedo del agua. Nunca he conseguido aprender a nadar.

Trixie sintió una palmada en su espalda.

—Vámonos, Trix —decía Honey—. Tengo que estar pronto en

casa, ¿recuerdas?

—¡Ay!, es verdad —repuso Trixie incorporándose—. Espero que podamos volver a verte, Thea.

Ésta se despidió indolentemente.

—Pero no me gritéis por la espalda la próxima vez.

En cuanto estuvieron lejos de Thea, Trixie se volvió a Honey.

—¿Por qué tanta prisa? Ni siquiera hemos podido hablar del tiburón. ¿Es que he hecho demasiadas preguntas capciosas?

—A buen seguro —bromeó Honey—. O, al menos, me parece que Thea opinaba eso. ¿No has visto lo silenciosa que se quedó cuando le preguntaste por su libro? No sé qué pensaría al decir que a los escritores no les gusta que se les moleste.

—No quería molestarla, por todos los santos. Al revés, quería ayudarla, contándole las cosas interesantes que creo que debería conocer.

—Bueno, parece que lo sabe todo —dijo Honey.

Sin prestar mucha atención al camino, las dos amigas tomaron una senda hada donde Thea había señalado. Trixie estuvo casi todo el tiempo mirando al agua, pero una vez que se fijó en la orilla pudo ver la imagen de un coche plateado.

—¡Anda! Ni siquiera he tenido oportunidad de preguntarle a Thea por el coche —dijo.

—¿Y qué?

—¿Cómo tiene uno tan bonito, si apenas gana nada? —repuso Trixie.

—Eso es ser entrometida —insinuó Honey—. ¿De veras le ibas a preguntar eso?

—Bueno, no así, sino de un modo indirecto…

—Aparte de que hay muchas explicaciones. A lo mejor pudo ahorrar dinero, o haberlo ganado en un concurso, o tener un amigo rico, o habérselo regalado sus padres, o…

—¡Está bien, está bien! —interrumpió Trixie arrepentida—. ¡Eh! ¡Mira allí!

El camino que seguían las chicas giraba formando una curva cerrada. A la luz del crepúsculo, Trixie se fijó en una peculiar formación de rocas.

—Vamos a explorar —apuntó Trixie.

Honey parecía indecisa ante aquellas abruptas rocas.

—¡Venga! Las dos llevamos zapatillas de deporte —dijo Trixie—. ¿No tienes curiosidad por verlo? Parece que hay un agujero en el talud. Nunca había visto nada semejante por aquí.

Honey seguía sin convencerse.

—Vete tú —dijo finalmente—. Yo me quedo aquí. Así podré recogerte cuando te caigas al río.

—No seas gafe —repuso Trixie.

—No seas temeraria —replicó Honey.

—Bueno; pues iré sola —dijo Trixie, encaramándose en una roca.

—Date prisa —insistió Honey—. Tfenemos que estar pronto de regreso, y esta vez va en serio.

Trixie necesitó recurrir a todas sus fuerzas a medida que escalaba, asegurándose de una roca a otra. Su amor por las aventuras le mantenía el ánimo, incluso después de haber resbalado un par de veces y rasparse la mano contra una roca. Sangraba ligeramente, por lo que en el tramo que aún le quedaba por escalar tuvo que arreglárselas sin ella.

Al llegar a la mitad del trayecto, respiraba jadeante. Se detuvo un momento para estudiar el recorrido que le faltaba. Decididamente, allí había una cueva o un túnel que se adentraba en la escarpadura del río. Trixie siguió subiendo, casi en ascuas por la curiosidad que sentía ante lo que pudiese haber dentro de la cueva. *Probablemente, nada* —se dijo. Se preguntó si Thea habría encontrado aquella gruta en sus exploraciones.

Varios escalones excavados en el acantilado facilitaban el último tramo de la ascensión. Trixie se detuvo en la entrada de la cueva para recuperar aliento y limpiar la sangre de la mano con la camisa.

Una vez que entró, tuvo que esperar unos minutos para acostumbrarse a la oscuridad. Poco a poco pudo ir distinguiendo formas diferenciadas. Acercándose más comprobó que se trataba de grandes artesas. Se acercó y miró en su interior.

—¿Qué puede haber…?

Dentro de cada artesa había… peces. Unos peces grandes y hermosos. Acercándose más, descubrió que cada recipiente parecía estar dedicado a una especie distinta. La mayor de las artesas estaba llena de pececitos finos y plateados. Fisgó por la cueva, a su alrededor, y encontró cañas de pescar, carretes, redes y otros

aparejos de pesca, junto con algo parecido a restos de barcas.

—Menudo almacén —murmuró—. Me preguntó por qué estará tan escondido.

Trixie rodeó con cuidado las artesas y se adentró en la cueva. Por mucha atención que puso en su avance, no pudo evitar tropezar con una especie de pozo de grandes dimensiones. Con una mano apretada contra su pecho, se inclinó y miró al fondo. Abajo había agua. En el profundo silencio de la cueva resonaba el rumor del agua, lamiendo suavemente las paredes del pozo. Aguzó la vista y finalmente distinguió —¡apenas podía creerlo!— cientos de peces, nadando y revolviéndose.

—¿Qué pasa aquí? —se preguntó en voz alta. No tenía ni idea, pero se le ocurrió que tal vez se tratase de algo ilegal. ¿Por qué, si no, iba a estar todo tan alejado y oculto de la gente? Y la única persona a la que Trixie había visto por aquella zona, además de Brian y Loyola, era a Thea. ¿Tendría algo que ver ella?

—¡Trixie, Trixie Belden!

Trixie dio un respingo, asustada por la voz. Después se echó a reír nerviosa. Era Honey, que la llamaba, no eran peces parlantes. Se dirigió a la entrada de la cueva, salió, fue a un lugar desde el cual se veía a Honey y le hizo señas para que se acercase hasta ella.

La voz de Honey retumbó gravemente contra el acantilado:

—¡Date prisa, que voy a llegar tarde!

Trixie no tuvo más remedio que obedecer. Bajó saltando de piedra en piedra, gruñendo todo el camino.

—Vaya, ahora que he descubierto algo realmente interesante, Honey tiene que marcharse y estropearme la juerga… ¡Pues vaya una gracia!

Mientras bajaba tuvo tiempo de adjudicarle a su amiga unos cuantos calificativos no del todo cariñosos, pero en realidad no estaba tan enfadada con ella como parecía. Ya había decidido que volvería a explorar aquella cueva la tarde siguiente.

El domingo también amaneció radiante, como un día de verano retrasado. Fiel a su palabra, a mediodía, ya estaba listo Brian para pasarse toda la tarde en Killifish Point. Estaba de buen humor y no se molestó cuando Trixie se invitó, junto con Honey, para acompañarlo en la excursión. Los tres Bob-Whites pasaron a recoger a Loyola, que tenía preparada una suculenta merienda para celebrar la recuperación de Brian. Después, los cuatro se dirigieron a Killifish Point. Hacía tanto calor que dejaron las chaquetas en el coche de Brian.

Tras acordar un punto de reunión, Brian y Loyola emprendieron su camino, recogiendo y clasificando muestras. Honey se había llevado un libro para leer. Hasta entonces, a ella era a la única a la que Trixie le había contado lo que vio en la cueva. Trixie tenía la lógica sospecha de que Honey no querría ir a aquel lugar, por lo que no perdió tiempo ni energías intentando convencerla de que la acompañase.

En lugar de ello, murmuró algo acerca de darse un paseo, y desapareció. Otra vez se sentía dispuesta a emprender la aventura, animándose conforme avanzaba hacia la cueva. Había llevado consigo un par de guantes para protegerse las manos y una linterna en el bolsillo. Quería examinar más a fondo el pozo, ver qué había y si se podía bajar.

Ahora que ya sabía el camino, no tardó tanto en llegar Él la caverna. Se alegró, porque esperaba estar de vuelta antes de que los demás pensasen que se había metido en líos. Entró en la cueva con la linterna en la mano. Le pareció que no eran tantos los peces de las tinas como el día anterior, pero no podía asegurarlo. Miró ansiosa a su alrededor, antes de aventurarse al interior de la cueva.

Estaba agachada delante del pozo, cuando, mientras lo

exploraba con la linterna, llegó un ruido a sus oídos. Alguien silbaba, fuera de la cueva, justo en la entrada. Con el corazón en un puño, Trixie se levantó. No había suficiente luz para ver qué había detrás del pozo, y no se atrevió a lanzarse a ciegas. Por lo que recordaba, los peces del río eran carnívoros.

El silbido se iba acercando.

Dirigió la linterna desesperadamente alrededor de la cueva, en busca de un escondite, pero no lo encontró. Los soportes eran muy finos y las artesas no llegaban a taparla. *¿Qué puedo hacer?* —se preguntó, casi al borde del pánico. Le temblaron las manos y la linterna se le cayó al pozo, originando un chapoteo.

En ese instante cesó el silbido. Trixie giró hacia la boca de la cueva. Allí, recortada contra el azul del agua del Hudson, había una figura deforme y horrible.

¡Socorro, Honey! • 8

ANTES DE QUE TRIXIE pudiese siquiera respirar, el hombre le preguntó enfadado:

—¿Puede saberse que estás haciendo ahí dentro?

Más que nada, Trixie habría querido hacerle la misma pregunta, pero las palabras no le salieron.

El hombre entró, quedando a un lado de la luz del sol. Era de una edad comprendida entre los sesenta y setenta años. Trixie comprobó que tenía complexión robusta y barba blanca. Su figura, tan extraña, se debía al gorro que llevaba, así como al saco que tenía sobre su hombro y al equipo que transportaba en las manos.

Examinó a Trixie con atención, como si fuese un pez en el anzuelo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, esta vez en un tono algo más tranquilo.

—So… soy Trixie Belden y estaba…, bueno…, estaba explorando un poco.

—Conque explorando, ¿eh? —repuso el hombre, desatándose el saco del hombro y empezando a vaciarlo—. Bueno, éste es mi lugar de trabajo, lo que significa que has incurrido en allanamiento de morada —volvió a mirarla de arriba abajo—. Supongo que no habrás hecho ninguna trastada…

—Eh… ¿Y qué clase de negocio es el suyo? —preguntó Trixie un poco vacilante.

—No tienes más que mirar a tu alrededor, pequeña. Si este lugar no te indica, sin lugar a dudas, que soy pescador, no sé qué podrá decirte. Me llamo Pat Bunker, por si te interesa, aunque todos me llaman Bunker.

Trixie tragó saliva. No sólo se sentía avergonzada por haber sido llamada «pequeña»; además no se hacía a la idea de que aquella cueva se usara para algo tan inocuo como la pesca. De todos modos, Bunker no parecía ocultarle nada, ni intentar engañarla. Antes al contrario, estaba claro que confiaba en ella.

Se acercó a él un poco más y preguntó:

—¿Cómo es que deja los peces en un lugar tan escondido?

—Es el mejor sitio que conozco —dijo Bunker con sencillez—. Si sabes de alguno mejor, dímelo. Supongo que no te has dado cuenta de que esto es una vieja mina de plata excavada en el margen del río. No hay muchas, y ha sido una suerte para mí encontrarla. El estanque —y señaló hacia el pozo— es parte de la mina, y en esta época del año tiene agua. Mientras pueda conservar mi escondrijo y subir la pesca —y sé de un camino muy fácil que tú tal vez no has encontrado— puedo mantenerla viva hasta que necesite llevarla a vender.

A medida que Trixie iba perdiendo el temor al hombre, se quedaba más asombrada de lo que escuchaba. Nunca habría podido imaginar que allí, tan cerca de Crabapple Farm, habitase un hombre tan excéntrico, llevando aquella vida tan poco común.

—Debe ser usted un excelente pescador —repuso, mirando una de las artesas—. ¡Nunca había visto tantos peces juntos!

Bunker sonrió.

—Eso no es nada, pequeña. La temporada buena de pesca por aquí es hacia el día de Colón; en octubre, por si no lo sabes. Durante todo el mes, los peces pugnan por meterse dentro de mi barca. Hay barbos y esturiones, y sábalos y, por supuesto, carpas y otros muchos… Cuidado, no te vayas a caer encima de esos… Tengo que conservarlos para que sean comestibles.

—¿Y qué me dice de los tiburones? —preguntó Trixie de repente.

—¿Eh?

—Ya sabe, tiburones. No digo que los haya capturado alguna vez, pero supongo que los habrá visto, ¿no?

Bunker vaciló.

—Que yo recuerde —dijo al fin—, el último tiburón que se pescó por aquí fue hace unos treinta años. Pero yo llevo cuarenta por esta zona y nunca he visto ninguno. Me parece, pues, que no tienes que preocuparte por ellos, pequeña.

—Llámeme Trixie —dijo, un poco ofendida—. En realidad no me preocupo. Alguien, uno de mis amigos, me dijo que los tiburones eran muy comunes en el Hudson.

—¡Ah!, ¿de veras? Pues no es cierto. Los tiburones son animales de agua salada, ya sabes.

Trixie asintió, recordando lo que Loyola le había explicado.

—Y por eso no es normal que vengan al Hudson —siguió diciendo Bunker—. Bueno, en primavera, parte del río es invadido por el mar. Las potentes mareas oceánicas pueden llegar hasta aquí, sobre todo en la época que va de finales del otoño a principio de la primavera. ¿Me sigues?

Trixie volvió a asentir. Según iba hablando Bunker, revolvía parte de su aparejo, y lo extendía en la entrada de la cueva. Sacó al sol una caja y se sentó a descansar sobre ella. Trixie siguió su ejemplo y se acomodó en un pedrusco cercano.

—Esas mareas del Atlántico —continuó Bunker— pueden atraer peces de agua salada poco habituales por estos parajes; aprovechan las mareas para llegar a lugares en los que no es frecuente encontrarlos. Es una cosa muy divertida… Nadie sabe, en realidad, mucho de eso…

—Mi hermano está trabajando en un proyecto para analizar las aguas —dijo Trixie con orgullo—. Creo que la sal es una de las substancias que debe estudiar.

—Muy bien —dijo Bunker. Sacó una aguja y empezó a remendar una de las redes—. Deberíamos saberlo todo de nuestros peces… y cómo conservarlos en buen estado, para que no se agoten. La pesca es uno de los mayores recursos naturales de nuestro Estado. En la ciudad hay algunos comités…

—¿El Comité de Conservación de Sleepyside?

—Ése es uno. He oído que está realizando una buena labor, buscando el modo de proteger el río contra la contaminación.

—Sí —dijo Trixie mirando hacia el horizonte—; pero ¿qué me estaba contando de los peces de agua salada que por aquí no son corrientes?

—¿Eh? ¡Ah, sí! Delfines y marsopas, por ejemplo. Solían verse por aquí de modo regular en el siglo pasado. Y hasta me parece que también llegaron cachalotes.

—¡Parece increíble!

—Pero era de los tiburones de los que me preguntabas —Bunker sacudió la cabeza—. Creo que fue un tiburón arenero lo que capturaron en Peekskill hace unos treinta años. Y entonces oí hablar de peces martillo y tiburones grises por estos contornos, pero eso no había ocurrido desde hacía un siglo. No, los tiburones suelen ir tras la comida…, se sienten atraídos por los residuos desperdigados por

el agua. Y me parece que el Hudson, por aquí, no está sucio…

—Esperemos que se pueda conservar así —suspiró Trixie—. Dígame, ¿dónde tiene la barca? No la veo.

—Justo aquí abajo —contestó el pescador, señalando con la aguja.

Trixie tuvo que asomarse para poder ver la barca, amarrada a una roca. El día era tan cálido que no le extrañó ver otras embarcaciones navegando por el río. Las observó un rato y exclamó:

—Mire aquel velero. ¿No es precioso?

El barco pasaba ante ellos, lo bastante cerca como para que Trixie distinguiera a dos jóvenes en cubierta. En una de las velas llevaba impreso su nombre, «Cuarto creciente», así como un dibujo de esa fase de la luna.

—Deberían haberle llamado «Media luna» —explicó Trixie a Bunker—. Así se llamaba el barco en que llegó Henry Hudson, en el siglo diecisiete; fue el primer hombre blanco que exploró esta región.

—Lo sé —dijo Bunker, levantando un momento la vista de su trabajo—. También sé de quién es esa barca: de un par de chicos que se llaman Ken y Cari. Niños ricos, que no saben ni navegar en bote.

Trixie volvió a sentarse en el pedrusco, sumida en sus pensamientos en tomo a los tiburones. *Bunker parece conocer a fondo el tema* —se dijo—; *pero casi siempre se contradice con lo que Thea me ha contado. ¡Y creo que ésta es una experta en el río Hudson!* Thea había dicho que se había visto un tiburón en el Hudson hacía un año, y Bunker aseguraba que eso había sido hacía treinta años. Ella le había contado que el río solía estar plagado de tiburones y Bunker se había limitado a asegurar que no era cierto. *Me pareció que ella me creía cuando le dije que había visto un tiburón, y está claro que Bunker pensaría que estoy loca si le digo que lo he visto. Pero ¿a quién de los dos debo hacer caso…?*

Antes de que Trixie pudiese encontrar un modo de descubrir si Bunker tenía razón o no, vio algo por el rabillo del ojo.

—¡Oh, no! —gritó—. ¡Bunker, mire el «Cuarto creciente»…, ha escorado, y Ken y Carl han caído al agua!

Para asombro de Trixie, Bunker no interrumpió su tarea.

—Llevan salvavidas —gruñó—. Tal vez esto les sirva de lección.

—Pero… —Trixie observaba desesperada a los dos jóvenes, que se hundían en el agua. No se veía ningún salvavidas—. ¿Una lección? —gritó—. ¿A eso le llama una lección?

Bunker se decidió a levantar la cabeza y echar un vistazo a los muchachos. Mientras él y Trixie miraban, el bote se alejaba de los chicos. No había ninguna barca cerca. La cabeza del menor de los hermanos se sumergió en el agua, apareció y volvió a hundirse.

Trixie sabía que tenía que hacer algo. Pero no podía lanzarse desde donde estaba, ni era una nadadora consumada. Casi instintivamente, se preparó para gritar más fuerte que nunca en su vida. Pensó que sólo había una persona que pudiera oír sus gritos, y Honey Wheeler era, además, la mejor nadadora que Trixie conocía.

—¡Honey, Honey, socorro!

La voz de Trixie resonó en la orilla del río. Bunker se quedó mirándola asombrado, pero Trixie lo ignoró. Siguió gritando el nombre de Honey, mientras rezaba para que pudiera oírla su amiga.

Como una rápida respuesta a sus oraciones, Trixie vio de repente el reflejo de los dorados cabellos de Honey cerca de la orilla. Honey se dio cuenta inmediatamente de lo sucedido, y en un instante corrió al río, y se lanzó al agua. Trixie observó cómo manoteaba rauda hacia los dos muchachos.

Tranquilizada en parte, Trixie se puso de rodillas y miró a los chicos. Con suaves y potentes brazadas, Honey casi había llegado junto a ellos. Cuando empezaba Trixie a preguntarse si Honey podría llevarlos a los dos a la orilla, vio otra figura que se lanzaba al agua. ¡Era Brian!

—¡Gracias a Dios! —suspiró—. Brian es un buen nadador, pero acaba de salir del hospital. Y el agua estará fría, sin contar con la fuerza de la corriente…

No pareció que Bunker prestara mucha atención a las palabras de Trixie. Abandonó su remiendo y desapareció por una senda orientada en sentido opuesto al lugar por el que llegó Trixie. En vez de pensar en su extraño comportamiento, Trixie se limitó a mirarlo un segundo y volver después su atención a la escena del río. Honey y Brian habían llegado ya a Ken y Carl, pero desde donde estaba Trixie parecía como si los muchachos rechazaran los esfuerzos de los otros por salvarlos.

Trixie se dio cuenta de que allí donde estaba no hacía nada por

nadie, así que empezó a bajar el talud. Había visto a Loyola en la orilla, en el lugar de reunión antes acordado. Pensó que ellas podrían ayudar cuando los demás llegasen a tierra. Mientras se dirigía hacia allá, Trixie intentó explicarse el comportamiento de Bunker.

Dice que lleva pescando en este río cuarenta años —pensaba enfadada—. *Se supone que un pescador experimentado se preocupa por los demás cuando están en peligro y siempre está dispuesto a ayudar a quien lo necesite. ¡Qué hombre tan insensible!*

Trixie se dio un golpe con el pie en una roca y se detuvo a examinarlo. De repente se le ocurrió que tal vez Bunker había exagerado su conocimiento del río para impresionarla. Aquello explicaría por qué sus afirmaciones respecto a los tiburones diferían tanto de las de Thea… Simplemente, acaso no sabía de qué estaba hablando. Vistas así las cosas, recordó que Bunker había dudado antes de dar su opinión… *Está ocultando algo* —pensó.

Y entonces le vino a la cabeza algo temible.

—*¡Tiburones!* —pensó. Angustiada, observó las cuatro figuras que se debatían en el Hudson, recordando la aleta que había visto en aquellas aguas la semana anterior.

Grave equivocación • 9

AL FINAL, los tiburones no aparecieron mientras llevaban a tierra a Ken y Carl. El agua estaba tan mansa y Honey y Brian eran tan buenos nadadores, que sus esfuerzos debieron ser relativamente pequeños. Pero no contaban con los frenéticos deseos de los chicos por recuperar el «Cuarto creciente».

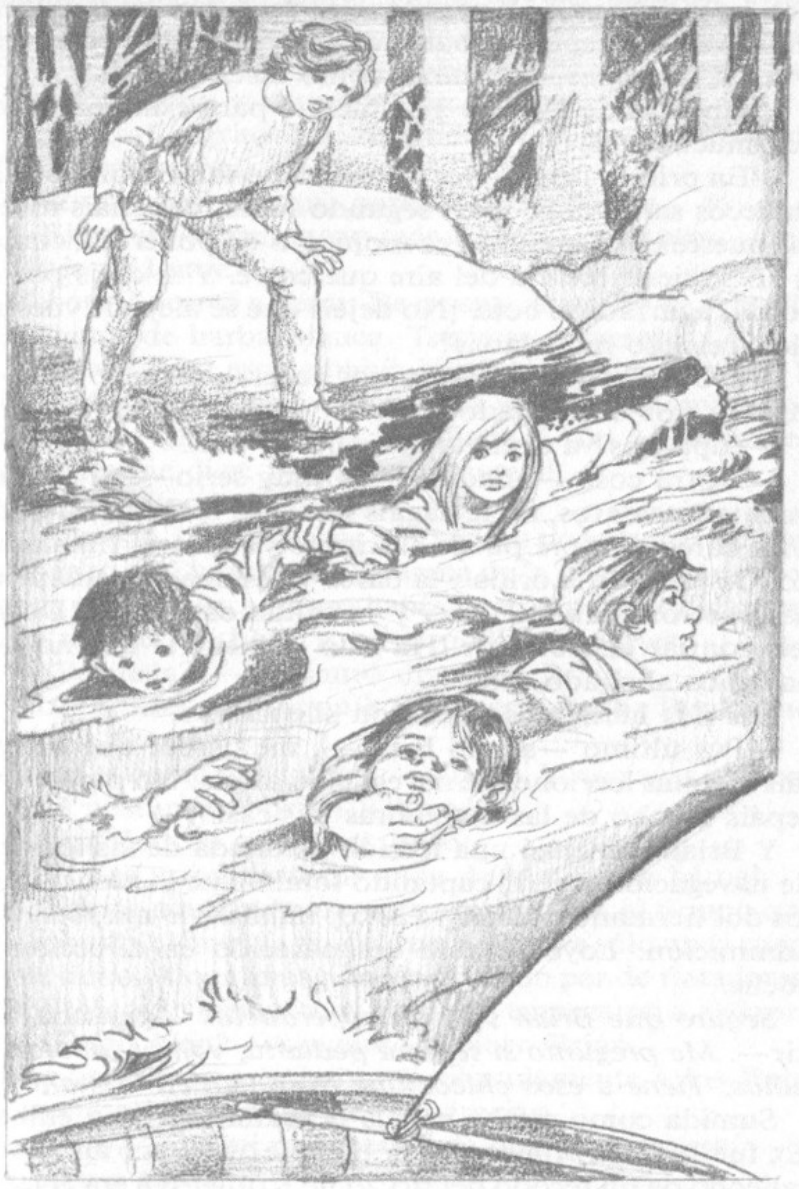
De pie junto a Loyola, Trixie observaba angustiada cómo Honey arrastraba hacia la orilla, literalmente, al mayor de los hermanos en los últimos metros. El menor no era muy buen nadador, por las trazas, y Brian lo manejaba más fácilmente.

—¡Están a punto de conseguirlo! —exclamó Trixie al verlos acercarse—. Loyola, ¿puedes echarles una mano? Regresaré enseguida con algo seco para Honey y Brian.

—¡Oh, pobre Brian…!

Sin esperar respuesta, Trixie dio media vuelta y corrió al coche, de donde recogió chaquetas y camisas, así como varias toallas que Brian había llevado.

Al volver a la orilla, cuatro cuerpos empapados permanecían tirados sobre la arena, recobrando aliento. Los ojos de Trixie se dirigieron primero a Brian, cuyos labios estaban azules y al que le castañeteaban los dientes, aunque apenas prestaba atención a lo que le sucedía. Tema un brazo extendido sobre los hombros del más pequeño de los hermanos.



—Carl —le decía suavemente—, a ver si desde ahora te pones el chaleco salvavidas en cuanto salgas en barca. La corriente del río es bastante más fuerte que tú.

Carl asintió y se puso de pie.

—Estaba… estaba comiendo un bocadillo —murmuró—, cuando la barca dio un bandazo…

—Brian, quítate la camisa —interrumpió Trixie—. Sécate con la toalla y ponte esto.

—No soy el único necesitado —le contestó Brian, señalando a Honey, que estaba escurriéndose el pelo—. Menos mal que hace un buen día; de lo contrario, Honey agarraría una pulmonía antes de que llegases a secarla.

Trixie corrió hacia su amiga, le puso una toalla por los hombros, y le dio un abrazo al mismo tiempo.

—¡Oh, Honey! Estoy tan nerviosa… ¿Cómo estás? Y vosotros, muchachos, ¿estáis bien? —y diciendo esto les alargó una toalla a cada uno.

Ken, que aparentaba unos once años, asintió agradecido.

—Me siento un poco aturdido.

—Sí; no ha sido una idea brillante darse un chapuzón después de comer —dijo Brian—. Y no es que haya sido intencionado, pero… ¿qué os sucedió?

—Bajábamos de Harvestraw Bay —empezó a contar Ken—. Vivimos allí. Y pensé que no teníamos bastante aire en las velas. Después la barca dio un bandazo. Eso ocurre a veces, ya sabes —terminó, como disculpándose.

Brian dejó de temblar y se inclinó para examinar a los dos muchachos.

—En primer lugar —les dijo—, deberíais llevar a bordo chalecos salvavidas, y, en segundo lugar, deberíais tenerlos puestos. Además, no es momento de ponerse a comer si no se tiene certeza del aire que corre. Y si caéis por la borda, agarraos al bote. ¡No dejéis que se aleje de vuestro alcance! ¿Lo recordaréis?

—Eso era lo que intentábamos hacer —se quejó Carl—. Pero tú nos has alejado de él.

—Papá nos va a matar —se quejó Ken.

—Y otra cosa —añadió Brian muy serio—. Si alguien intenta rescataros, no le hagáis frente ni luchéis contra él. Una barca

siempre puede sustituirse; los seres humanos, no. Os vi desde la orilla y la barca ya estaba bastante lejos de vosotros cuando Honey y yo saltamos al agua. Debisteis confiar en nosotros. Ha sido una suerte que no nos hayamos ahogado todos.

Los dos hermanos quedaron silenciosos.

—Por último —siguió Brian—, me parece que necesitáis algunas lecciones de navegación a vela. No parece que sepáis mucho de las maniobras básicas.

Y Brian comenzó una lección detallada de las técnicas de navegación a vela, captando totalmente la atención de los dos hermanos. Trixie y Honey también lo miraban con admiración. Loyola había desaparecido en dirección al coche.

Seguro que Brian será un superdoctor —pensaba Trixie—. *Me pregunto si se hará pediatra, vamos, doctor de niños. Tiene a esos chicos que le comen en la mano*.

Sumida como estaba en sus pensamientos, sin embargo, fue Trixie la primera en ver un bote que cruzó ante ellos, saliendo de un recodo del río. «The Kruller II» era el letrero que llevaba en su borda, con caracteres negros y gruesos. Trixie dio un salto y apuntó hacia él excitada; detrás del bote, y unido a él por un cabo, estaba el «Cuarto creciente», derecho y hermoso como antes.

—¡Hurra! —gritó Cari sin poderse contener. Y Ken salió corriendo hacia el agua.

Brian suspiró, aunque pareció complacido.

—Esperemos que tengan más cuidado que antes —dijo a Trixie y Honey.

El bote se acercó a tierra. De repente, apareció en la borda una figura de barba blanca. Trixie se sobresaltó.

—Así que por eso se había ido Bunker —murmuró. Y dirigiéndose a los demás, dijo—: Es Bunker, el hombre con quien estuve hablando en el acantilado. Es un… bueno, creo que es lo que dice: pescador comercial.

Bunker saludó a Trixie.

—Apuesto a que piensas que soy un poco tonto, pequeña —gritó —. Cuando me di cuenta de lo que decías de esos chicos y de su barca, ya no había tiempo para explicar que iba a recoger mi bote, a ver si podía ayudarles.

—¿Pequeña? —murmuró divertido Brian.

Trixie sintió que se ponía roja y esperó que Bunker no llegase a notarlo.

—Así es como me llamaba —dijo—. Y no vayas tú a coger esa costumbre, Brian Belden.

Y dirigiéndose a Bunker, gritó:

—¡No es usted tonto ni nada de eso: es un héroe!

—¡Vamos, muchachos! —animaba Bunker, al tiempo que maniobraba el bote de modo que quedase a sólo unas cuartas de tierra. A continuación les lanzó un par de flotadores.

Los chicos se metieron en el agua y empezaron a alejarse.

—¿Estáis bien? —preguntó ansioso Brian.

Los hermanos saludaron apresuradamente a los Bob-Whites y gritaron dándoles las gracias.

—¡A lo mejor mi padre te envía una recompensa! —le dijo Ken a Brian.

—¡Qué emoción! —dijo Brian con frialdad a las chicas.

—Para cuando hayan llegado a casa —dijo Trixie—, tal vez hayan rehecho la historia, y cuenten que fueron ellos los que nos rescataron a nosotros.

—Pero si tú sólo diste el aviso, no interviniste en el rescate… —bromeó Honey.

—¡Vaya! Pues ha sido una buena cosa que alguien estuviese atento, mientras tú te enfrascabas en el libro y Brian se dedicaba a buscar muestras —repuso Trixie con una sonrisa dirigida a Bunker. Se sentía culpable por haber interpretado mal su comportamiento.

—¿Por qué «Kruller»? —le preguntó.

—¿Eh?

—Que por qué se llama «Kruller» el bote, en lugar de «Bunker» o algo así.

Bunker estaba ya bastante cerca de Trixie, y ésta captó su apesadumbrada expresión.

—Lawrence Krull fue mi compañero de pesca… y mi mejor amigo también —respondió—. Por eso le puse ese nombre a la barca.

Para Trixie, la siguiente pregunta, obvia a todas luces, era qué le había ocurrido al Kruller primero, pero no tuvo que preguntarlo.

—Krull se hundió con nuestro primer bote, aquí, en el Hudson, hace unos tres años —prosiguió.

—¡Oh!, lo siento —dijo Trixie.

Bunker hizo un gesto.

—Me dejó todo lo que tenía. Y con lo que pude reunir compré esta barca —la atención de Bunker se había desviado hacia los dos hermanos, que en aquel momento subían a su embarcación—. Y ahora, amiguitos, seguro que no os habéis enterado, pero he salvado vuestro bote por los pelos.

Él y los chicos volvieron a decirse adiós y poco después ya estaban lejos de los Bob-Whites.

Trixie apretó el brazo de Brian.

—Has estado tan… tan profesional, cuando has atendido a esos chicos, Brian…

—Quizá, pero lo normal es que no sigan los consejos de nadie —comentó éste.

—Creo que lo que les dijiste les ha hecho una gran impresión —intervino Honey—. Tienes un modo excelente de hacerles saber a los demás que de veras te preocupas por ellos. Seguro que tus futuros pacientes seguirán tus instrucciones al pie de la letra.

—Si es que pueden leer las recetas —bromeó Trixie—. ¿Por qué tienen esa letra tan horrible todos los médicos? —y viendo la expresión incómoda de Brian, añadió enseguida—: ¿Cómo te encuentras? Muchacho, espera a que el doctor Ferris se entere de qué modo te cuidas.

—Me contentaré con que encuentre qué ha sido lo que me ha envenenado —repuso Brian—. En realidad, me siento bastante bien, sentado aquí, al sol. ¿Y tú, Honey? De todos modos, tengo hambre. No hay nada como un buen baño para abrir el apetito.

—Yo ya la terna antes de ir al agua —admitió Honey.

—Bueno, entonces, ¿a qué esperamos? —dijo una tenue voz detrás de ellos—. ¡Adelante!

Los Bob-Whites se volvieron con gritos de alegría.

—¡Loyola! ¡No tenías que haberte molestado, pero nos alegra tanto!

En el suelo, extendido, había un mantel rojo y blanco, a cuadritos, en un espacio soleado y recogido. Según comprobaron, Loyola había preparado una verdadera bacanal: limonada fresca, fiambre de pavo y sandwiches de jamón y lechuga, una bolsa de melocotones y naranjas y un gran cuenco con la especialidad de

Loyola, ensalada Waldorf.

En unos segundos los cuatro jóvenes se acomodaron y se dispusieron a hincarle el diente a todo aquello.

Honey se sirvió un poco de limonada y suspiró:

—¡Qué lugar tan maravilloso para merendar!

Trixie contempló los árboles de otoño, las arcillosas orillas y el agua azul verdosa.

—Éste es un sitio precioso. He oído que existió un grupo de artistas conocido como la «Escuela del Río Hudson» —dijo, echándose la segunda ración de ensalada Waldorf.

—Recuerdo que Di me habló de ella —dijo Brian—. Era del siglo pasado, ¿no? Di me contó que fue el primer grupo de americanos que desarrolló una técnica propia en pintura de paisajes.

Trixie asintió.

—Dibujaban al natural escenas de granjas y pescadores, y todo lo que veían cada día. Con sólo mirar al río, me parece que podría pintarlo.

—No te creas —le dijo Honey. Y dirigiéndose a Loyola, observó —: Está realmente buena la ensalada Waldorf. ¡Qué sabrosa!

—Muchas gracias —dijo Loyola complacida—. Lo mismo dice mi abuelo. Sin embargo, a mí no me vuelven loca las manzanas.

—¿Y qué le pones? —preguntó Honey interesada.

—Bueno, últimamente estoy muy sensibilizada con el asunto de los alimentos naturales. En esta ensalada, por ejemplo, he usado apio y uvas orgánicas…

—¿Orgánicas? —repitió Honey.

—Sí. Significa que se han cultivado sin utilizar ninguna clase de fertilizantes ni pesticidas químicos: sólo abonos de origen animal o vegetal.

—Resulta que vas a ser una química muy afamada —bromeó Trixie—, y no te gustan las substancias químicas.

—Mi intención es especializarme en biología marina —repuso Loyola un poco fríamente—. Y mucha gente, incluidos algunos científicos, cree que las substancias artificiales no son buenas en la alimentación humana. De todos modos, la ensalada también contiene nueces y mayonesa con un poco de aceite de azafrán. Después, para completar, cojo manzanas, las troceo y las mezclo con el resto. Brian, ¿quieres un poco más? Hasta ahora sólo has

tomado tres raciones…

—Pues entonces, échame la cuarta —dijo Brian—. ¿Cómo es posible que una cosa tan rica se llame Waldorf?

—Yo sé la respuesta a esa pregunta —repuso Honey—. Se llama así por el Hotel Waldorf Astoria, de Nueva York. Creo que fue uno de sus chefs quien la inventó. Una vez la comí allí con mis padres.

—¡Qué niña más fina! —bromeó Brian.

Honey se puso colorada, pero no se enfadó.

Normalmente, Trixie se habría unido a la broma dirigida a Honey por su adinerada ascendencia, pero en aquel instante había ciertos datos almacenados en su cerebro que se estaban resolviendo. Se salió del todo de la conversación, intentando concentrarse en algo que recordaba sólo vagamente…, algo que había leído… con mucha prisa. A medida que su mente iba atando cabos, Trixie sentía que la sangre le afluía a la cara, impulsada por la ira.

Por último, todo encajó. Demasiado fuera de sí como para moderarse, se volvió hacia Loyola:

—¿Por qué estás envenenando a mi hermano? —soltó de golpe —. ¿Porque supone una competencia excesiva?

Más tiburones • 10

LOYOLA estalló en lágrimas.

—¡Trixie! —exclamó Brian—. ¿Qué te pasa? ¡Eso que dices es una calumnia!

—¡Trixie, por Dios! ¿Qué es lo que estás pensando? —suplicó Honey dando un grito.

Trixie no estaba preparada para ninguna reacción, y mucho menos para aquélla. Se quedó mirando la furiosa expresión de su hermano, y se dio cuenta de que era la más colérica que había visto en su vida.

—Brian, lo siento, pero ¿no lo entiendes? —gritó—. Una de las cosas que contenía la lista de posibles fuentes de cianuro que el doctor le dio a mamá eran las pepitas de manzana. La ensalada está rebosante de esas pepitas. Y Loyola te la prepara desde… desde que empezasteis el proyecto al iniciarse este semestre. Y, además, Brian, ella no ha probado un solo bocado.

Brian y Honey, asombrados por aquellas palabras, miraron a Loyola. Ella, por su parte, dejó de llorar y miró fijamente a los ojos de Trixie.

—No tenía ni idea de que las semillas fuesen venenosas —dijo simplemente.

Había demasiadas coincidencias para que Trixie se aviniese a aceptar así, de buenas a primeras, la explicación de Loyola.

—Mamá dijo que has estado tomando el veneno en dosis muy pequeñas durante mucho tiempo, Brian. Morirías al alcanzar el nivel tóxico.

—Trixie, ¿no has oído lo que Loyola acaba de decir? —terció Honey.

—Y luego, cuando le dije a Loyola que habías ingresado en el hospital —Trixie enrojeció de cólera—, todo lo que dijo fue algo a propósito de que tú eras el único competidor serio que tenía… ¡como si ya estuvieses muerto! Siempre se ha comportado como si el proyecto fuese mucho más importante que tu salud. Ni siquiera había notado que estabas mal. Lo sé porque se lo pregunté. Cuando hasta Di y todos los demás estaban preocupados…

—¡Basta! —ordenó Brian—. Te estás pasando…

—No, espera, Brian —dijo Loyola. Se quitó las gafas, se frotó los ojos un poco y volvió a ponérselas—. De veras no sabía lo de las semillas de manzana —dijo a Trixie—. Tienes que creerme. Y no he comido la ensalada simplemente porque no me gusta, y eso también tienes que creértelo.

—¿Cómo está tu abuelo de salud? —preguntó Brian—. Nos has dicho antes que le gusta mucho esa ensalada.

—Y nosotros —añadió Honey alarmada—, también la hemos comido.

—Para mi abuelo la hago muy pocas veces al año —explicó Loyola—. Y seguramente no es suficiente para que el cianuro llegue a constituir un peligro, ya que es el ochentón más saludable que podéis conocer. Y no creo que por comerla una vez os vaya a hacer daño a los tres, ya que no la tomáis de un modo regular —sacudió la cabeza con duda—. Creo que tengo que leer más sobre los alimentos naturales… estaba convencida de que usando las manzanas enteras obtendría un alimento más natural, Brian. Y ahora… no sé qué decir…

—No tienes que decir nada —le aseguró Brian para tranquilizarla—. Por lo menos ya sabemos lo que me ha puesto enfermo.

—Bien, pero quiero decir algo más —añadió Loyola, volviéndose a Trixie, que por entonces ya se sentía bastante confundida—. Trixie, comprendo perfectamente la línea de pensamiento que has seguido para llegar a esa conclusión, pero no soy tan salvaje como para eliminar a mis competidores. De todos modos, no eres la primera que me dice que pongo mis estudios por encima de todo, que me los tomo demasiado en serio.

Trixie murmuró algo ininteligible.

—Me gusta hacer las cosas bien —siguió Loyola—. Espero realizar una buena carrera como biólogo marino; pero a veces soy tan absorbente en la consecución de mi objetivo personal, que quizá molesto a tu hermano. Trixie, puedes creerme: estaba muy preocupada. Comprendo ahora que debí estar más atenta a sus síntomas, pero entonces me figuraba que su hermana debía saber mucho más de Brian que su compañera de laboratorio.

—Ya sé que la culpa ha sido mía —reconoció Trixie.

—No del todo, si consideramos lo mucho que lo he visto últimamente. Debería haber sido más observadora entonces, y también cuando me hablaste de su desfallecimiento. Pero entonces estaba muy metida en nuestro proyecto.

Y aquella observación de que era el único competidor que tenía… fue sin duda un sinsentido inexcusable.

Trixie se aclaró la garganta.

—No. La única persona sin sentido que hay aquí soy yo. También tengo una carrera en mi mente… ser detective —normalmente, Trixie sentía cierta repugnancia a revelar sus aficiones a los que acababa de conocer, pero comprendía que Loyola necesitaba una explicación—. A veces, eso también me ciega, y saco conclusiones apresuradas. Desde ahora —rió nerviosa —, modificaré mi objetivo: me conformo con ser el peor detective del mundo —se inclinó y puso su mano sobre la de Loyola.

Ésta le sonrió amistosamente.

—Me parece que todos tenemos que aprender mucho antes de conseguir nuestros propósitos —dijo—. Pero eso no quiere decir que perdamos la esperanza, ¿verdad?

—Seguro que no —dijo Honey vacilando—. Lamento tener que seguir con el tema, pero ¿no dijiste, Trixie, que tu madre tenía la preocupación de que algo de su despensa había envenenado a Brian? ¿Por qué no regresamos y le contamos lo que acabamos de descubrir?

—¡Tienes razón! —asintió Trixie—. Sospecho que tampoco vendrá mal que os pongáis algo seco, Honey y Brian. Vamos.

Pronto estuvo todo recogido y cargado en el coche de Brian.

Como el domingo anterior, IHxie se quedó rezagada en el camino, para poder echar un último vistazo al río. Esta vez sabía bien lo que buscaba: una aleta de tiburón. Una gaviota solitaria voló sobre su cabeza, graznando… *Como yo* —pensó. En el agua no había nada desacostumbrado. Vislumbró al «Kruller II», libre ya del «Cuarto creciente». Naturalmente, no podía estar segura, pero le parecía que el bote estaba en la misma zona en la que había visto la aleta.

Trixie gruñó en su interior, recordando el «pequeña» de Bunker y esperando que Mart no se enterase nunca. Después siguió el camino, para unirse a los otros.

Cuando el grupo llegó a Crabapple Farm, los padres de Trixie y Brian se tranquilizaron al oír sus noticias.

—Pues ya íbamos a decirles a los médicos que analizaran todas las conservas que he hecho —dijo Helen Belden— por si acaso había algo insalubre. Y acababa de terminar las de este año. Estaba desolada, al pensar que tanto trabajo no había servido para nada.

—Bueno, pues ahora ya ves que servirá para algo —dijo Brian a su madre.

La señora Belden se volvió a Loyola.

—Debes sentirte mal —le dijo—. ¿Querrías quedarte a Cenar esta noche con nosotros?

—Me agradaría hacerlo —contestó Loyola—, pero he quedado con mi amiga Thea en un restaurante de la ciudad. Ya no nos volveremos a ver con tanta frecuencia y…

—¿Por qué no le pides a Thea que venga aquí? —sugirió Trixie.

—¡Qué idea tan estupenda! —accedió Helen Belden—. Será bien recibida.

Pronto quedó convenido que Loyola y Thea, junto con Honey, se quedarían a cenar en casa de los Belden. Trixie hizo un esfuerzo extra ayudando a su madre en los preparativos del asado. Se sentía en cierto modo culpable, pues su curiosidad —que no su amabilidad — había motivado invitación de Thea. Esperaba tener la oportunidad de contarle las diferencias entre sus afirmaciones sobre los tiburones y las de Bunker.

Hasta que todo el grupo estuvo sentado alrededor de la mesa no recordó Trixie lo que había prometido: no podía hablar de tiburones delante de Bobby. Trixie observó la carita de su hermano menor durante un instante y comprendió que tenía que mantener lo pactado.

No está bien que soliviante a Bobby a cambio de información sobre el misterio —decidió en silencio—. *Sí, esta tarde he aprendido que a veces el respeto a los demás es tan importante como resolver misterios*.

Conforme cenaban se fue haciendo evidente que si Trixie hubiese sacado el tema, Thea probablemente habría encontrado algún medio de zanjar la discusión. Estuvo muy agradable y educada todo el rato, pero, al mismo tiempo, extremadamente silenciosa. Se advertía que la mayoría de los Belden se encontraban un poco cohibidos ante la idea de tener sentada a su mesa a una

escritora. Thea no hizo demasiado para que los demás se sintiesen a gusto, y habló únicamente cuando se dirigieron a ella.

Considerando el contraste entre esta mujer tan seria y la animada autora que había escuchado la semana anterior, Trixie empezó a enfurruñarse. Después intentó ser comprensiva. Nadie tenía tanta habilidad para entablar amistad con extraños como Trixie.

Lo que más le molestaba era que Loyola también se mostraba más silenciosa de lo normal.

Probó suerte cuando Loyola se levantó para ayudar a quitar la mesa. Se puso junto a ella y le susurró:

—¿Estás bien? Apenas has dicho una sola palabra…

Loyola bromeó, azorada.

—¡Oh, Trixie! Nunca aprenderé. He estado pensando en un trabajo que tengo que entregar en la clase de historia de mañana.

—¡Y yo que creía que estabas dolida! —dijo Trixie—. Mi cerebro detectivesco, o mejor detectivesco, ha estado trabajando también toda la tarde.

Y las dos chicas se echaron a reír en voz baja.

Después de la cena, la señora Belden sugirió una partida, en el salón, de rummy.

—Demasiada gente —dijo el señor Belden—. ¿Por qué no un póker?

Mart y Brian prepararon una mesa de juego y trajeron todo lo necesario para el póker. Pronto estuvo en marcha una emocionante partida. A pesar de que sólo se jugaba con fichas, adultos y jóvenes se enfrascaron entusiasmados en las incidencias del juego.

Bobby se puso el pijama y se sentó en un sillón cercano, divirtiéndose con sus juegos de palabras: «Gummy gum»… «Gummy bum»… No. «Rimmy gum»… ¡Ja, ja!

Después de escuchar sus carcajadas, el señor Belden le dijo:

—Hijo, creo que ya es hora de que te vayas a la cama. Bobby puso morros.

—Cuentos —pidió.

—¿Quieres un cuento antes de irte a la cama? —le preguntó Loyola—. Entonces estás de suerte esta noche, Bobby. Sé algunos realmente misteriosos.

Bobby pareció encantado, pero sacudió la cabeza.

—No. Cuentos de los normales —explicó—. Thea es escritora de cuentos. Seguro que sabe muchos.

—Muy bien. Thea, me parece que has sido nombrada narradora oficial de cuentos esta noche —dijo la señora Belden alegremente—. ¿No te importa?

Thea no parecía muy entusiasmada, pero dijo llena de amabilidad:

—No, no. En absoluto. No estoy segura de triunfar en el empeño, pero… Bobby, ¿vamos a la cama?

Bobby le tendió la mano. Thea la cogió entre las suyas y los dos se marcharon del cuarto.

—¡Pobre Thea! —dijo Brian, a la vez que Mart empezaba a repartir cartas—. Me pregunto cuántos cuentos tendrá que contar, hasta que Bobby elija uno que le guste.

—Espero que no la hayamos puesto en un compromiso —opinó la madre, un poco molesta.

—Sobrevivirá, estoy segura —la tranquilizó Loyola—. Thea me dijo una vez que los niños le hacen sentirse un poco a disgusto, pero estará feliz con Bobby en cuanto lo conozca, porque es encantador.

—Encantador como un lobo —gruñó Trixie, que se había ocupado de él lo suficiente para conocerlo bien—. ¡Eh, Mart! Me parece que estás haciendo trampas.

—Beatrix, tal vez tuvieses suerte en la última baza, pero no siempre va a ser así —repuso Mart, señalándose la frente con gesto muy expresivo—. No sabes jugar si no es con buenas cartas y fortuna. No sé qué es peor síntoma: poblar el río con serpientes de mar o acusarme de ser tramposo.

—Precisamente acabas de dar a Brian y a papá una carta más a cada uno —insistió Trixie—. ¿Es que los varones de esta familia se han aliado?

—¿Y cómo podrían hacerlo, con una hermana tan suspicaz? —repuso Mart.

—Bueno, muchachos, que estamos jugando —intervino el padre —. Mart, ¿por qué no empiezas a dar otra vez?

—Para Trixie no se trata, por lo visto, de una mera diversión: se lo toma como si fuera una Olimpiada —dijo Mart—. Si doy otra vez, mi hermanita a lo mejor me repudia.

—Creo que la palabra que debía haber empleado era expatriarte

—observó su hermano.

—Humm… —dijo Trixie de repente—. Me parece recordar una regla según la cual el que se equivoca al dar pierde la mano y pasa al siguiente, que en este caso soy yo.

Mart empezó un contraataque inmediato, pero Trixie no le dejó. Ya estaba cansada de ser siempre el blanco de sus bromas.

—Y puedo demostrarlo —dijo triunfante—. Precisamente tengo la última edición de «Reglas oficiales de los juegos de cartas», de Hoyle. Y lo voy a buscar a mi cuarto.

Antes de que nadie pudiese impedírselo, retiró la silla y se marchó escaleras arriba. Encendió la luz de su cuarto y tomó el libro de la estantería. Una rápida comprobación le demostró que estaba en lo cierto. Llena de alegría, salió otra vez al pasillo.

La puerta del cuarto de Bobby, que daba justo frente a la de Trixie, estaba medio abierta y la chica pudo oír la voz de Thea, que no parecía muy divertida.

—«… y entonces el tiburón encontró la cueva en la que la gente se estaba bañando» —decía Thea.

Trixie se quedó clavada.

No sabía Thea… ¡Cómo iba a saber… que los tiburones le producían pesadillas a Bobby! Estuvo tentada de entrar, pero decidió no intervenir. *Ya me han llamado hoy bastantes cosas* —pensó.

—¿Y qué ocurrió después? —oyó que preguntaba Bobby.

—Pues que… el tiburón abrió la boca y se zampó a todos, con sus enormes y afilados dientes —fue la respuesta de Thea.

Más risas a costa de Trixie • 11

EN EL DESAYUNO de la mañana siguiente, lunes, Bobby no dejó de hablar de tiburones. Lejos de estar atemorizado por las fantasías de Thea, se había enterado a fondo de todos y cada uno de los detalles.

Sin embargo, la señora Belden estaba horrorizada.

—Trixie, ¿ves a lo que ha llegado tu manía? —suspiró.

—¡Yo! —exclamó Trixie indignada—. ¡Ha sido Thea!

—Es una estupenda cuentista —interrumpió Bobby—, pero no tanto como tú, Trixie.

—¡Ah! ¿Y por qué no? —preguntó ella.

Bobby se encogió de hombros.

—No me puso el brazo alrededor, como tú. Eso es lo que hace que un cuento resulte bueno, ya sabes.

Trixie le sonrió y volvió a la carga con su madre.

—No es culpa mía que Thea se haya pasado la noche contando historias de tiburones. Admito que ha sido una coincidencia…

—No del todo —intervino Brian—. Loyola me ha dicho que Thea siempre ha tenido mucho interés por los tiburones.

—Los ama —dijo Mart, engullendo un trozo de tarta.

—No exactamente —aclaró Brian—, pero colecciona libros sobre ellos.

—Trixie —pidió Bobby—, ¿por qué no me cuentas otro cuento de tiburones? ¿Es cierto que los hay en el río? —repitió, encantado.

Antes de que pudiese contestar Trixie, su madre intervino:

—Me parece que ya se ha hablado demasiado de tiburones en este desayuno, Bobby. Y no, no los hay en el Hudson, a ver si te enteras de una vez para siempre. Trixie estaba bromeando cuando lo decía, ¿verdad, Trix? —y sin dejarle a ésta tiempo para responder, siguió—: En realidad, el Hudson tiene cosas más interesantes que los tiburones, ¿no es cierto, Trixie?

—¿Eh? ¡Ah! ¡Sí, seguro! Cosas como…

—Como pesca selecta, tesoros de piratas… —completó su padre —. Y buques hundidos, antiguos y modernos, y coches sumergidos.

—¿Quién ha oído hablar alguna vez de coches sumergidos? — empezó Bobby—. O de «suches comergidos»…

—Bueno, bueno, que se me hace tarde. Hasta luego, familia —Peter Belden besó a su esposa, recogió el abrigo y se plantó en la puerta antes de que Bobby pudiese formular alguna otra pregunta absurda.

Trixie atusó los rizos de Bobby.

—Creo que a lo que se refería papá es a los coches que se caen al río y se van al fondo, como es natural.

—Ya —asintió Bobby—. ¡Eso es horrible! ¿Y qué pasa si va gente en esos coches?

—Puedes salir —le tranquilizó Brian.

—¿No suele tardar de cuatro a ocho minutos un coche en hundirse? —preguntó Mart.

Brian asintió.

—Hasta entonces, se puede bajar una ventanilla y salir. Si no se puede, no hay que probar a bajarla mientras está entrando agua; se debe esperar a que el coche esté hundido, de modo que la presión sea igual en el interior que en el exterior, y salir entonces, bajando la ventanilla o abriendo la puerta…

—Pero entonces los tiburones te estarán esperando —opinó Bobby—. ¡Ojalá no me ocurra nunca!

Su madre se sirvió otra taza de café y gimió.

—¿No existe otro tema de conversación?

—Lo siento, mamá —dijo Trixie humilde.

Brian apuntó con un dedo a su hermana.

—Esto me recuerda que necesitas unas lecciones de socorrismo.

—¿Qué he hecho ahora? —gimió Trixie.

—Es lo que no has hecho. Ayer no pudiste acudir en nuestra ayuda cuando Honey y yo rescatamos a Ken y Carl. Tendrías que asistir a un curso de salvamento, Trix. Eso te daría la confianza que ahora no tienes, y que necesitas.

Trixie tragó el último bocado de pan con mermelada.

—¿Y de dónde voy a sacar tiempo para eso? —se quejó—. Apenas me llega para preparar las asignaturas del curso.

—He oído rumores —repuso Mart confidencialmente— de que el profesor de matemáticas va a empezar a admitir gente, para que puedan ver tus ejercicios.

—¿Dónde has oído eso? —saltó Trixie.

La familia prorrumpió en carcajadas.

Mart rió más fuerte que los demás.

—Como dice la Tortuga en «Alicia en el país de las maravillas», las cuatro partes de la aritmética son: ambición, distracción, repugnancia y broma. Pero tú sólo conoces una distracción.

—Bueno, eso que has dicho de la repugnancia es perfectamente aplicable a ti —repuso Trixie, crispada.

—Has perdido la partida —intervino su madre—. Mart y tú parecéis gemelos, no lo olvidéis.

—No me lo recuerdes —gruñó Mart.

—Sea como sea —se apresuró a aclarar Trixie— lo que va a pasar es que perderemos el autobús, si no nos damos prisa. ¡Vámonos!

Aquella tarde, después de clase, Trixie se bajó del autobús con Jim y Honey en Manor House. Había mejores días para cabalgar que aquél, nebuloso y frío. Pero hacía tanto que no veía a Susie que Trixie se sentía capaz de cabalgar aunque fuese lloviendo.

La pequeña jaca negra pareció tan contenta al verla como ella. Relinchó antes incluso de que Trixie le diese unos terrones de azúcar.

—¡Hola, Susie! —dijo Trixie—. ¡Apuesto a que ya creías que había desertado! Pues no, lo que pasa es que he estado muy ocupada con conservas, hermanos enfermos y exámenes de historia, sin contar con que hago el loco por lo menos una vez al día.

Trixie ensilló la yegua y salió del establo de los Wheeler.

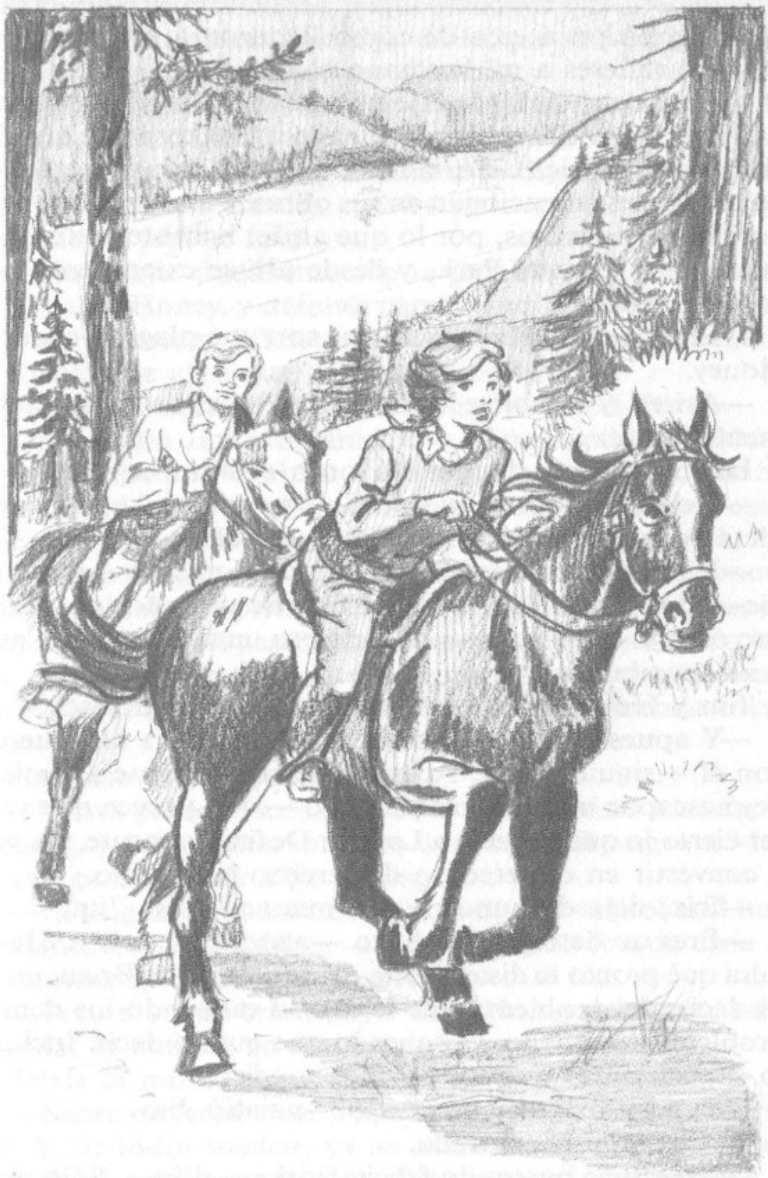
—¿Cómo va eso, Trixie? —dijo Jim, cabalgando tras ella con Júpiter—. Estos días has estado muy ocupada, ¿no es así?

Honey montó a Lady y se unió a los otros, diciendo:

—¿Cómo puede alguien ser vencido por un vegetal? ¿No es divertido?

—Esto es mucho más divertido, créeme —repuso Trixie, que lanzó a Susie al galope, seguida pronto por los demás.

Los jinetes se tomaron un descanso en una loma, no muy lejos de Killifish Road. A pesar de la leve niebla que se cernía sobre el coto de caza, se sentían alegres y felices de estar en el campo. Una bandada de estorninos desapareció entre la niebla con un batir de alas.



Jim los miró y dijo:

—Tu hermano me contó una historia de estorninos el otro día, Trix. Algo acerca de cómo llegaron a esta zona.

—¿Te refieres a mi hermano el que todo lo sabe?

—Exacto, a Mart. Me dijo que durante el siglo diecinueve había en Nueva York un aficionado a Shakespeare que decidió que América debería tener algunas de las especies de pájaros que se mencionan en sus obras. Parece ser que aquí no había estorninos, por lo que aquel hombre soltó unos cuantos en Central Park, y desde allí se extendieron por toda la región.

—El señor Maypenny dice que son una plaga —observó Honey.

—Así es, y también lo dice Mart —repuso inmediatamente Trixie.

Los ojos grises de Jim brillaron al mirarla.

—Debes reconocer que tiene en su cabeza la más completa colección de conocimientos extraños.

—Preferiría que se ocupase más de sí mismo —dijo Trixie—. ¡Oh, no me hagáis caso! Es que aún estoy enfadada con él; dijo que lo que vi en el río era una serpiente de mar y no un tiburón.

Jim y Honey quedaron extrañamente silenciosos.

—Y apuesto a que vosotros también estáis de acuerdo con él —siguió Trixie. Acarició distraídamente a Susie y dejó escapar un profundo suspiro—. Me parece que va a ser cierto lo que le decía a Loyola: Definitivamente, me voy a convertir en el detective de cerebro más vacío.

—Trix, deja de hundirte a ti misma —dijo Jim.

—Eres un detective perfecto —añadió Honey—. Si no, mira qué pronto te diste cuenta del problema de Brian, quiero decir, del problema que le estaba causando los demás problemas…, bueno, ya sabes lo que quiero decir. Incluso lo supiste antes que los propios médicos.

—Fue un magnífico trabajo —asintió Jim.

Trixie se puso colorada.

—No estaba buscando felicitaciones —dijo—. Sólo pensaba que tal vez fuese mejor que me olvidase de esa ambición y me concentrase en algo en lo que sobresalga más. En recolectar hortalizas, por ejemplo.

—A lo mejor necesitas que te gradúen la vista —se le ocurrió

decir a Jim.

—¡Son mis oídos los que fallan! —dijo Trixie—. ¿Por qué nadie puede admitir que he visto un tiburón?

Honey y Jim se miraron.

—No es que dudásemos de tu palabra en aquella ocasión —dijo Honey, y después pareció vacilar—. Lo que pasa es que… bueno, es difícil tomarse en serio lo que dices cuando hablas de algo que resulta imposible.

—Quieres decir que os reís de mí —acusó Trixie.

—Sí —saltó Jim bruscamente—. Considéralo así, Trixie. Te reirías de mí tú también si afirmase, por ejemplo, que he visto un unicornio en la reserva de gamos, o si Honey te contase que ha encontrado a Drácula en el local del club.

—No es lo mismo —empezó a defenderse Trixie. Se mordió los labios. Su primer y más fuerte impulso fue espolear a Susie y galopar hacia el bosque. Pero, por otro lado, una salida de tono no resolvería nada. Aquéllos eran sus mejores amigos y seguramente lo decían de todo corazón.

Jim vino en su ayuda.

—Tal vez pudieses informar de lo que has visto a las autoridades —dijo en tono un tanto dudoso—. El sargento Molinson podría decir algo al respecto.

—El sargento se reiría de mí si le dijese: «el sol está hoy brillante» —gruñó Trixie—. Pero imagino lo que diría si le contase que he visto un tiburón en el río.

—Pero el sol no brilla hoy —dijo Honey, incapaz de disimular la sonrisa que se extendía por su cara.

Trixie la miró.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero, Honey Wheeler. Y, de todos modos, ya he pensado en informar a las autoridades de lo que he visto. Sólo espero a verlo otra vez…

De repente se movió inquieta.

—Killifish Road está aquí cerca. Podemos tomar ese camino hacia el río y ver si aparece algo misterioso. ¡Vamos!

Jim la detuvo con un movimiento de la mano, sacudiendo al mismo tiempo la cabeza.

—También tus oídos necesitan una revisión. ¿No has escuchado, Trixie? Honey acaba de decir que el sol no brilla. No podrás ver

nada. Tal como desciende la niebla…

—Tienes razón —admitió Trixie—. Como diría mi brillante hermano, pronto se hará tan espesa como un puré.

Y a propósito de autoridades —y no me refiero a Mart—, quisiera hablar con Thea. Parece ser que es una verdadera experta en el Hudson. Esperaba poder hablar con ella anoche, pero no surgió la oportunidad.

—Es una persona muy interesante, ¿no? —observó Honey—. ¡No es ciertamente como nos la imaginábamos! Pero me gusta, aunque parece que está un poco alejada de todo.

—Misteriosa —asintió Trixie.

Jim y Honey hicieron un gesto.

—¿Qué quieres decir con eso de misteriosa? —preguntaron a coro.

Trixie volvió a ponerse colorada.

—Bueno, me refiero a que tiene un coche caro y afirma que no gana un dólar —y ante la mirada de advertencia de Honey se apresuró a añadir—: Ya lo sé, ya lo sé…, eso es algo que escapa a nuestro control. Pero queda lo que Brian me ha dicho esta mañana: que Thea siente una gran pasión por los tiburones. Además, he podido comprobar que no le gustan los niños. ¿Cómo se explica, pues, que sea escritora de libros para niños?

Jim pensó un momento.

—Tal vez sea por eso por lo que es escritora.

—¿Cómo?

—Sí, en lugar de ser maestra o librera o madre —explicó—. De ese modo, no tiene que estar con ellos, pero puede trabajar por ellos, por así decirlo.

—Y Loyola dijo que estaba muy interesada por los peces del Hudson —añadió Honey—. Y los tiburones son peces, ¿no?

—Bueno, pero no los hay en el Hudson, al menos en apariencia —gruñó Trixie—. De todos modos, me gustaría conocer más a fondo a Thea. Sigue pareciéndome un poco mis…

—Por favor, no vuelvas a usar esa palabra —pidió Jim.

—Por favor —repitió Honey—, pronto empezarás a aplicárnosla a Jim y a mí.

—Acabarás siendo un detective maravilloso —dijo Jim, inclinándose para dar una palmada amistosa en la mano de Trixie

—, así que no te preocupes por eso. Lo único que tienes que hacer es recordar que no todo es misterio, como a veces parece que piensas.

Azorada por el cumplido de Jim, Trixie buscó afanosa un medio de quitarse de encima la atención de los demás.

—¿No os parece que hace un poco de frío? —preguntó bruscamente—. Seguro que los caballos están helados. ¡Pobre Susie! ¡Debe opinar que lo mejor habría sido que me quedara envasando conservas!

—Es mejor que volvamos —sugirió Jim—, antes de que se espese más esta niebla.

Y los tres emprendieron el camino de regreso hacia los establos de los Wheeler. Trixie iba silenciosa, no sólo porque procuraba no perderse en la niebla, sino porque pensaba en la franqueza de Jim al decirle que sería de veras motivo de risa, de seguir así.

Bueno, pueden reírse lo que quieran —rumiaba en silencio—. *Y he de admitir que tal vez aquí no haya ningún misterio. Pero si lo hay, llegaré al fondo del asunto… como sea*.

Claves inesperadas • 12

UNA DISPUTA CON MART aquella noche llevó a Trixie a planear su siguiente movimiento.

—Creo que mi querida hermana ecuestre ha tenido un feliz paseo —dijo él en la cena—, aunque podría haber elegido otro día mejor para eso.

Trixie contó mentalmente hasta diez, mientras se comía los macarrones.

—Yo no soy tu hermana cuestora —le contestó.

Mart soltó una risotada.

—He dicho ecuestre, o sea, caballera, para que te enteres.

—Tampoco soy caballera —siguió contestando Trixie—. Si no sabes hablar, ¿por qué no te estás callado mientras comemos?

—He pasado la tarde en la biblioteca —dijo Mart con una expresión beatífica—, y no como otros miembros de la familia que no quiero nombrar, que también podrían beneficiarse de la experiencia. ¿Cómo, pues, podría dejar de reflejar mi estado de aprendizaje tan mejorado? —puso su más estudiado gesto de misterio y añadió—: He estado realizando algunas, ¡ejem!, investigaciones significativas.

Trixie rehusó seguirle la corriente. Le sonrió con poca gracia y siguió concentrada en la comida.

De repente soltó una exclamación:

—¡Biblioteca!

—¡La biblioteca! —asintió Mart, mientras el resto de la familia los miraba con asombro.

Trixie se sirvió un poco de tomate, murmuró algo acerca de un libro y cambió de tema.

Pero antes de terminar la semana realizó una visita, después de clase, a la biblioteca pública, y sólo de pasada para devolver aquel libro de que había hablado en la cena. La biblioteca de Sleepyside era pequeña, alojada en una de las casas antiguas de la zona. Pero estaba bien surtida y su bibliotecaria era de lo más amable y servicial.

Trixie se dirigió directamente al mostrador de ésta, en la sala de

lectura principal.

—Quisiera encontrar algo que tratase de tiburones —le dijo, tras haber pagado la multa por el retraso en devolver el libro, que ascendía a treinta centavos.

—Chist —dijo la bibliotecaria con una sonrisa—. ¿Has probado en las enciclopedias?

Trixie movió la cabeza negativamente.

—Entonces te recomiendo que empieces por ésa —musitó la bibliotecaria—. Después mira en el catálogo de fichas la palabra tiburón». Sé que hay varios libros excelentes de peces. Llámame si no encuentras ninguno.

—Gracias —repuso Trixie en voz baja. Se dirigió a la sección de enciclopedias y quedó sorprendida al encontrar que en todas ellas faltaba el tomo de la letra «T».

Ésta sí que es buena —se dijo. A continuación fue al catálogo de fichas y empezó a mirar los números de algunos de los libros relacionados con el epígrafe «Tiburón». Sin gran trabajo localizó la estantería correspondiente al primero de los libros de la lista. El lugar en que debería estar el libro se encontraba vacío.

Los demás libros de la lista tenían números cercanos a éste y, para consternación de Trixie, no estaba ninguno en el sitio en que debería estar.

Totalmente desconcertada, Trixie fue al mostrador de la bibliotecaria y le dijo:

—He hecho todo lo que me dijo y no he podido encontrar ni uno solo de los libros de tiburones.

—¡Chist! —repuso la bibliotecaria automáticamente. Miró un momento a Trixie y sonrió. Ésta estuvo a punto de decir ¡chist! cuando empezó a explicarle—: Me olvidé de que alguien estuvo esta semana investigando sobre ese mismo tema. Toda la bibliografía que tenemos está apilada —y señaló una gran mesa de lectura en uno de los rincones de la sala—. ¡Búscalos tú misma!

Trixie obedeció y pronto estuvo inmersa en una montaña de información referente a tiburones. En realidad, había allí mucho más material del que ella necesitaba, y le llevó bastante tiempo encontrar la respuesta a su única pregunta: ¿Había tiburones en el Hudson o no?

Fuese como fuese, Trixie encontró la respuesta, pero quedó más

desconcertada que antes. Se arrellanó en la silla y repasó:

Así que no hay tiburones en esta parte del Hudson —caviló, con su mente rápida—. *Y, lo que es más, todo lo que hay en estos libros corro… corrobo… está de acuerdo con lo que Bunker me dijo. El último tiburón visto por estos contornos fue capturado hace unos treinta años, en Peekskill, como él me dijo. Y, además, los tiburones siempre fueron una rareza por aquí, nunca algo corriente. ¡Bunker tenía razón! Y eso quiere decir… que Thea no la tiene*.

Trixie decidió que, en la primera oportunidad que se le presentase, tenía que encontrar a Thea y hablarle del resultado de sus investigaciones. No le gustaba nada la idea de que la información de Thea, a todas luces incorrecta, llegase a publicarse en el nuevo libro sobre el Hudson.

Con un impulso repentino, Trixie separó la silla y volvió al fichero. No encontró en él ningún libro escrito por Thea van Loon. *Esta biblioteca es muy pequeña, no puede tener demasiados libros infantiles* —pensaba, mientras volvía lentamente a su asiento.

Uno de los libros del montón que había sobre la mesa se titulaba «Fenómenos submarinos fabulosos»; se decidió a echarle un vistazo. Había en él todo un capítulo dedicado a las serpientes de mar y a cuantos afirmaban haberlas visto, la mayoría en los siglos XVIII y XIX. Fascinada, leyó una descripción tras otra de aquellos horribles monstruos recubiertos de escamas y de largas y desmesuradas lenguas y ojos brillantes.

Sin darse cuenta exclamó:

—¡Atiza! Menos mal que Mart no ha leído esto. ¡Tendría munición para bombardearme todo un año!

Trixie oyó un largo ¡chissst!, dirigido a ella, por toda la sala de lectura. Se sintió avergonzada y pasó al capítulo siguiente, titulado «Tesoros hundidos».

Inmediatamente quedó cautivada por texto e imágenes. A pesiar de las afirmaciones de Thea, a Trixie le gustaba pensar en la existencia de tesoros sumergidos cerca de su casa. Tal vez pudiese encontrar algo nuevo que contar a Thea.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —preguntó a su lado una voz tenue.

Trixie casi se cae de la silla por la sorpresa.

—¡Eh! ¡Ah, sí! —contestó en voz baja.

—Muy bien —sonrió la bibliotecaria. Miró por encima del hombro de Trixie—. «Tesoros hundidos», ¡humm!

—Siempre me ha gustado leer cosas de éstas —confesó Trixie.

—¿De veras? Entonces conocerás nuestro archivo de abajo, ¿no?

—¿Qué archivo?

—¡Oh! Tienes que venir a él de vez en cuando —susurró la bibliotecaria—. Está en la sala de consultas, en el sótano. Hay una sala llena de recortes de periódicos sobre investigaciones de tesoros locales. Es un archivo muy popular. Justamente hace unas semanas vino un hombre…, un joven con bigote, forastero según dijo, que quería verlo.

—¡Me gustaría echarle una ojeada! —echó una mirada al reloj y comprobó que aún le quedaba tiempo, hasta que pasase Brian a recogerla.

—Cuidado con los escalones al bajar —aconsejó la bibliotecaria —. La carpeta se titula «Tesoros y…»

Trixie ya se dirigía a la puerta.

—¡Muchas gracias! —dijo volviéndose.

La bibliotecaria sonrió y se puso el índice en los labios.

Salió Trixie a toda prisa, abrió la puerta y bajó los escalones de dos en dos. La luz de la escalera era francamente mala. IHxie falló en el último escalón y dio con su cuerpo en el suelo. Levantóse como pudo y rió entre dientes al imaginar el gesto de resignación que pondría la bibliotecaria.

Encontró la carpeta correspondiente y pasó cuidadosamente los recortes. De repente, unos titulares en los que se mencionaba Killifish Point la llevaron a un artículo de dos años antes. Dos párrafos más abajo llamó su atención el nombre de «Lawrence Krull».

—¡El compañero de Bunker! —exclamó, y empezó a leer:

«Lawrence Krull parece ser la única víctima del accidente de navegación en que se vio implicado el “Kruller”. Nadie sabe cómo Krull, pescador profesional desde hace más de cuarenta años, pudo perder el control de su barca en la tormenta de ayer. Kathleen, su exesposa, afirmó que Krull se dedicaba a cazar

tesoros hundidos, para completar sus ingresos de pesca. Se especula acerca de la posibilidad de que el bote estuviese excesivamente cargado para poder hacer frente al temporal».

—¡Qué fascinante! —murmuró Trixie. Repasó la carpeta en busca de más información sobre el accidente.

—¿Puede saberse qué estás haciendo?

Esta vez, el sobresalto de Trixie fue tan grande que se le cayó la carpeta, esparciéndose por el suelo los recortes. Se inclinó para recogerlos, quejándose.

—Brian, ¿por qué tienes que llevar esas zapatillas tan silenciosas? ¿Es que quieres que me dé un infarto? ¿Qué te he hecho yo para merecer esto?

Brian se agachó y se puso a ayudarla.

—No estabas en la puerta de la biblioteca, como convinimos. Tú eres la que me soliviantas y me intranquilizas… Creo que deberían catalogarte y ficharte en la sección de «hermanas perdidas y no encontradas».

—Muy divertido —dijo Trixie.

—Y cuando fui a la bibliotecaria —siguió Brian— me preguntó si mi hermana era una chica rubia, de pelo rizado y muy charlatana. Entonces yo dije: ¡Ésa es Trixie!, y me mandó aquí abajo.

—Pues ella habló tanto como yo.

—Pero probablemente más bajito —dijo Brian—. Bueno, tenemos que irnos. Vamos a llegar tarde a cenar.

—Desde que saliste del hospital estás hambriento —observó Trixie, mientras se encaminaban al cacharro de Brian—. Más que Mart.

Brian se rió por lo bajo mientras abría la puerta a Trixie.

—Me imagino cómo sería el apetito de Mart si estuviese en mi lugar, convaleciente de envenenamiento.

—Pero ya te has recuperado, ¿no? —preguntó ansiosa.

—Completamente —asintió Brian alegre—. Acabo de ver al doctor Ferris y me ha dicho que estoy como nuevo. ¡Así, como suena! No quedó muy convencido de mi buen juicio cuando le hablé del salvamento de Ken y Cari, pero afirmó que no me había perjudicado nada.

—Claro que no —dijo Trixie—. Salvaste a aquellos muchachos, eso fue todo.

—Bueno, además, tengo noticias aún mejores —añadió Brian.

Incluso a la tenue luz del alumbrado público, Trixie supo que sus ojos brillaban.

—¡Cuéntame, cuéntame! —suplicó impaciente.

—Bueno, discúlpame por haberte hecho esperar, pero me han puesto un sobresaliente en la prueba de química de esta semana.

—¡Eso es estupendo!

—Y la señora Cowles nos ha dicho a Loyola y a mí que, basándose en lo que hasta el momento conocen de nuestro proyecto, el Comité de Conservación ha decidido por fin otorgarle a la escuela el dinero necesario para el laboratorio flotante. Será una cantidad pequeña la que recibiremos ahora, pero el resto es sólo cuestión de tiempo.

—¡Felicidades! —exclamó Trixie—. Apuesto a que eso hace que te sientas extraordinariamente bien. Y eso me recuerda… ¿Qué te parece si voy con vosotros después de clase a Killifish Point? Quiero

ver si está allí Thea, para contarle lo que he encontrado.

A continuación, le dijo lo que había leído sobre los tiburones.

Brian quedó pensativo.

—Yo que tú no lo haría, Trixie. En primer lugar, no voy a ir al río. Además, mañana por la noche es el Halloween; nos esperan los Bob-Whites, no lo olvides. Por otra parte, está clarísimo que Thea no tiene ninguna intención de consultarte para su libro. Si hay algo evidente, es que hace cuanto puede para evitar hablar contigo.

—Ya lo sé, pero…

—Parece que aprecia mucho su intimidad —siguió él—. Recuerda, tuve que montar un número para que me dejase arreglar el coche. Sea como sea, Trix, creo recordar una conversación que tuvimos no hace mucho a propósito de que puedes hacer daño a la gente cuando te precipitas. Y me parece que, en este caso, harías daño a Thea.

Trixie enmudeció, recordando cómo había ofendido recientemente a otra persona.

—No es por cambiar de tema —siguió Brian—, pero se me olvidó decirte que Loyola y yo vimos ayer otra vez a Bunker.

—¿Sí?

—Lo vimos en su barca, justo frente a Killifish Point. Me pareció que estaba recogiendo a dos personas del agua. Miramos atentamente, pero no parecían Ken y Carl esta vez.

Trixie siguió charlando con Brian hasta llegar a casa, pero su cerebro estaba dándole vueltas a las últimas noticias. *Bueno, por lo menos, hoy he aprendido dos lecciones* —decíase en silencio—: *La primera es que Pat Bunker, según parece, ha colaborado en el salvamento de dos náufragos; la segunda, que, por lo visto, lo que vi antes de la tormenta el otro día fue, después de todo, una serpiente de verano*.

Vuelve la pesadilla • 13

—A lo mejor, Thea también ha visto serpientes de mar lo mismo que tú —bromeaba Honey en el autobús, volviendo a casa desde la escuela al día siguiente. Charlaba con Trixie, que le había contado sus pesquisas en la biblioteca.

—No hables tan alto —musitó Trixie—. No quiero que nos oiga Brian. Cree que me ha convencido de que no vuelva a ver a Thea, y no sabe que yo tengo otros planes. Y, de todos modos, yo no he dicho que Thea haya afirmado que los vio. Lo único que dijo es que alguien había visto uno en el Hudson hacía un año. ¿No recuerdas? Estabas conmigo cuando lo contó.

—Sí, lo recuerdo —dijo Honey con una expresión de perplejidad en sus ojos color avellana, al mirar a Trixie—. Pero estoy segura de que tiene que haber alguna explicación…

—Probablemente —asintió Trixie—, pero ¿no crees que deberíamos decirle a Thea lo que he leído en la biblioteca? ¿No te molesta que pueda incluir en su libro datos falsos de nuestro río? Bueno, a mí me molesta mucho y creo que deberíamos hablar con ella hoy, Honey. Piensa en ello —la voz de Trixie adquirió solemnidad—. Piensa en ello, se trata de hacer algo en honor de la verdad, en nombre de la investigación fiel.

—Tengo que decir dos cosas, Trixie Belden. Una es que si dedicases tu entusiasmo a la «investigación fiel», tus ejercicios escolares serían inmejorables; en segundo lugar, esta noche celebramos el Halloween, por si lo has olvidado. Por lo tanto, tal vez no podamos hablar hoy con Thea.

—Ignoraré tu primera observación —repuso Trixie, haciéndose la ofendida—. Y en cuanto a la segunda, ¿cómo podría olvidar la fiesta, si me he pasado toda la semana estrujándome el cerebro para decidir qué vestido me voy a poner? Mart sugirió que fuese de Sherlock Holmes, pero eso resulta muy complicado y, además, probablemente estaría muy rara con la pipa. Mart está montando un verdadero espectáculo. Se encierra en su cuarto cada dos por tres para trabajar a gusto en su disfraz. Pero a lo que iba: la fiesta es dentro de un par de horas, tenemos tiempo de sobra.

—¿Tenemos? —repitió Honey.

—Me bajo contigo en Manor House —propuso Trixie—. Después vamos a ver a Thea, le decimos lo que tenemos que decirle y ¡zas!, de vuelta a casa, con tiempo suficiente para arreglarnos. Y estoy segura de que, como de costumbre, serás la más bella de la fiesta.

—Y yo voy a ignorar esa observación —dijo Honey con desparpajo, añadiendo con un suspiro—: ¿Por qué siempre me toca a mí?

Trixie se puso en pie y cogió el brazo de Honey con la mano que le quedaba libre.

—¡Vamos, que hemos llegado a nuestra parada! —y por encima del hombro añadió—: Porque eres mi socio, ésa es la razón.

Siguiendo a Trixie, Honey puntualizó:

—No, porque estoy loca.

Las dos amigas se bajaron del autobús en Glen Road con Jim, que iba a Manor House. Aceptó llevar los libros de las dos y pareció satisfecho con la promesa que le hicieron de estar de vuelta pronto.

Les costó varios minutos llegar a la zona donde habían visto a Thea la vez anterior. Pero por allí no había rastro alguno de la escritora, hasta que las dos chicas descendieron la mitad de la pendiente hacia el río. Thea estaba exactamente en el mismo sitio: sentada en una gran roca, de cara al agua.

En cuanto la vio, Trixie murmuró dirigiéndose a Honey:

—¿Te imaginas lo aburrido que tiene que ser el libro de Thea? Siempre está mirando el mismo lugar del río.

—Sí, pero es una parte muy bonita —añadió Honey. Al aproximarse, silbaron fuerte, para que Thea no se asustase esta vez con su presencia.

Thea volvió la cabeza al momento, vio a las dos chicas y pareció más irritada que asustada. Estaba leyendo un libro, un volumen grande, encuadernado en rojo.

Conforme avanzaba, Trixie pensó para sí: *En cuanto note que Thea se molesta por nuestra visita, la dejaremos en paz*. Naturalmente, en cuanto empezó a hablar con ella, su bienintencionada resolución se borró de su mente.

—¡Hola! —dijo Trixie—. Hemos cumplido nuestra promesa de no asustarte.

—Gracias —contestó Thea secamente—. ¿En qué puedo seros

útil hoy? —y diciendo esto, colocó el libro a su espalda, de modo que Trixie no pudiese ver el título.

Trixie decidió ir directa al asunto. Pero, conforme narraba los descubrimientos hechos en la biblioteca sobre los tiburones, iba observando que Thea parecía cada vez más molesta. *Bueno, a nadie le gusta que le digan que no tiene razón* —pensó Trixie.

—No es que no creamos lo que nos dijiste —se apresuró a decir Trixie—; es que alguien nos dio una información diferente y…

—¿De veras? —preguntó Thea con una indiferencia que rayaba en la descortesía—. Entonces, tal vez os dijera también algo sobre la inconveniencia de buscarme.

—Bueno, no he querido decir…

Honey se adelantó.

—Es muy agradable estar aquí charlando contigo —dijo de repente, más seca de lo que nunca la había visto Trixie—, pero tenemos una fiesta dentro de un rato, así que hasta la vista, Thea —y sin darle a Trixie tiempo para añadir nada de su cosecha, la cogió del brazo y, literalmente, la arrastró a la parte superior de la orilla.

—Que lo paséis bien —dijo la escritora, con un resto de sonrisa en su boca.

En cuanto estuvieron lejos de Thea, lo suficiente para que ella no las oyera, Trixie preguntó:

—¿Puede saberse a qué se debe esa reacción tan violenta?

—¡Eres una cabezota, Trixie Belden, total y absolutamente cabezota! —Honey se le enfrentó, con las mejillas rojas de ira.

—¿Yo? —preguntó Trixie un poco achantada—. Pero, el libro de Thea…

Honey cerró los ojos e insistió:

—¡No tienes arreglo! ¿Qué te hace pensar que su libro nos importa algo? ¿Nos ha pedido ayuda alguna vez? ¡No! ¿Ha reaccionado favorablemente ante cualquiera de los cables que le hemos echado? ¡No! Trixie, no puedes ir por la vida diciendo a los desconocidos cómo tienen que actuar.

—Me… me parece que eso era lo que Brian intentaba decirme —repuso Trixie con un hilo de voz. Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y miró al suelo.

Honey se acercó a su lado y apoyó una mano en su hombro.

—Bueno, se acabó —dijo Trixie por último—. La próxima vez

que vea a Thea, si es que alguna vez vuelvo a verla, me disculparé por ser tan bocazas. Lo prometo, Honey. Pero ahora lo importante es que no lograremos ser las bellas del baile si no nos damos prisa.

Honey sonrió, y las dos amigas emprendieron el regreso a Killifish Road. Honey iba unos pasos delante, cuando a Trixie se le ocurrió volverse para echar una última mirada al Hudson. Se quedó clavada en el sitio.

—Ho… Honey —musitó.

—¿Qué pasa aho…? —Honey miró por encima del hombro, sonriente. Una mueca de susto tomó su semblante mientras corría adonde Trixie estaba.

Entonces Honey lanzó un agudo chillido.

¡Surcando las azules aguas del Hudson asomaba una negra aleta triangular! Mientras las dos amigas, presas de pánico, se abrazaban, la aleta viró lenta hacia la derecha. Desapareció y después volvió a aparecer, esta vez hacia la izquierda.

—Tenías razón —fue todo lo que Honey pudo decir—. Trix, ¡la has tenido todo el tiempo!

Trixie estaba demasiado atónita para sentirse feliz por aquel repentino voto de confianza.

—No lo entiendo —se limitó a decir, acercándose más al talud.

—No quiero entenderlo —afirmó Honey—. ¡Mira! Se mueve en círculos como si… como si fuese el amo del río o algo así. Es horrible… Parece que se acerca… ¿Qué vamos a hacer, Trixie?

—Bueno, por el momento creo que aquí estamos a salvo —opinó Trixie—. Lo lamento, no quiero parecer estúpida… No sé qué hacer, estoy tan confusa como tú… —de repente se irguió y lanzó una mirada desafiante a Honey—. Bueno, creo que podemos hacer una cosa: volver adonde está Thea y disculparnos por haber dudado de ella.

Ante su sorpresa, Honey aceptó inmediatamente.

—Tienes razón —dijo—. Le debemos una disculpa. No es de extrañar que estuviese tan molesta cuando le contaste lo de la biblioteca.

—Vamos allá —dijo Trixie, reanudando el camino hacia la piedra de Thea.

Bajaron lo más rápidamente que pudieron y corrieron a la roca que, al parecer, era el lugar favorito de la escritora para inspirarse.

Incomprensiblemente, no estaba allí. Thea había desaparecido. Las dos amigas otearon en todas direcciones, pero no encontraron ni rastro de ella; sólo el libro rojo sobre la hierba.

Con curiosidad, Trixie se agachó y lo recogió. Un segundo después se lo mostraba a Honey, con expresión de sorpresa.

—¡Después de todo, temamos razón! —exclamó—. ¿Recuerdas que bromeábamos diciendo que Thea leería «Alicia en el país de las maravillas»? Pues ahí lo tienes…, era verdad.

—Qué coincidencia —se maravilló Honey examinando el libro, ilustrado con hermosos grabados.

Trixie observó la página que, al parecer, estaba leyendo Thea. Era un poema, enmarcado en lápiz rojo. Al verlo, Trixie se puso una mano en la boca para ahogar un grito, y a continuación leyó en voz alta, con creciente horror:

¡Qué lindo el cocodrilito,
mueve su brillante cola
y filtra el agua del Nilo
en cada escala dorada!

¡Qué alegremente parece retozar,
con qué limpieza abre las fauces,
y acepta los pececillos
con rientes mandíbulas!

—¡Qué extraño… Está leyendo lo de las mandíbulas justo cuando aparece un tiburón! —Trixie miró a Honey—. Ahora —dijo triunfante—, ¿no estás de acuerdo conmigo en que Thea van Loon es misteriosa?

Crecientes sospechas • 14

HONEY estaba a punto de exponer su desacuerdo, cuando Trixie observó algo más.

—Y mira lo que usa como marcador: es un recorte de periódico, de un artículo de Poughkeepsie —Trixie lo leyó rápido—. Habla de una pareja retirada… y de cómo encuentran una fortuna en oro en su jardín… lo bastante para poder pasar sin apuros el resto de sus días. Dime, Honey, ¿no es ésta la cosa más misteriosa…?

Honey parecía dudar.

—Bueno, puede ser un poco extraño —hasta ahí llegó su asentimiento—. Pero no sé qué tiene que ver Poughkeepsie con esto. Vámonos, Trixie, lo que estamos haciendo es entrometemos en sus asuntos…

—¡No estamos entrometiéndonos! ¡Vaya! Estoy pensando algo terrible. ¿Recuerdas cuando Juliana, la prima de Jim, se cayó desde el acantilado y tuvimos que ir a rescatarla? Acuérdate de que también Juliana dejó un libro. Y era de poemas, me parece. Y por él supimos que estaba en apuros. Honey, ¿crees que Thea intenta decirnos algo, al dejar este libro aquí?

—No —repuso Honey—. Después de todo, Thea apenas nos conoce y me parece que prefiere seguir así —miró al frente, hacia el agua.

El movimiento de Honey le recordó algo a Trixie, algo que había dicho Thea.

—Nos dijo que tenía miedo al agua —comentó—. Tal vez se haya caído… —temerosa de acabar la frase, Trixie se acercó al borde de la roca, para unirse a Honey.

Ésta casi pierde el equilibrio; se agarró a Trixie, y ambas quedaron bamboleándose. Por fin Honey dio una zancada hacia la hierba.

—Vámonos de aquí —dijo nerviosa—. Estoy segura de que Thea no se ha caído al agua, y a este paso llegaremos tarde a la fiesta. Si eso te tranquiliza, puedes llamar al sargento Molinson desde mi casa e informarle de la desaparición de Thea. Recuerda que es mayor de edad y esto no es asunto nuestro; es muy dueña de darse

un paseo.

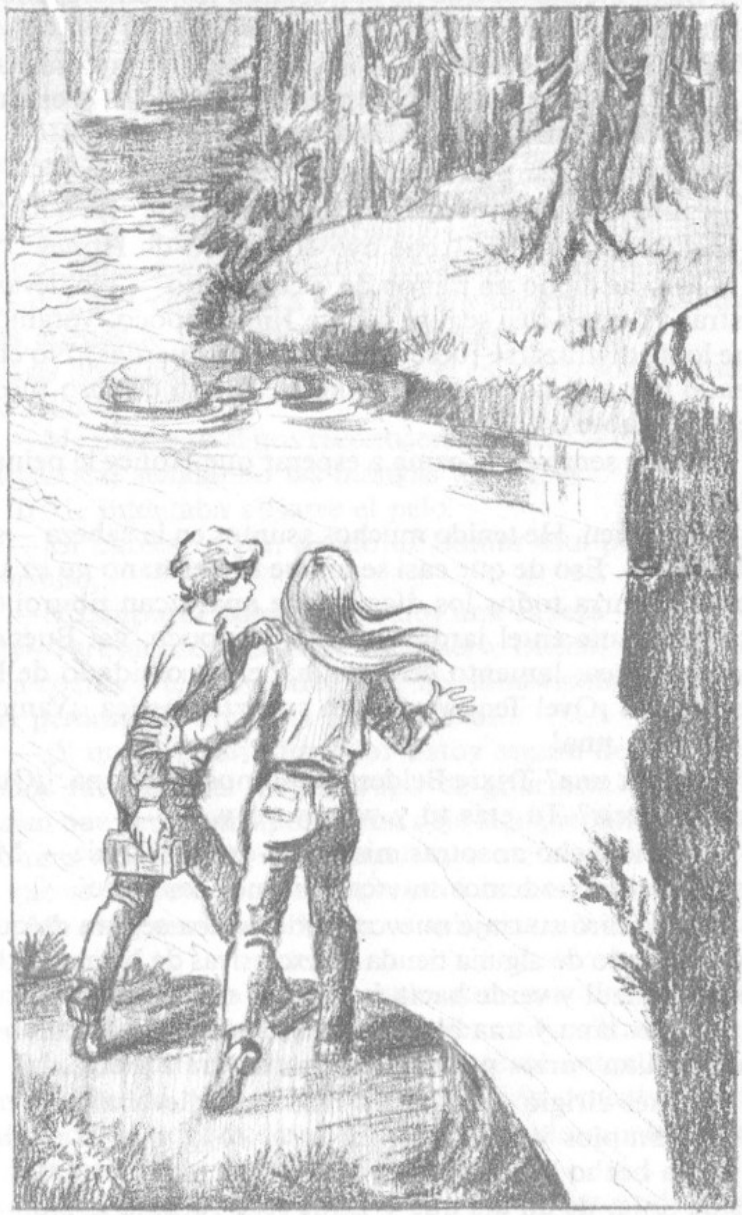
—Bueno, está bien —dijo Trixie de mala gana, volviéndose para seguir a Honey—. Pero me llevo el libro de Thea.

—¿Por qué? —preguntó Honey—. ¿Para que te acuse de robo, además de intromisión?

Trixie se sintió incómoda.

—No estoy segura de por qué, pero de este modo nos sentiremos protegidas.

—No hay nubes —contestó Honey mirándola por encima del hombro—. En realidad, es muy probable que tengamos luna llena. ¿Qué más se puede pedir para la noche de Todos los Santos?



—Bien, me parece que no se quejarán los hombres-lobo —bromeó Trixie.

Ya en Manor House, las dos chicas subieron derechas al cuarto de Honey para refrescarse. Trixie entró en el cuarto de baño de Honey para lavarse la cara.

Mientras elegía una toalla rosa, preguntó:

—Honey, ¿cuál es tu disfraz para la fiesta de esta noche?

Incluso desde allí, Trixie oyó el suspiro de Honey.

—Te lo he dicho un millón de veces —dijo—. No llevaré disfraz. Y estoy casi segura de que Jim tampoco. Votamos que lo de disfrazarse fuese voluntario, ¿recuerdas? No entiendo por qué no votamos también que tu cerebro fuese desconectable.

Trixie se sentó en la cama a esperar que Honey le peinase el pelo.

—Está bien. He tenido muchos asuntos en la cabeza —se disculpó—. Eso de que casi se muere tu hermano no es algo que ocurra todos los días; y que aparezcan tiburones prácticamente en el jardín de casa, tampoco, y… Bueno, sea como sea, lamento de veras haberme olvidado de lo que dijiste. ¡Oye! Tengo una idea superfantástica. ¡Vamos a ser cada una!

—¿Cada una? Trixie Belden, ya somos cada una. ¿Qué quieres decir? Tú eres tú y yo soy yo y…

—No he dicho nosotras mismas —explicó Trixie—. Me refiero a que podemos intercambiarnos los trajes.

Honey miró su traje nuevo; Trixie estaba segura de que había llegado de alguna tienda de exclusivas de Nueva York. La falda azul y verde hacía juego con un chaquetón azul marino de lana y una blusa blanca. De una de sus muñecas pendían varias pulseras de oro de gran precio.

Después dirigió su mirada a Trixie, que llevaba unos vaqueros limpios y cómodos. El jersey rojo, que su madre le había hecho hacía un año, presentaba algunas manchitas de tinta, de un día que a Trixie se le rompió la pluma.

—No está mal —dijo Honey—. Aunque no estoy segura de que la talla del vestido…

—¡Qué delicada eres, al insinuar que te voy a estallar las costuras! Bueno, probémoslo.

Trixie pudo meterse en las ropas de Honey, pero, como ésta era

más alta, la falda le llegaba casi hasta los pies, como a las monjas; el chaquetón le venía larguísimo y las mangas de la blusa le tapaban los dedos. Honey, por su parte, parecía una salchicha, embutida en unos pantalones que no alcanzaban a los tobillos y un jersey cuyas mangas apenas le llegaban a las muñecas.

Las dos amigas se miraron en el espejo y soltaron una carcajada.

—Me pregunto si nos reconocería alguien —dijo Honey sarcástica, señalando las mangas del jersey.

Trixie intentaba alisarse el pelo.

—¡Si hubiese algún medio de domar esta pelambrera! —gruñó.

—No importa mientras seamos una cabeza —dijo Honey—, si comprendes a qué me refiero. Bueno, voy a bajar a la cocina a terminar de hacer los sandwiches. ¡Mart no me perdonaría nunca si no los llevo!

—¿Y quién podría hacerlo? Estoy segura de que entre todos formarán el mejor grupo de gourmets. Le pedí a Brian que llevase mi aportación: dejé algo preparado. ¿Puedo usar el teléfono? Me gustaría que me viera el sargento y que se convenciera de que eras tú la que llamaba, y no yo. Me da la sensación de que tú hallarías una acogida más calurosa…

Honey movió la cabeza expresando sus dudas, deseó suerte a Trixie y bajó por la escalera alfombrada.

Trixie fue al teléfono, preparándose de antemano para una respuesta agria. Debido a su afición detectivesca, su camino y el del sargento se habían cruzado muchas veces y raramente con agrado del policía.

Bueno, esta vez no «interfiero» en los asuntos de la policía —pensaba Trixie mientras contenía el aliento al marcar el número, que ya le era familiar—. *Lo único que hago es informar de que se ha perdido una persona.*

Pero incluso eso resultó poco grato para el sargento.

—Ya tengo bastante trabajo real en mis manos —le contestó agriamente en cuanto acabó de hablar—; no necesito jugar al escondite con tus amigos.

—No se trata de una amiga —dijo Trixie—. Simplemente me preguntaba si tendría usted alguna referencia de ella o información en sus archivos…

—¿Y por qué habríamos de tenerla? No hay indicios,

antecedentes, ni nada parecido que pudiese alertar a la policía. Probablemente será una pacífica ciudadana que habrá vuelto a sus negocios, y eso es un comportamiento mucho más normal de lo que se puede decir de ciertas personas.

Trixie se mordió los labios.

—Bueno, entonces tal vez pueda rellenar uno de esos formularios de personas desaparecidas.

—Tomaré nota de tu llamada —respondió enfadado—, pero no voy a hacer nada hasta mañana. Y seguro que tu amiga, o enemiga, o lo que sea, habrá regresado antes. ¿No tiene parientes con los puedas ponerte en contacto, si es que tanto te preocupa?

—Sólo conozco en la ciudad a una amiga. Podría llamarla, supongo.

—Estupendo —dijo el sargento—. Hazlo así. Buenas no…

—¡Ah, sargento! Ahora que hablo con usted —Trixie hizo una pausa, temiendo su reacción inmediata—, recuerdo que quería informarle de otra cosa. Eh… quería decir que, eh…, hay un tiburón en el Hudson, frente a Killifish Point.

Siguió un silencio tan prolongado que Trixie creyó que la línea se había cortado.

—¿Oiga? —gritó.

—Sabía que debía haber colgado —dijo el sargento, distante como si hablase con alguien, además de Trixie—. Los días de fiesta recibimos las llamadas más absurdas…

—¡No es una broma! —gritó Trixie—. Y no soy ninguna mentirosa…, no tiene más que preguntárselo a Honey Wheeler. Ella lo vio una vez, y yo dos.

—Me sorprende que no lo hayas arponeado todavía —respondió sarcástico el sargento.

—Sargento Molinson —dijo, haciendo acopio de toda la dignidad de que fue capaz—, estoy hablando en serio.

—Déjalo, señorita Belden. Todos sabemos que no hay tiburones en el río.

—Eso era lo que yo creía también, hasta que lo he visto hoy por segunda vez.

—¿Sabes una cosa? —siguió el sargento—, tienes una imaginación calenturienta. Febril, me atrevería a decir, para definirla bien.

—¡Sargento!

—Muy bien, muy bien. Tomaré nota y la archivaré junto con la otra, hasta que decida qué acción emprender. Mientras tanto, si se te ocurre alguna otra cosa de la que yo deba tomar nota, olvídala hasta mañana, por favor. La noche de Todos los Santos suele ser muy movida en la comisaría. Y ahora, ¡buenas noches!

El teléfono dio un chasquido en el oído de Trixie. Posó las manos en sus coloradas mejillas e hizo un esfuerzo para no prorrumpir en quejas y lamentos. Después tomó la guía telefónica y buscó en ella el número de Loyola.

Resultó que Loyola había quedado a cenar con Thea aquella noche, pero ésta había cancelado la cita.

—De todos modos, me viene bien —dijo Loyola—. Tengo mucho que hacer esta noche.

Trixie evitó una exclamación de asombro ante la perspectiva de estudiar esa noche.

—¿Dijo Thea por qué no podía ir contigo?

—Bueno, sí, dijo que tenía que comprobar varias cosas a última hora en el río, y que después se marcharía de Sleepyside —a Loyola, por su voz, se la notaba desorientada—. Daba la impresión de que tenía mucha prisa por salir de la ciudad. No quiso contestarme cuando le pregunté por qué.

—Qué misterioso —murmuró Trixie.

—Bueno, no me preocupa mucho. Francamente, creo que nuestra amistad —lo que quedaba de ella— ha muerto. Ha estado muy rara desde que llegó a Sleepyside. No creo que quiera volver a saber nada de mí nunca más.

Precisamente en ese momento llegó Honey ante Trixie haciendo vigorosos movimientos ondulantes que le daban un aspecto más cómico aún.

—Tengo que marcharme, Loyola —dije Trixie con prisa—. Feliz noche o, mejor, feliz estudio.

Después de colgar, Trixie miró a Honey y dijo:

—¿Nos vamos, «Boney Treeler»?

—¿Cómo dices?

—Es un juego de palabras —dijo Trixie orgullosa, y añadió a continuación—: Algo así como lo que hemos hecho nosotras cambiando nuestros vestidos. Ahora yo soy algo parecido a «Whixie

Helden».

—Pues vámonos —dijo Honey, tirando de Trixie hacia abajo—, antes de que te pongas orgullosa. ¡Vamos!

—¿No esperamos a Jim?

—Ya se marchó hace milenios. Toma, coge este capacho, ¿quieres?

Caía ya la noche cuando las dos amigas salían de Manor House. La luna llena proyectaba sombras muy nítidas en la finca de los Wheeler.

—Necesitamos linternas —comentó Trixie.

—Hay un par de ellas, muy buenas, en nuestra caja de herramientas —dijo Honey, que desapareció, volviendo unos segundos después con ellas.

Mientras caminaban hacia la sede del club, Trixie le contó a Honey las dos llamadas telefónicas. Cada pocos pasos teman que detenerse para mantener intacta la falda de Honey, evitar caerse, dirigir la luz de las linternas y conservar el capacho sin derramar su contenido.

—A esta velocidad no vamos a llegar nunca —se quejó Honey.

—Hago lo que puedo, Honey. Por cierto, cada vez sospecho más de Thea. Me pregunto si no ocultará algo en el río.

—No tienes prueba alguna de eso.

—Hablas como el sargento. Y yo, aunque no lo creas, tengo mis pruebas. Vamos a expresarlo de otro modo: tengo una corazonada y, como sabes muy bien, a veces mis corazonadas…

—¿Podemos seguir hablando de esto más tarde? —suplicó Honey—. De veras, no puedo concentrarme en nada… —una ruidosa exclamación interrumpió su frase.

—¡Vaya! ¿Qué pasa? —preguntó Trixie—. ¿Has visto un ratón de campo? ¿O una serpiente de cascabel?

Muda, Honey señaló delante con la linterna. Trixie siguió la luz con la vista y dio un respingo.

En la penumbra del camino se atisbaban dos formas oscuras. La menor de ellas no se distinguía, pero la mayor sí. Incrédula ante lo que le mostraban sus ojos, Trixie enfocó su linterna para verlo mejor.

Tenía más de un metro de longitud y una forma parecida a la de un torpedo, y era negro. ¡Sobre el centro de su cuerpo se recortaba

una aleta triangular! Trixie dio un paso atrás, y después otro, y otro. Entonces se percató de que aquella forma, mejor dicho, las dos… ¡se movían!

UNA VOZ FAMILIAR relajó los nervios de Trixie.

—Dale a las bielas, Di —decía—. Sólo una llegada espectacular puede impresionar a Trixie y a Honey.

—¡Mart Belden! —gritó Trixie.

Las figuras de los «tiburones» se volvieron amenazadoras hacia Trixie, descubriendo un par de piernas que salían de unos agujeros.

—Bueno, Di, supongo que podemos considerar que ya hemos llegado —dijo la voz de Mart.

Aún atenazadas por el susto, Trixie y Honey permanecieron quietas junto a las figuras causantes de su terror.

La segunda de éstas, de extrañas plumas, habló quejumbrosamente:

—Bueno, vamos de una vez al club, que estoy a punto de ahogarme. ¡Vaya unas ideas las tuyas, Mart!

—¿He de deducir, por lo oído —preguntó Trixie—, que estas cosas extrañas son vuestro disfraz?

—Muy mañoso, ¿no te parece? —preguntó Mart con retintín—. No es que intentásemos asustaros: sólo se trataba de divertirnos un rato, aunque por desgracia ha sido a costa vuestra.

—Más tosco que mañoso —opinó Trixie mientras el grupo entraba en el club, estupendamente iluminado.

Jim, Dan y Brian, que ya teman todo preparado, observaron con asombro el espectáculo de Mart, embutido en «papier-máché» negro.

—Muchacho, cuando decides hacerte un traje, está visto que no reparas en nada —dijo Dan.

—No os engañáis —dijo Mart, quitándose el disfraz y sentándose. Se alisó el pelo y la ropa—. Le pedí a Mary Brendan, una amiga mía que va a clase de manualidades, que me ayudase a proyectar algo similar a un tiburón, algún escualo. He invertido todo el tiempo libre montando los alambres y recubriéndolos de papel de periódico, allá en mi cuarto, procurando no manchar con la cola y la pintura, para no desatar las iras de mamá. Incluso he investigado largas horas en la biblioteca, con el fin de que el

animalito me saliese lo más real posible.

—Entonces fuiste tú el que dejó aquel montón de libros sobre una mesa de la biblioteca… —intervino Trixie.

—Exacto —afirmó Mart—. Menos mal que no tuve que hacer tantas indagaciones para el disfraz de Di. Mary me ayudó a hacerlo.

Todo el grupo se volvió a Di, ahogando la risa al ver su camiseta cuajada de plumas pardas, blancas y negras a ella cosidas.

—Y tú, ¿qué eres? —preguntó Honey divertida.

Antes de que pudiese responder una sola palabra, Mart aclaró:

—Un «Colinus virginianus», ¿pasa algo?

—¡Yo no soy eso! —protestó indignada Di.

—Ése es el nombre latino de la codorniz, conocida popularmente en estos parajes como «bobwhite» —aclaró Mart—. Eres, pues, la mascota de nuestro club, y muy atractiva, por cierto.

—Mart, eres muy amable, pero a veces tus ideas resultan un tanto estrafalarias —Di sopló sobre las plumas que rodeaban su cara —. Y ahora, sácame de aquí.

Después de que Trixie y Honey la ayudaran, Trixie se volvió a Mart.

—Tú has sido el único de los Bob-Whites lo suficientemente infantil como para disfrazarse en la fiesta… —de repente recordó su vestido, y terminó la frase saliéndose por la tangente—: Bueno, por lo menos Honey y yo vamos vestidas de seres humanos.

—¡Eso es discutible! —saltó Dan.

—No creo que podáis echarme nada en cara si me muero de risa —añadió Di.

—He visto caballos que, vestidos, quedaban mejor que vosotras esta noche —dijo Mart—. Y mi disfraz de tiburón no ha sido en modo alguno una fantasía infantil, Beatrix. Lo único que pretendía con él era quitarte de la cabeza tu mama, y creo que lo he conseguido de un modo admirable.

—Conque tengo manías, ¿eh? Y tú, ¿qué tienes?

—Bueno, bueno —se defendió su hermano—. Antes me has llamado infantil… y me gustaría saber si el hecho de ver tiburones en el Hudson es lo más indicativo del buen funcionamiento mental y la cumbre del razonamiento.

—¡Oh! —exclamó Honey.

Todos la miraron. Ella se puso más roja que un tomate.

—Es que… Es que… yo también lo he visto…

—¡Mira lo que he conseguido! —gruñó Mart.

—Es cierto que lo ha visto —añadió Trixie—. Y ahora tenéis que creerme todos.

—¡De ninguna manera! ¡Yo, no! —empezó Mart alterado.

Brian se adelantó.

—¿Por qué no dejáis para después las consabidas discusiones fraternas y pasamos directamente al punto principal de esta fiesta?

—¡Comer! —alborotó Mart. Ante la hilaridad de todos, se inclinó y extrajo una bolsa con siete mandarinas de un compartimiento secreto del disfraz—. ¡He aquí mi aportación al condumio! —dijo—. Unos cítricos del tiempo.

—Yo también he combinado los mismos colores —aclaró Jim señalando una bandeja de aceitunas negras y trocitos de zanahoria.

—Yo, no —dijo Dan—, pero creí que nadie se fijaría en eso —y desenvolvió una bolsa de papel, llena de palomitas de maíz.

—¡Yam, yam! —exclamó Trixie, sirviéndose el primer puñado. Por las prisas, chocó contra el tiburón de Mart y tuvo que agarrarlo por la aleta para impedir que se cayese al suelo—. ¡Aleta! —exclamó—. Me pregunto…

—¿Cómo la he construido? —adivinó Mart—. Tendré mucho gusto en explicar el asunto. Primero…

—¡No, no! Estaba pensando en la aleta que vi, que vimos Honey y yo. También podría pertenecer a algo que no fuese un tiburón. Tal vez fuera un truco, como esto…

—Esto no es ningún truco —aclaró Di—. Es genuino «paperma…», bueno, lo que dijo Mart.

—Muchas gracias, Diana —se inclinó Mart haciendo una reverencia—. Y, en cuanto a lo que dices, Beatrix, lógicamente tu aleta tiene que pertenecer a algo que no es un tiburón de verdad. Tal vez sea una serpiente de mar…

—Estoy hablando en serio, Mart…

Brian, cuya aportación a la fiesta consistía en naranjada y cubiertos, los miró desde su sitio y atajó:

—No creo que tenga que repetirlo: ¡A comer!

—¡Apoyo la moción! —dijo Trixie, masticando palomitas mientras le echaba el ojo a una ensalada de verduras.

Los Bob-Whites atacaron los sandwiches de Honey como si no hubiesen probado bocado en tres semanas. En un santiamén la mesa quedó arrasada. Entonces Di sacó su postre: cucuruchos de chocolate recubiertos de naranja helada.

Terminada la cena, Mart echó hacia atrás la silla y dijo:

—Muchas felicidades al chef… a los siete.

—Éste es uno de los pocos casos en que la mucha comida no estropea el caldo —añadió Jim.

—Nunca he entendido ese dicho —confesó Di.

—Prueba este otro: Lo poco agrada, y lo mucho enfada.

En medio del alboroto de las múltiples conversaciones cruzadas, Trixie se inclinó hacia Honey y murmuró:

—Voy a dar una vuelta, ¿vienes conmigo?

—¿Qué? ¿Estás loca?

—Sí —contestó Trixie, cogiendo la linterna y el capacho de la merienda—. ¿Vienes o no?

Precisamente en ese momento, Trixie oyó que Mart decía algo parecido a que «Trixie tenía la cabeza llena de serpientes de mar».

Se dirigió a la puerta y anunció:

—Ya he oído bastantes tonterías. Me voy a dar una vuelta —y salió.

Honey miró a los asombrados Bob-Whites. Disculpándose, dijo:

—Bueno, creo que estaremos de vuelta enseguida.

Recogió la otra linterna y corrió a reunirse con su amiga, que ya iba por la mitad de Glen Road.

—¿Qué pasa? —preguntó Honey.

—Necesitaba una excusa para salir —repuso Trixie—, y fue lo primero que se me ocurrió. No te preocupes, regresaremos sanas y salvas, muy pronto.

—¿De dónde?

Trixie no quiso mirar a su amiga.

—Vamos a Killifish Point —dijo sin más—. Loyola dijo que Thea iba a volver al río y que después se marcharía de la ciudad esta misma noche. No querrás que me acuse de haber robado su libro, ¿verdad?

—¿Qué libro?

—Aquel ejemplar de «Alicia en el país de las maravillas». Lo llevo en el capacho.

—¡Oh, Trixie! —Honey la miró por encima del hombro; no era capaz de volver sola al club. Después observó Glen Road, lúgubre a la luz de la luna—. ¿Qué dijiste antes de los hombres-lobo? —gimió.

Trixie la cogió del brazo.

—Vamos a ver si acabamos con esto de una vez —le dijo, acelerando el paso antes de que Honey pudiese protestar.

En realidad, Trixie pensaba que aquélla no sólo era la última oportunidad de devolverle el libro a Thea, sino también de ver qué hacía, si es que hacía algo. Si su corazonada era cierta y había algo

extraño, Trixie estaba decidida a descubrirlo de una vez.

Empuñando las linternas, las dos amigas medio andaban, medio corrían por Glen Road hacia Killifish Road; cuando llegaron, bajaron al río. No vieron ni un coche. Toda la zona estaba envuelta en un silencio que apenas rompía de vez en cuando la caída de una hoja o el canto de un pájaro. A medida que se acercaban al rio, oían más claramente el rumor del agua.

—¿Dónde vamos a buscar? —murmuró Honey.

Asombrada, Trixie repuso:

—¡Claro! Me parece que estoy más nerviosa de lo que creía. Empezaremos por su sitio favorito.

Bajaron con cuidado la empinada cuesta hasta llegar a la peña donde habían encontrado a la escritora las dos veces anteriores. Pero esta vez no estaba allí. Trixie observó unas luces que parpadearon en la orilla opuesta durante un instante, preguntándose dónde podrían seguir buscando.

Honey se inclinó un poco para ver la orilla de su lado.

—Me… me parece que he visto unas luces —dijo no muy convencida.

Trixie también las había visto.

—Muy bien, Honey. Vamos allá.

Con un suspiro, siguió ésta a su amiga, subiendo primero y bajando después hacia la rocosa orilla, en dirección a las luces, que desde allí quedaban ocultas. Incluso con las linternas y la luz de la luna, las chicas tropezaban tan a menudo con las piedras, que su avance era muy lento. Finalmente llegaron a un promontorio desde el cual se veían otra vez las luces. Frente a ellas había una larga pendiente y un llano, seguido de otra pendiente. En ésta se veía cierta actividad; en esa zona, el acantilado que sobresalía del agua era muy bajo. Junto a varias luces, Trixie distinguió una figura que se movía.

—Debe ser ella —murmuró, y dio un paso adelante.

Honey agarró a su amiga por un brazo, al acercarse al borde de la plataforma. Estaban lo bastante cerca; comprobaron que la figura era realmente Thea. De repente, ésta las vio. Al principio pareció enfadada, en opinión de Trixie, pero casi instantáneamente sonrió y se acercó a ellas.

Metiendo la manó en el capacho, Trixie dijo:

—¡Hemos venido a traerte el libro!

—¿Cómo?

Trixie le tendió el volumen:

—Tu «Alicia en el país de las maravillas».

Trixie creyó oír una risa seca y unas palabras ininteligibles por parte de Thea.

—¡Anda! Me pregunto si hay alguien con ella —dijo a Honey según se acercaban al final de las rocas.

Trixie se dio cuenta demasiado tarde de que aquellas rocas ocultaban todo un mundo de actividad. Allí estaba el coche plateado de Thea, frente al río… y dos hombres-rana con sus trajes de goma negra, chorreando…

Antes de que pudiese averiguar nada más, alguien se acercó. Las dos chicas se sintieron atrapadas de repente en una red de pesca grande y fuerte. El libro de Thea se le cayó a Trixie de la mano. Honey gritó, pero su amiga estaba demasiado confusa para emitir sonido alguno. La red, a todo esto, se iba apretando cada vez más.

—Ya me habéis molestado bastante, mocosas —gruñó Thea con gesto venenoso.

Trixie apenas podía dar crédito a aquello. ¿Qué pasaba? Luchó por mirar a su alrededor, pero la red le obligaba a estarse quieta. Los dos buceadores tiraban de los extremos. El de bigote quedó justo frente a Trixie. Del empapado traje salpicaron algunas gotas a la chica.

—Muy bien, muchachos —dijo Thea—; podéis llevar al coche la última pesca.

Los dos hombres levantaron la carga y la colocaron en el asiento trasero del coche plateado. Trixie y Honey se retorcieron y forcejearon, sin éxito. Cuando iba a cerrarse la puerta, Trixie observó otra figura de pie, allí cerca. Era Pat Bunker, y miraba con expresión de asombro.

Uno de los hombres-rana dijo algo que Trixie no consiguió entender. Se abrió la puerta delantera del coche. Trixie giró hasta que reconoció la espalda de Thea en el asiento del conductor. El motor se puso en marcha.

—No os preocupéis —dijo Thea con otra sonrisa maligna—. Este coche me ha prestado buenos servicios pero ya no resulta de utilidad. Encontraremos otro esta noche. Ahora, alcánzame aquella

piedra grande, para que pueda colocarla sobre el acelerador.

El motor empezó a rugir. Thea salió del coche. Trixie oyó cómo metían una marcha; a continuación se cerró la puerta delantera. El coche se puso en movimiento… ¡sin conductor! Lo siguiente que oyó fue un gigantesco chapuzón y un grito de Honey, el más fuerte que Trixie había oído en su vida.

Peligro en el Hudson • 16

GLU… GLU… GLU… El coche hacía unos ruidos extraños, burbujeantes, mucho más terribles que los gritos de Honey.

—Estamos muertas —gemía—. Nos ha tirado al río en el coche. ¡Vamos a hundirnos!

—¡Honey! —Trixie le hablaba con dureza—. No le será tan fácil deshacerse de nosotras. Ahora, cálmate, mientras pienso cómo salir de aquí —Trixie no tenía ni la menor idea de dónde le venía aquella voz tranquila, porque estaba tan asustada como su amiga.

Intentó levantar un brazo, pero comprobó que sus movimientos seguían siendo bastante limitados.

—Lo primero que hay que conseguir es aflojar la red —dijo con determinación—. Vamos a ver si puedes soltar tu extremo.

Tirar de la cuerda no servía de nada, como comprobó pronto Trixie. Decidió ahorrar esfuerzos y emplear la maña para desasirse.

Su decisión resultó útil. En cuestión de segundos localizó los extremos de la red, bastante flojos, deshizo el nudo y quedó libre.

Revolviéndose en el asiento, liberó a Honey.

La agarró por los hombros.

—¡No hay tiempo para lamentaciones, frenemos que actuar deprisa! Recuerdo que Brian, o tal vez Mart, dijo algo de que los coches tardaban en hundirse varios minutos… Eso dijo… —de repente observó el agua, que empezaba a subir de nivel—. Bueno, a ver si consigo recordar qué más dijo…

—¡Trixie!

—Estoy pensando —se levantó y echó una mirada hacia el asiento delantero. Se inclinó más y exclamó—: ¡Oh! Honey, mira… ¡tiburones!

—¡Dónde! —gritó histérica ésta.

—Tranquila, no son tiburones, son aletas. Mira… Aquí, Honey, hay un par de aletas de plástico negro. ¿De dónde las habrán sacado? ¡Justo cuando empezaba a sospechar que quizá fueran falsos! Honey…, me parece que estoy a punto de resolver este caso. ¡Bunker! Y el buceador del bigote…

Pero la interrumpió Honey muy malhumorada.

—¿No sería mejor que recordaras la manera de salir del coche? ¡Tiempo tendrás de resolverlo cuando estemos a salvo!

Por esta vez, Trixie estuvo conforme. El agua Ies llegaba ya por las rodillas. Aparentemente, el morro del coche se hundía con más rapidez que la parte de atrás.

—Hay dos métodos —dijo lentamente, intentando recordar todo lo que había dicho Brian—, y uno de ellos no sirve si el agua ya ha llegado a las ventanillas; el otro… Rápido, Honey, ¡baja la ventanilla!

—¿Estás segura…?

Trixie asintió con la cabeza.

—¡No es momento de discutir! ¡Baja la ventanilla! Nos veremos fuera.

Y diciendo esto, Trixie empezó a bajar su ventanilla, e intentó salir por ella. Pero aquello era más difícil de lo que esperaba; lamentó llevar los incómodos vestidos de Honey, en lugar de sus vaqueros. *Bueno, esto es lento* —pensaba, balanceándose en la ventanilla, apoyada en el estómago—. *Debería haberme quitado la falda, pero ya no hay tiempo*.

Con un esfuerzo final, se encontró en las frías aguas. Jadeando, empezó a chapotear.

Aunque había conseguido salir del coche, Trixie se encontraba tan asustada como antes. Gemía, viendo las luces de la orilla. El coche había caído al agua más lejos de tierra de lo que ella esperaba. Era imposible que pudiese nadar tanto…; incluso Honey tendría dificultades para lograrlo. Sintió que aquel viernes era el más largo de toda su vida.

Nadó hacia la trasera del coche, y casi alcanzó a Honey en una de sus brazadas.

—¡Lo liemos conseguido! —dijo Trixie.

—Sí… pero ¿qué vamos a hacer ahora? —a la luz de la luna, Trixie observó la cara de Honey, crispada y pálida—. No sé si llegaremos a la orilla.

El corazón de Trixie dio un vuelco.

—¿No podrás? —dijo asustada. Se apoyó en la parte trasera del coche, pensando ahorrar fuerzas mientras éste se mantuviese a flote.

—Y, además, los vaqueros me estorban —se quejó Honey; le

castañeteaban los dientes—. Sólo puedo mover las piernas la mitad de lo normal.

—Lo supongo. Cuánto siento haber tenido la horrible idea de cambiarnos.

—¡Mira allí! ¿No ves una luz?

Trixie giró sobre sí misma, perdió el apoyo del coche y se hundió. Durante un brevísimo instante se sintió casi feliz, bajo el agua. Después Honey le ayudó a subir a la superficie e instintivamente empezó a chapotear otra vez.

Con un largo «glu» final, el coche plateado se hundió definitivamente en el Hudson.

Trixie miró hacia donde señalaba Honey. Con toda seguridad, se acercaba una luz. Al aproximarse, las chicas vieron que se trataba de un bote pequeño.

—¡El «Cuarto creciente»! —suspiró Honey.

—¡Esos muchachos! ¿Qué estarán haciendo, navegando a estas horas de la noche?

Honey no la escuchaba.

—¡Socorro! —gritó, pero sin fuerza. Entonces preguntó a Trixie —: ¿Cómo se llamaban? ¡Ah, sí! Ken y Carl. ¡Ken, Carl, socorro, aquí!

El bote se acercó más y por encima de la borda aparecieron dos caras asustadas, intentando distinguirlas en la oscuridad.

—¿Sois… sois fantasmas? —preguntó una voz tenue.

—Todavía no —dijo Trixie—. ¿No nos reconocéis, por lo menos a Honey? Recordad…, fue ella quien os salvó la semana pasada.

Ken se inclinó para ver mejor y casi se cae al agua.

—Cuidado —dijo Honey sonriendo, ya más tranquila—. Ken, ahora tienes la oportunidad de salvarnos a nosotras.

—¿Ahora? —preguntó Ken dudando.

Al mismo tiempo, Carl exclamó:

—¡Ya os recuerdo! ¡Vamos, Ken, acércate para que puedan subir a bordo!

—Pero este bote es tan pequeño… —se quejó Ken.

—Tendremos cuidado —prometió Honey—. ¡Venga, Trixie, tú primero!

Trixie no lo dudó un instante. Se agarró a la amura con las dos manos y ordenó a sus piernas que impulsasen el resto del cuerpo

hacia el bote. Con una fuerza nacida de sus ganas de vivir, aquéllas la obedecieron.

En cuanto estuvo dentro del bote, se dejó caer como un fardo. Quedó en el fondo, resoplando, sintiéndose como una ballena cautiva en aquel botecito. Contempló cómo Ken y Carl ayudaban a Honey a subir, y vio que habían aprendido la lección de Brian, pues ambos llevaban puestos los chalecos salvavidas. *Por lo menos* —pensó—, *si volcamos, sólo nos ahogaremos dos*.

Después se incorporó y ayudó a los chicos a recoger a Honey, que también luchaba bravamente defendiendo su vida.

En cuanto Honey estuvo a salvo, las dos se vieron obligadas a encogerse, por el frío.

Los chicos no se quejaban ni preguntaban nada, pero las miraban atónitos.

Trixie recordó su ridículo atuendo y no pudo dejar de reírse.

—¡No me extraña que creyeseis que éramos fantasmas! ¡Con esta facha!

Honey intentó sonreír, sin conseguirlo apenas.

—Veamos qué podemos hacer para volver a tierra —dijo—. ¿Tenéis alguna toalla?

Carl les tendió sendas toallas, que enseguida arrollaron en torno a sus ateridos cuerpos. Después, entre los cuatro intentaron aproar rumbo a tierra. Apenas hacía viento aquella noche y todo parecía indicar que el viaje iba a durar lo suyo.

Hasta entonces, ninguno de los dos hermanos había preguntado qué hacían Trixie y Honey en medio del agua en plena noche de Todos los Santos. Ni Trixie quiso saber de sus hábitos de navegación nocturna. En lugar de eso, su mente estaba ocupada intentando ordenar cuanto sabía de Thea, Bunker, el joven del bigote…

El cerebro de Honey trabajaba en el mismo sentido.

—¿Qué piensas de Thea? —le dijo en cuanto recuperó el aliento —. Quiero decir, ¿por qué ha intentado matarnos? ¿Por qué nos llamaría su última pesca? Bunker, las aletas de tiburón… ¿qué me ibas a decir antes? ¿Qué pasará ahora? ¡No soy capaz de encontrarle sentido a todo esto!

—Si piensas un poco más —dijo Trixie suave y lentamente—, creo que llegarás a la misma conclusión que yo.

—¿Qué?

—Que Thea van Loon quizá alguna vez escribiera cuentos infantiles, pero desde luego ya no es ése su trabajo.

Honey tragó saliva.

—Entonces… ¿cómo…?

—Ahora, por lo que se ve, vive de los tesoros que obliga a otros a extraer para ella.

—Pero Thea dijo una vez… ¿no dijo que ya no había tesoros en el Hudson?

—En realidad, no —dijo Trixie—. Se refería al tesoro del Capitán Kidd. Naturalmente, no iba a hablarnos del tesoro de Lawrence Krull a nosotras, «mocosas».

—¿Te refieres al compañero de Bunker?

—Sí. ¿Recuerdas el recorte de prensa del que te estuve hablando esta tarde? En él se decía que tal vez la barca de Krull se hundió porque estaba demasiado cargada. Podría ser de oro o de algún otro tipo de metal precioso muy pesado, no sé. De todos modos, ¿no te dije que la bibliotecaria me había hablado de un joven con bigote, que también le pidió aquella carpeta? Pues aquel joven era el buceador que trabaja para Thea, y tiene que haber leído aquel artículo, seguro.

—Pero las aletas de tiburón… ¿dónde demonios encajan?

Trixie siguió analizando los hechos. No se detuvo ante los continuos gestos de asombro de los dos chicos. Prosiguió:

—Perfectamente. Empezaremos por el principio. Todavía no estoy segura de cómo encaja aquí Bunker, pero el oro, o lo que sea, le pertenece legalmente. Él nos dijo que Krull le había dejado todo a él, y eso tiene sentido, ya que en el artículo se habla de la exesposa, Kathleen.

—¡Trixie! ¿Podría ser Thea esa Kathleen, que intentara recuperar lo que cree que en justicia le pertenece?

—Lo dudo —dijo Trixie—. En primer lugar, Thea es muy joven. Además, ¿por qué iba a enviar al joven del bigote a la biblioteca para buscar datos de Krull, si ya lo sabía todo de él? No. Creo que esta clase de búsqueda de tesoros, o mejor dicho robo, es algo a lo que Thea se dedica de modo regular. Recuerda lo que se alteró cuando lo de las aletas de tiburón, por ejemplo.

—¿Para qué le servían?

—En eso pienso… —a Trixie le salían las palabras atropelladamente, como siempre que estaba resolviendo un rompecabezas—. Supongo que tal vez las utilizasen los hombres-

rana para señalar dónde tenían que volver, cuando salían a tierra. Por eso ella permanecía tanto tiempo en el río… Estaba esperando que aparecieran las aletas. Naturalmente, se sobresaltó mucho cuando se enteró de que yo también las había visto y —lo que es peor— las había relacionado con ella. Por eso decidió hacernos creer que el tiburón era de verdad. Y por eso no nos lo volvió a mencionar más.

—Pero ¿por qué se le ocurriría emplear algo que…, bueno, que llamase tanto la atención como una aleta de tiburón?

—Buena pregunta. Decididamente, parece que ella tenía alguna idea fija, o alguna obsesión —supongo que Mart encontraría la palabra— relacionada con tiburones. Aquel poema de «Alicia en el país de las maravillas»…, el cuento que le contó a Bobby… Sea como sea, probablemente indicaría a los buceadores que utilizasen la señal lo menos posible…, tal vez sólo cuando todo estuviese preparado. A lo mejor se figuraba que las aletas alejarían a la gente. Después, al aparecer la señal, iría a por Bunker para enviarlo…

—¿Bunker?

—… en su bote a recoger a los buceadores. Antes, todo el grupo estaba transportando la «pesca» desde el bote de Bunker hasta el coche de Thea. Los encontramos en plena faena y por eso Thea decidió deshacerse de nosotras.

Honey se estremeció, aunque esta vez no de frío, sino de admiración por Trixie.

—Eres un genio —le dijo.

—Bueno, yo no. Pero tal vez, como te lo he dicho, todo encaja perfectamente, ¿no? Incluso lo del coche de Thea. No sé cómo no se me ocurrió antes pensar que era robado. Por eso no le importaba gran cosa que Brian lo reparara o no. Y por eso no le importaba tampoco que se perdiera, si al mismo tiempo podía deshacerse de nosotras.

Y ahora recuerdo que cuando Brian le dio el golpe en White Plains, estaba comprando equipo especializado o algo así.

—¿Y qué relación hay entre Thea y Bunker? —preguntó Honey.

—Bueno, ahora me parece fácil. Brian me dijo que Loyola y él vieron a Bunker sacando a dos buceadores del río, en Killifish Point. Y estoy segura de haber visto el bote de Bunker en la misma zona en que vi la aleta. El hecho de sorprenderlos juntos esta noche

confirma que están relacionados.

—Pues parecía un hombre muy agradable… —dijo Honey pensativa.

—Cierto —asintió Trixie—. Sin embargo, parecía sorprendido cuando vio que los buceadores de Thea nos metían en el coche…

Ken, que junto con Carl había permanecido en silencio por miedo a las chicas, les preguntó de repente:

—¿Tenéis líos con la policía?

—¡No! —respondieron al unísono—. ¿Por qué?

—Porque parece que os buscan —y señaló hacia la orilla, ya cercana.

La plataforma, desde la cual se había precipitado en el río el coche de Thea, aparecía ahora invadida de luces intermitentes rojas y numerosas siluetas moviéndose de un lado para otro.

—¡Cielos! —exclamó Honey—. ¿Qué pasará?

—No sé —repuso Trixie con decisión—, pero estoy segura de que aún estamos a tiempo de atrapar a Thea, antes de que desaparezca… y no la vuelva a ver en mi vida.

La recompensa del río • 17

SUCIAS Y ANDRAJOSAS, pero vivas, Trixie y Honey descendieron con cuidado del bote y vadearon las últimas cuartas de río hasta la orilla. Su despedida de Ken y Carl fue cálida y agradecida, antes de que éstos se perdiesen en la oscuridad. Su padre los esperaba ya hacía tiempo, según dijeron.

Trixie emprendió el camino que ascendía hasta la plataforma.

—¡Pero si son Honey y Trix! —exclamó Jim excitado—. ¡Dios sabe lo que me alegro de volver a veros!

Las rodearon todos los Bob-Whites, varios policías… y Pat Bunker, que fue el primero en correr a saludar a las dos chicas. Éstas retrocedieron al acercarse el viejo.

—¡Tenéis que creerme; soy el mayor loco del mundo, pequeñas! —exclamó el pescador.

—¿Qué? —pudo articular Trixie.

—Os aseguro que me alegro muchísimo de veros —siguió diciendo, a la vez que les tendía una mano a cada una—. Cuando vi lo que hizo aquella mujer para proteger nuestro tesoro…, bueno, entonces comprendí que tenía que alejarme de la banda y llamar a la policía.

—¿Ha sido usted quien ha llamado a la policía? —preguntó Honey.

Para entonces, el resto del grupo estaba ya alrededor de las muchachas. El sargento Molinson, situado frente a ellas, dijo:

—He tenido dos llamadas por vosotras esta noche: una del señor Bunker y la otra de vuestros hermanos, al ver que tardabais tanto. Tendréis alguna explicación que dar, pero después de oír que habéis sido arrojadas al río, creo que puedo esperar.

—No —dijo Trixie impaciente—. Hay que detener a Thea.

El sargento levantó la mano, tranquilizando a la chica.

—Ya he informado a la policía del Estado para que le echen el guante —aseguró con un ligero movimiento de cabeza hada Trixie —. Después de tu llamada estuve haciendo ciertas averiguaciones. Resulta que esa mujer está perseguida, bajo diversos nombres falsos, en cinco Estados, acusada de robo de coches, evasión de

impuestos y sustracción de tesoros ocultos o hundidos. De lo único que no he encontrado ni rastro ha sido de su oficio de escritora de libros infantiles… Pero eso me enseñará a no ser tan escéptico cuando me llames para informar de asuntos extraños. Y en cuanto a lo del tiburón… —se detuvo para rascarse la cabeza—, al parecer ha habido otros que lo han visto esta última temporada…

Trixie se sentía evidentemente halagada por todo aquello. Permaneció muda, pero Honey insistió.

—¡Oh, Trixie sabe ya que el tiburón era falso, sargento!

Bunker meneó la cabeza.

—¡Ese tiburón! —dijo—. Sé que Thea lo usaba como señal y me figuré que era eso lo que había visto la pequeña. Pero no podía consentir que viviese asustada por algo que no era real, y por eso intenté quitarle de la cabeza el asunto.

—Por eso vacilaba usted —comprendió Trixie. Los Bob-Whites y los policías escuchaban, cada vez más confusos, pero Trixie estaba decidida a atar todos los cabos antes de dar explicaciones—. Bunker, hace un rato dijo nuestro tesoro…, ¿es que Thea y usted eran socios?

Y antes de que Bunker tuviese ocasión de responder, intervino Honey:

—¿Era Thea en realidad Kathleen, la exesposa de su socio Krull?

—¿Eh? —Bunker parecía asombrado—. La respuesta a esas preguntas es «no». Primeramente, Kathleen murió el año pasado. Thea no conoció a Krull. Sólo había leído que se dedicaba a la caza de tesoros. No, nunca hemos sido lo que llamáis socios. La encontré en una tienda de pesca, en White Plains, y me contrató para recoger a los buceadores y mantener cerrada la boca.

En ese momento, una mujer policía se acercó al sargento Molinson y le dijo algo al oído.

—Mantener la boca cerrada… ¿de qué? —preguntó Trixie.

—Bueno, estaban buceando en busca del supuesto tesoro de Krull, como es natural. Yo siempre he tenido mis dudas sobre el particular, pero seguí adelante con el plan. Los buques naufragados son un excelente lugar de pesca.

—Tigmotropismo —indicó Mart.

Bunker lo miró indiferente.

—No sé nada de tigmo… eso, lo que sea. Pero sé que los peces

se dan muy bien en los sitios en que hay barcos hundidos. Además, las burbujas de las bombonas de aire «scuba» de los buceadores son también buenas para atraer a los peces.

—Correcto —dijo Mart—. Por eso se llama «scuba» a cualquier aparato para respirar debajo del agua.

Honey habló por todos:

—Mart, no es momento de explicaciones. Deja que acabe Bunker.

Mart se excusó.

—No importa —dijo Bunker—. La cosa es que me fui dando cuenta de que los buceadores de Thea iban sacando oro y por eso pedí una parte de la «pesca» al final. Después de todo, Krull me lo había dejado todo a mí. Thea estuvo de acuerdo por entonces, pero me da la impresión de que intentaba largarse también con mi parte —Bunker acabó su relato con la voz dolida del hombre sencillo que ha vuelto a ser engañado por los otros.

—No tan deprisa —dijo el sargento Molinson, volviendo a juntarse al grupo—. Parece ser que es usted rico, señor Bunker.

—¿Eh?

El policía señaló hacia el coche, todavía con las luces rojas intermitentes.

—Han llamado de la comisaría. La policía del Estado ha capturado a Thea van Loon y a sus dos compinches. Fueron detenidos cuando conducían un coche robado, justo en la salida de Poughkeepsie. En el asiento trasero había varias bolsas llenas de joyas etruscas, al parecer de unos dos mil años de antigüedad. Si Lawrence Krull es reconocido en el tribunal como su antiguo dueño, podrá tomarse usted un buen descanso.

Presa de la excitación, Trixie saltaba.

—¡Imaginaos! ¡Un tesoro prácticamente en nuestro jardín! —gritaba. Entonces recordó otro jardín, el de la pareja retirada de Poughkeepsie, y comprendió por qué Thea se había dirigido a aquella ciudad. Antes de que pudiese añadir nada, observó el aspecto consternado de Bunker.

—Pero la pesca es mi vida —se lamentaba—, y ese oro no me va a dar más que problemas. No sé si entienden lo que digo, pero estoy muy satisfecho con mi vida actual…

Trixie se acercó; tuvo una idea repentina.

—¿Por qué no dona la mitad de ese dinero al Comité de Conservación de Sleepyside? —le sugirió.

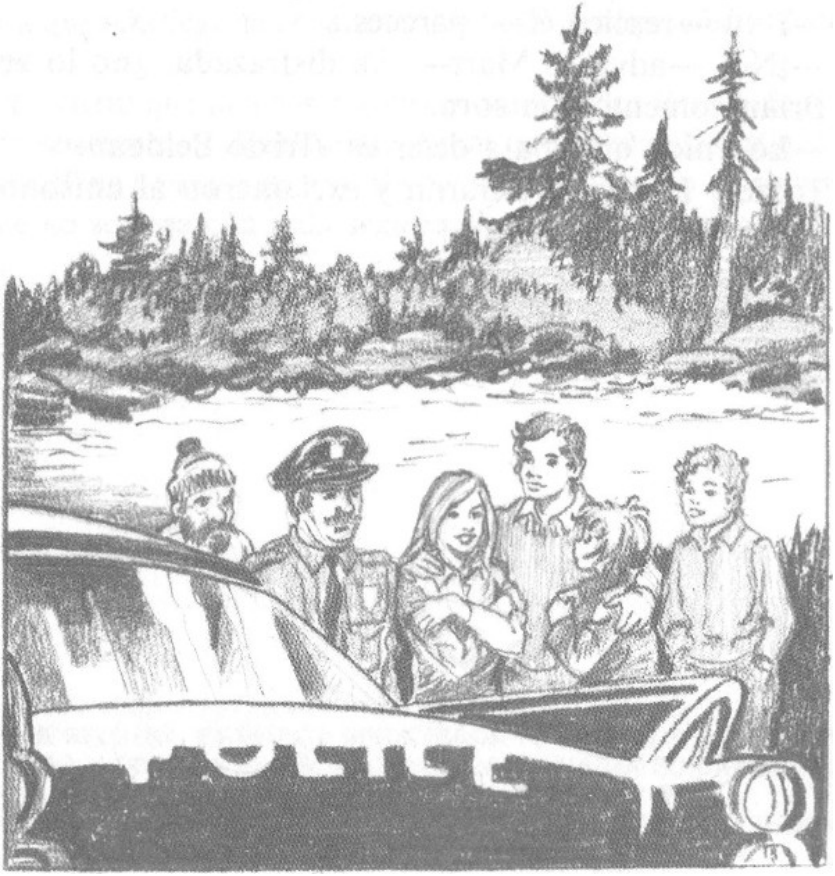
Los demás la miraron boquiabiertos por su osadía, pero Bunker quedó pensativo.

—Ese Comité del que me hablas… puede que no sea mala idea. De ese modo, el dinero seguirá beneficiando al río mucho después de que haya desaparecido este enamorado suyo. Muy bien, pequeña, ¡eso es lo que voy a hacer!

Brian parecía estar en otro mundo.

—¡El dinero para el laboratorio flotante! —murmuraba.

Trixie aplaudió. Con el rabillo del ojo descubrió a Mart repitiéndose «pequeña», con una expresión indefinible.



—Sargento —dijo Trixie de repente—, he oído tantas veces lo movida que es la noche de Todos los Santos para ustedes… —le sonrió amistosamente—. ¿Por qué no deja que Honey, Bunker y yo vayamos mañana a la comisaría y le contemos el resto de la historia?

—Es que ya es mañana —replicó el sargento frunciendo el ceño.

—Bueno, pues ahora que ya está todo en orden —intervino Brian—, recomendaría llevar a estas dos chicas a casa antes de que agarren una pulmonía. No sé cómo han conseguido salir del coche, pero estoy seguro de que necesitan descansar.

—Nos limitamos a seguir tus instrucciones —le dijo Trixie. Después le dio una palmada cariñosa y comentó—: Brian, pareces un doctor de cuerpo entero.

—Y tú —replicó él—, pareces…

—¡No! —advirtió Mart—. Va disfrazada, ¿no lo ves?

Brian comentó con sorna:

—Lo único que iba a decir es «Trixie Belden».

Trixie y Honey se miraron y exclamaron al unísono:

—¡Es «Whixie Helden»!

NOTA PARA LOS LECTORES

Aunque es cierto que las semillas de la manzana contienen cianuro, que es un veneno, no hay que preocuparse por el envenenamiento debido a esas semillas al comer manzanas. En primer lugar, el veneno está sólo en las pepitas, no en el fruto. En segundo lugar, éstas tienen que masticarse para que suelten el veneno, y lo cierto es que tienen un sabor muy desagradable. (Las semillas enteras pasan con facilidad por el sistema digestivo sin efecto perjudicial alguno). Por último, la cantidad de cianuro que hay en las pepitas de una manzana es muy reducida. Habría que masticar muchas, antes de llegar a notar efectos malignos.

Es cierto que muchas plantas comunes y los huesos de otras son venenosos, y algunos mucho más que las semillas de la manzana. Una buena regla a título de precaución es no comer nada que no se sepa con toda seguridad que es inofensivo.

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.